

Rastros del tiempo

HISTORIAS EN LA PLATA EN TIEMPOS DE QUIEBRES INSTITUCIONALES

1930-1983

Arrúa, Martín Castillo, Mario Palma, Martín

Rastros del tiempo

HISTORIAS EN LA PLATA EN TIEMPOS DE QUIEBRES INSTITUCIONALES

1930-1983

Arrúa, Martín. Castillo, Mario. Palma, Martín.

Rastros del tiempo. 1ª.ed.-Buenos Aires: "La Imprenta Digital SRL", 2015

316 p. ; 21x14,8cm

ISBN 978-987-33-7257-5

1. Narrativa Argentina. 2. Relatos históricos. I. Título

CDD A863

Diseño de tapa: Mauro Rodríguez Eguren

Primera edición: abril 2015

“La Imprenta Digital SRL”

Melo 3711, Florida, Buenos Aires, Argentina

www.laimprentadigital.com.ar

Impreso en la Argentina

ISBN 978-987-33-7257-5

ÍNDICE

PRESENTACIÓN.....	9
Armas en la Casa de Gobierno provincial.....	21
<i>Por Martín Palma</i>	
Vidas paralelas	69
<i>Por Mario Castillo</i>	
La “revolución” que fusilaba.....	95
<i>Por Martín Arrúa</i>	
El gobernador que no fue	169
<i>Por Martín Arrúa</i>	
Estudiantes en lucha	213
<i>Por Martín Palma</i>	
Bajo amenaza	267
<i>Por Mario Castillo</i>	
Terrorismo económico	277
<i>Por Martín Arrúa</i>	
Desapariciones.....	291
<i>Por Martín Palma</i>	

PRESENTACIÓN

Palabras preliminares

En el siglo XX nuestro país se vio envuelto en una disputa constante entre, por un lado el sector de los “ganadores” de las luchas del siglo anterior que querían seguir manteniendo el privilegio de una país factoría, con epicentro en Buenos Aires ligado al comercio exterior y por otro lado quienes pugnaban, en algunos casos retomando históricas luchas, por la inclusión de sectores que fueron postergados, condenados a la pobreza, sin participación en la vida pública. Estas disputas estuvieron marcadas por los golpes militares que fueron, en general, el instrumento de los intereses de una clase para extender sus privilegios. Estos grupos de poder vieron en el “partido militar” una herramienta de dominación como hoy lo son medios concentrados de comunicación.

Las historias aquí contadas han sido seleccionadas para ayudarnos a interpretar el presente y las lógicas del poder, que no siempre son las que llegan al conocimiento de la población. Este trabajo no tiene la pretensión de contar y realizar un análisis integral de cada período, sino darnos pistas, acercándonos hechos y situaciones que nos permitan interpretarnos como país, provincia y ciudad.

Este libro surca la historia argentina contando hechos que confluyen en un vértice compuesto por tres ejes principales: 1) historias transcurridas o con epicentro

en la Ciudad de La Plata, capital de la provincia de Buenos Aires; 2) historias que puedan a través de su análisis y conocimiento, ser proyectadas para comprender o analizar lo que sucedía en el país; 3) y por último historias que hayan transcurrido en momentos de quiebre institucional durante el siglo XX.

Transcurren los relatos comenzando por la década del treinta, la “década infame”, con un hecho ignorado. A través de éste podemos observar las luchas intestinas del grupo gobernante que se hizo del poder a través de la fuerza, después del primer golpe de Estado del siglo. Con el relato ficcionado, de un hecho real, ágil, dinámico y con una intriga de un buen policial, “**Armas en la Casa de Gobierno provincial**” nos deja como reflexión hasta dónde estaban dispuestos a llegar para mantener su poder quienes habían tomado las riendas del Estado para que la crisis mundial los perjudique lo menos posible.

Seguimos con la década del cuarenta marcada por la inclusión en la vida pública de la clase trabajadora. Aquí con un relato totalmente ficcionado llamado “**Vidas paralelas**”, que está anclado por un lado en lo que le sucedía a los obreros tras la aparición de un coronel que se convertiría en el líder de trabajadores argentinos. Obreros migrantes internos, con poca historia organizacional, ahora en el proceso de auto-reconocerse como clase y gestores de una relación que marcará las próximas décadas, hasta ser la columna vertebral del que llegó a constituirse como el principal movimiento político del siglo; y por otro lado los inmigrantes europeos con décadas de luchas heroicas

que ven la aparición del nuevo líder como uno más de los dirigentes déspotas y totalitarios, causa por la que muchos de ellos habían tenido que abandonar sus países de origen.

Con **“La ‘revolución’ que fusilaba”** nos introducimos de lleno en los hechos que serán la mecha explosiva de décadas de violencia política. Un gobierno surgido de un golpe de Estado que pretende borrar de raíz al justicialismo. Las FF.AA. ejecutoras de un plan nacido en la clase dominante y con activa participación de las capas medias que va desde la prohibición de nombrar líderes y símbolos del gobierno depuesto, hasta el fusilamiento. Con un relato atrapante se reconstruyen las últimas horas del coronel Cogorno, líder del levantamiento del 9 de junio, que pagó con la vida su lealtad al pueblo argentino, al igual que civiles en los basurales de José León Suárez, hechos relatados magistralmente por Rodolfo Walsh.

Son tiempos de semi-democracia, donde el uso de la fuerza funciona para tutelar la restauración conservadora a través del “partido militar”; mientras tanto por otro lado la figura de Perón y el peronismo comienzan a tener una envergadura cada día más preponderante en la escena política y social. Gobiernos que intentaron hacer posible en esas condiciones el juego democrático, y que se encontraron con una férrea oposición. Con **“El gobernador que no fue”** se releen las elecciones a gobernador del año 1962, desencadenantes del final del mandato de Arturo Frondizi.

Mientras el mundo vivía la revolución beat, el hipismo, la liberación femenina, se descolonizaba, movimientos de liberación recorrían Europa y América latina a

partir de la esperanza cubana, en contraste en nuestro país se creía que era posible gobernar con las botas aplastando cabezas y las libertades civiles. Por debajo de ese autoritarismo y siguiendo el pulso del mundo occidental, se comenzaban a gestar movimientos de izquierda que pedían mayores libertades y que en algunos casos con la esperanza del socialismo llegaron a empuñar las armas. **“Estudiantes en lucha”**, cuenta una de las tantas historias de jóvenes, especialmente en esta ciudad universitaria, que no toleraron las injusticias y creyeron en la posibilidad de un mundo mejor.

Para recorrer los años de plomo, que en la ciudad de La Plata se vivieron con una intensidad agobiante, se cuentan tres historias en relatos cortos. Con los elocuentes títulos de **“Bajo amenaza”**, **“Terrorismo económico”** y **“Desapariciones”**, estos relatos conforman el trípode con el que actuó la dictadura cívico militar y que confluyen en un vértice donde se impuso un modelo económico liberal de desnacionalización, desindustrialización y supremacía del capital financiero con la violación sistemática de los derechos humanos que fueron condición inicial para su éxito.

En este trabajo se puede observar la formación del comunicador en un sentido integral, en el cual valiéndose de otra ciencia como la historia, la comunicación se convierte en la herramienta de análisis que les permite la posibilidad de interpretar la realidad/actualidad con profundidad y solidez.

Ha sido un gusto acompañar este proceso de enseñanza/aprendizaje en la investigación que convierte a sus autores en profesionales con sólidas bases teóricas y correctas categorías analíticas en el desarrollo de la presente tesis de producción de la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la U.N.L.P.

Lic. Marcelo Torrano¹

¹ Director de la Tesis de Grado Rastros del Tiempo. Historias en La Plata en tiempos de quiebres institucionales 1930-1983. Prof. Adjunto Cátedra II Historia Argentina Contemporánea de la Facultad de Periodismo y Comunicación Social, Universidad Nacional de La Plata.

De cuando la realidad se vuelve historias

En la casa de diagonal 80 ya todos dormían. Las chicas estaban hacinadas en una habitación porque el papá de Patricia había llegado de visita y descansaba en el cuarto contiguo, junto a su hija. Eran más de la cuatro de la mañana cuando sonaron los disparos. Mónica y Mariana se despertaron sobresaltadas y ya no pudieron conciliar el sueño. ¿Dónde será? ¿A cuántos habrán bajado? En apenas unos minutos se encontraron en la cocina con Patricia, que ya había puesto la pava para el mate. Corría el año 1978.

De repente el timbre. Un ring metálico que taladraba los tímpanos. Incesante. Como si el dedo se hubiera quedado pegado en el pulsador. ¿Qué hacemos? ¿Abrimos? ¿Si es alguien herido que necesita ayuda? ¿Y lo vienen siguiendo y se nos meten los milicos?

Abrieron la puerta de madera del PH. Podían ver que en el pasillo no había nadie, pero no alcanzaban a distinguir qué pasaba del otro lado de la puerta de chapa y vidrio repartido. No había sombras, figuras; pero el timbre seguía sonando.

No tardaron en avanzar hacia la calle. Caminaban agarradas, las tres, como siamesas. Abrieron de sopetón la puerta que estaba sin llave y nada. El timbre seguía sonando, pero nadie lo pulsaba. Los cables de las antiguas instalaciones lo habían activado como por arte de magia. –Hizo masa por la humedad- reflexionó Mariana. Cerraron con llave y volvieron a la cocina.

Rastros del tiempo compila historias como esta, que se repitieron a lo largo y a la ancho de una Argentina fe-

rozmente castigada por lo peor que puede pasarle a un pueblo: la pérdida de la libertad y de su identidad como tal. Se trata de textos que van de historias mínimas o microrrelatos a crónicas narrativas periodísticas que alcanzan a testimoniar los horrores de diferentes épocas sin excusas. Historias reales recreadas a partir de un trabajo de investigación que incluyó diarios olvidados y decenas de entrevistas. Historias que recopilan la sucesiva de golpes de estados que desde 1930 interrumpieron nuestra vida en democracia; historias que transcurrieron en nuestra ciudad, La Plata; en sus casas, en sus calles, en sus clubes, en sus bares.

Rastros del Tiempo propone un recorrido que reconoce a personajes de renombre en nuestra historia y a otros que no son más que reconocidos en su propia historia y no por eso menos importantes. Ahí radica el atractivo de esta publicación: en la diversidad de miradas sobre acontecimientos que hemos leído en manuales de historia durante nuestro paso por la escuela secundaria y que ahora se hacen historias con nombre y apellido; historias que a “muchos” transforman en “alguien”.

Lic. Felisa Stangatti²

² Co-directora de la Tesis de Grado *Rastros del tiempo. Historias en La Plata en tiempos de quiebres institucionales 1930-1983*. Profesora Jefa de Trabajos Prácticos del Taller de Comprensión y Producción de Textos II. Facultad de Periodismo y Comunicación Social, Universidad Nacional de La Plata.

A los verdaderos autores de estas historias
A los que hablaron
A los que siempre acompañaron

1930-1943

Armas en la Casa de Gobierno provincial

*Por Martín Palma**

* Martín Palma, tesista de la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la Universidad Nacional de La Plata. De Pellegrini, provincia de Buenos Aires. Nació el 5 de junio de 1988.

Armas en la Casa de Gobierno provincial

El primer golpe de Estado, la década infame y las disputas por el poder más allá del fraude patriótico.

Federico Martínez de Hoz vivía las horas más decisivas desde su llegada a la gobernación de la provincia de Buenos Aires el 18 febrero de 1932. A casi tres años de haber asumido, el apoyo del Partido Demócrata Nacional (PDN) se había desvanecido; un conflicto de Obras Públicas por la construcción de una ruta entre Mar del Plata y Capital Federal resultó ser el causante, al menos, a los ojos de la opinión pública.

Martínez de Hoz no estaba de acuerdo con las recomendaciones de la Comisión Provincial de Vialidad para llevar a cabo conjuntamente el proyecto con el gobierno nacional. Tal negativa determinó la renuncia del presidente de la comisión, Rodolfo Moreno, por entonces ministro de Obras Públicas y su asesor, Carlos Güiraldes, ministro de Finanzas. Este acontecer trajo consigo la versión de que esa ruptura fue intencional para fortalecerse en el cargo con funcionarios más afines a su persona. Así fue como se produjo un quiebre en el partido que se dividió en dos bandos. Por un lado los seguidores de Martínez de Hoz defendían los ideales nacionalistas y desarrollaban la doctrina del viejo líder, el general José Félix Uriburu, de pensamientos corporativos y fascistas. Del otro, un conjunto de personas pudientes, empecinadas en pre-

servar sus beneficios en base al armado y desempeño del partido, que además vislumbraban en el accionar del gobernador un intento de legitimarse en el poder.

“El 6 de febrero de 1935, en una reunión efectuada en la Capital Federal, el PDN aprobó por un margen de 5 votos a 1 una resolución que, en el fondo, formalizaba la ruptura entre el partido y el gobernador.”³

“El Partido Demócrata Nacional ha resuelto romper relaciones con el gobierno de la provincia de Buenos Aires”⁴

Al día siguiente, la ofensiva tendría como escenario principal a la Casa de Gobierno.

El 6 de septiembre de 1930 tuvo lugar el primer golpe de Estado en Argentina. Encabezado por el general Uriburu, amigo personal de Martínez de Hoz, fue efectuado para dar fin con lo que los conservadores calificaban como el gobierno demagogo de Hipólito Yrigoyen.

Yrigoyen, líder del radicalismo, estaba enemistado con las Fuerzas Armadas y había concedido a los sectores medios y urbanos un rol participativo en la vida política y social como nunca antes, que despertó en la clase alta el temor por perder su posición histórica de privile-

³ WALTER, Richard. La provincia de Buenos Aires en la política argentina, 1912-1943. Capítulo 8. Buenos Aires, Emecé. 1987. Pág. 176.

⁴ Diario “La Nación”, jueves 7 de febrero de 1935.

gio. Para entender las causas principales sirve recordar que el 7 de septiembre de 1930 se llevarían a cabo elecciones en San Juan y Mendoza. Las buenas posibilidades del radicalismo de imponerse y conseguir mayoría en el Senado tuvieron sus consecuencias un día antes. Otro de los principales motivos del asalto al poder fue la política llevada adelante en YPF (Yacimientos Petrolíferos Fiscales). La intervención del Estado, durante el gobierno radical, colaboró a generar mayores ganancias públicas en perjuicio de las empresas extranjeras como 'Standard Oil'. A esto se le sumó la enorme influencia que ejerció como actor político el diario 'Crítica' en el desprestigio de Yrigoyen y su gobierno.

*Aunque sin dudas el origen de este suceso tuvo que ver con los efectos negativos de la crisis mundial de 1929. "Las derivaciones que van a afectar estratégicamente el rumbo industrial de la Argentina, obligando a introducir cambios no deseados por los sectores dirigentes, pero impuestos por la fuerza de las circunstancias."*⁵

El escenario amenazaba los intereses de la elite que había gobernado hasta la aparición de Yrigoyen en 1916 y esta entendió que su permanencia no podía sostenerse. La intención era resguardarse de los efectos económicos perjudiciales que acarrearaba el crack de Wall Street debido a la alta dependencia de nuestro país del capital ex-

⁵ JORGE, Eduardo. Industria y concentración económica. Capítulo III: El proyecto económico de los años 30. Buenos Aires, Hyspamérica, 1986. Pág. 109.

tranjero en el marco de la división internacional del trabajo.

Entrada la tarde, Martínez de Hoz se encontraba en su despacho, un ambiente amplio, alfombrado, de muebles de nogal oscuro y detalles en madera de origen francés. Sobre el escritorio había un cenicero de plata lustrado y un ejemplar de “Mi lucha”, de Adolf Hitler. Cuando el ministro de Hacienda, César Ameghino, ingresó, pudieron oírse gritos provenientes de las salas y pasillos aledaños. Había sobradas muestras para que el gobernador y sus hombres más cercanos, que no abundaban, comenzaran a preocuparse.

De repente el diputado nacional Agustín Carús se hizo presente.

—¿Nos recibe o no nos recibe el señor gobernador?
—exclamó con tono de voz elevado, quien además era también el presidente de la Junta de Gobierno del PDN.

—Por supuesto —dijo de modo amable Ameghino.

En ese instante representantes de la comisión de legisladores irrumpieron con el firme propósito de obtener la dimisión. Ellos eran Uberto Vignart y Luis Grisolia, también diputados nacionales, y Tiberio Podestá, jefe de policía de la provincia. Este último fue contundente.

—¡Renuncie! Le conviene que sea por las buenas porque si no me voy a encargar yo mismo —le advirtió y se marchó. Estaba a cargo de controlar todo lo que allí acontecía y de seguro que no le temblaría el pulso para tomar decisiones extremas.

La Casa de Gobierno estaba rodeada de efectivos armados con ametralladoras y en su interior se agolpaba el grueso de los manifestantes. Legisladores y dirigentes políticos se mezclaban con el público que masivamente accedía al lugar. “¡Viva el Partido Conservador!” era la frase más repetida. Entre la euforia de los curiosos, la pasividad policial evidenciaba la franca adhesión con quienes promovían el movimiento.

Vignart, posicionado en la entrada del despacho, abría y cerraba la puerta. Salía a dar órdenes a la muchedumbre exaltada y regresaba en actitud intimidante.

—Evítese vergüenzas, Don Federico. Firme su renuncia y entréguela antes de que se la pidan —le sugirió con cierta ironía.

—Déjeme solo.

—Lo dejaré solo, pero haga su renuncia antes de que se la pidan.

—Ya no confiamos en su persona. El partido no lo ve como representante y necesitamos que nos allane el camino —exclamó, Carús.

—Habré perdido el apoyo de mi partido, pero me queda el apoyo de la opinión pública —se defendió.

—Insisto en la necesidad de contemporizar con la situación para proceder en consecuencia, señor gobernador.

—Bueno, yo no tengo inconveniente en renunciar, pero déjenme que pueda aclarar mi situación de hombre moral, calidad que se me ha puesto en duda —dijo en defensa propia y con ánimos de entorpecer la ofensiva.

—Está usted mal informado. En las deliberaciones del partido se ha salvado en todo momento su reputación de hombre moral y de bien.

Federico Martínez de Hoz gozaba del prestigio familiar que habían logrado sus antecesores. El primero de la saga fue José, un comerciante español acusado de tráfico de esclavos que llegó a estas tierras a fines del siglo XVIII y se dedicó al comercio de exportación de sebo y cueros, diversificándose hacia las actividades rurales. A partir de él, los Martínez de Hoz supieron ser grandes terratenientes y formaron parte de la oligarquía gobernadora.

“A fines del siglo XIX, la Sociedad Rural financió la llamada Campaña del Desierto lanzada por el general Julio Argentino Roca para exterminar a los pueblos originarios y expropiarles sus tierras. El presidente de la Sociedad Rural era Martínez de Hoz [...] y por esa ayuda Roca le regaló 2.500.000 hectáreas en la Patagonia.”⁶

Federico, que se dedicó a aumentar el patrimonio, fue dirigente de la organización paramilitar Liga Patriótica Argentina, de participación en episodios antisemitas y contra trabajadores en la denominada semana trágica en enero de 1919.

Incluso hasta el día de hoy es la única familia que tuvo tres representantes a cargo de la Sociedad Rural

⁶ BRUSCHTEIN, Luis. El lugar perverso. Página 12. Buenos Aires. Miércoles 5 de mayo de 2010 (Sección Opinión).

Argentina desde su fundación en 1866. Ellos son José Toribio, quien además fue el primer presidente de la entidad (1866-1870), el propio Federico previo a asumir a la gobernación (1928-1931) y José Alfredo (1946-1950).

Este último, más conocido como Joe en el seno familiar, fue ministro de economía durante la dictadura de 1976, en la cual adoptó medidas en pos del beneficio extranjero y en perjuicio de la industria nacional. Fue uno de los mentores intelectuales del régimen más violento en la historia del país.

Ameghino solicitó tener conocimiento de cuáles serían las acciones a llevar a cabo en tanto el gobernador no aceptara el pedido.

—Daremos vía libre a que la gente se manifieste sin límites —respondió Carús.

En ese instante a los gritos desde el exterior se le sumaron palazos sobre la puerta de la dependencia. Cuando Vignart la abrió, una avalancha de manifestantes se agolpó en el ingreso.

—¡Maldito traidor, renuncie! —le dijo uno de ellos mientras lo señalaba.

Toda una demostración del pleno control subversivo.

El ministro de Hacienda se acercó a Martínez de Hoz.

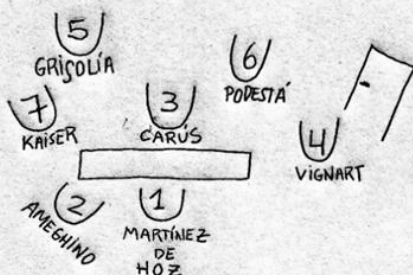
—Ante esta situación de fuerza yo creo que no tiene más remedio que renunciar, señor gobernador —le susurró.

—Permítame, doctor Ameghino, lo acabo de escuchar. Sepa que nosotros no empleamos para nada la fuerza; si hay pueblo entusiasmado y algunos vigilantes que hacen causa común, deseando la renuncia, ellos... todavía... —se rió— no han llegado a su despacho. Está actuando sólo el partido con el señor gobernador —se excusó Carús.

—Insisto en que me deben dejar unos días para que defienda esta situación moral, luego les dejaré el gobierno.

—Insisto en que debe solucionarse la situación que ha creado —replicó el diputado.

Despacho del gobernador



1. GOBERNADOR. DE PIE, DETRÁS DEL ESCRITORIO.
2. MINISTRO DE HACIENDA. A LA IZQUIERDA DEL GOBERNADOR.
3. DIPUTADO NACIONAL. PRESIDENTE DE LA DELEGACIÓN DEL PDN, ES EL PRIMERO EN ENTRAR AL DESPACHO.
4. DIPUTADO NACIONAL. A LA DERECHA DEL GOBERNADOR, PARADO AL LADO DE LA PUERTA.
5. DIPUTADO NACIONAL. TIENE LA RENUNCIA MECHA
6. SUBJEFE DE POLICIA DE LA PROVINCIA. AMENAZA A MARTÍNEZ DE HOZ Y SE RETIRA.
7. PRESIDENTE DE LA CÁMARA DE DIPUTADOS DE LA PROVINCIA. ARRIBÓ TARDE. FUE REQUERIDO PARA ACELERAR LA NEGOCIACIÓN.

La ofensiva: ¡síntese y firme!

El presidente de la Cámara de Diputados de la provincia, Juan G. Kaiser, arribó más tarde. Había sido solicitado para acelerar el curso de la negociación. Para entonces el humo de cigarrillos se había transformado en una espesa nube gris y la oficina del gobernador tenía el aspecto a una sala de juegos.

Vignart, para acelerar la tratativa, le aconsejó que solicitara en el mismo documento que se hiciera una investigación sobre su situación moral en el gobierno aunque su par Grisolia no pensaba lo mismo.

—Yo tengo una renuncia preparada —y abrió un pliego escrito a máquina—. Terminemos con esto de una buena vez.

Martínez de Hoz se vio obligado a tomar el pliego y una lapicera humedecida en tinta que le acercó el propio Vignart que permanecía a su derecha.

—Síntese y firme, señor —dijo en tono imperativo.

El gobernador vaciló. Escoltado por el doctor Ameghino observó cómo el resto de los delegados miraban expectantes.

—Pero es que yo quisiera salvar esa situación moral de la que les he hablado. Debería agregarse que se haga una investigación —reclamó dirigiéndose a Ameghino.

—No debe agregar nada, debe firmarla tal cual está —dijo su ladero en tono abatido.

—Bueno, no se habla más. Firme, señor gobernador —concluyó Vignart.

Martínez de Hoz suspiró. Empuñó la lapicera y un leve temblor en su mano derecha lo hizo titubear. Con la manga de su saco secó una gota de sudor que le bajaba por la barbilla. La dimisión se hizo efectiva ante la mirada atenta de los presentes.

—Voy a dejar aclarado que lejos está de mi intención renunciar y que sólo lo hago por la fuerza.

—No se agrega más nada —dijo Vignart y le arrancó la lapicera de la mano.

De inmediato se apoderó del pliego que sentenciaba:

A la Honorable Asamblea Legislativa. Tengo el honor de dirigirme a V. H. para presentar mi renuncia indeclinable del cargo de gobernador de la provincia de Buenos Aires.

Desde el momento que la suscribo quedo apartado de la posición que me fue discernida oportunamente por el pueblo.

Saluda a V. H. con toda consideración.⁷

El cuerpo de funcionarios abandonó la sede de gobierno a excepción del presidente de la Junta del PDN.

—Era la única solución decorosa para usted, señor gobernador, así como para el partido. No hubiera sido aceptable que usted pensara satisfacer las exigencias partidarias ofreciendo un nuevo cambio de ministerio —afirmó Carús.

⁷ Diario "La Nación", viernes 8 de febrero de 1935.

—Ya no hay nada más que hablar, su acción y la de los hombres que han participado en este episodio serán debidamente juzgadas por la historia. No son ustedes, ni somos nosotros, los más indicados para ser jueces de esta causa —dijo Ameghino.

—Yo sí estoy en condiciones de poder juzgarlos. Conozco a la perfección sus intenciones —redobló el diputado—. Por eso me han obligado a ser fiel con los ideales de nuestro partido, aunque haya tenido que colocarme en una situación en que el amigo cree que lo he traicionado.

—¡De qué está hablando! —exclamó el mandatario.

—De sus intenciones ocultas —los ojos de Martínez de Hoz parecían desorbitarse—. Será que quiere imitar las maniobras de su viejo líder, pero sepa que no dejaremos que nada de eso ocurra.

El gobernador cruzó la mirada con Ameghino y tragó saliva.

¿Cómo carajo lo sabe? Entonces todo este quilombo es porque el Partido está en contra de las elecciones. Estos hijos de puta se cagaron y por eso no quieren... Miserables, pensó.

El 5 abril de 1931 se llevaron a cabo elecciones en la provincia de Buenos Aires en las que triunfó de modo sorpresivo el radicalismo. Los resultados arrojados lo dieron victorioso con 220.000 votos contra 190.000 de los conservadores. El por entonces presidente de facto, José

Félix Uriburu, anuló los comicios. De este modo el intento por legitimar un gobierno fraudulento había resultado un fracaso y el primer mandatario sufriría las consecuencias.

Uriburu, que se caracterizaba por un proyecto institucional de tinte corporativista y de evidente admiración por el líder fascista Mussolini, padeció los resultados que potenciaron su aislamiento político, lo que deparó en masivas demandas para obtener su salida definitiva y así allanar el camino para que el tradicional conservadurismo se encaminara al poder.

El PDN formaba junto a la Unión Cívica Radical Antipersonalista y el Partido Socialista Independiente la alianza denominada Concordancia. Tras la derrota, Uriburu llamó a comicios presidenciales para mayo del mismo año con la prohibición a los radicales para presentar una fórmula. “Ante la consecuente abstención de la UCR y la práctica del fraude, resultó proclamado como presidente de la Nación el candidato por el Partido Demócrata Nacional: Agustín P. Justo.”⁸

El silencio se mantuvo por escasos segundos que parecieron horas interminables y que el propio diputado se encargó de romper.

—Mi proceder ha sido leal y por cierto que si hubiera estado a su lado, no lo habría hecho incurrir en desaciertos que usted no mereció haber cometido. Lo único que

⁸ BITRAN, Rafael y SCHNEIDER, Alejandro. El Gobierno Conservador de Manuel Fresco en la Provincia de Buenos Aires. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1991. Pág. 12.

lamento es que tenga que despedirme sin estrecharle la mano, porque el señor gobernador ha rechazado mi amistad —sentenció Carús.

Martínez de Hoz le tendió su mano.

—Yo no le niego mi mano... No podría negársela.

Ameghino hizo lo mismo.

—Que conste, doctor, que doy la mano al caballero a quien aprecio y estimo, no al político a quien sinceramente desaprebo —le dijo al tiempo que sostenía su mirada.

Apenas quedaron solos, el gobernador remitió un telegrama al presidente de la república:

Bajo la presión de la fuerza me he visto obligado a firmar mi renuncia al cargo de gobernador constitucional de la provincia de Buenos Aires. Como considero a la renuncia sin valor legal, espero que Vuestra Excelencia sepa proceder como corresponde.⁹

La intervención y el respaldo nacional

El general Juan Pistarini fue designado por el Poder Ejecutivo Federal como interventor nacional en la provincia para tomar control de la situación. La versión de que la renuncia del gobernador había sido forzada de modo violento motivó el accionar del gobierno de Justo.

⁹ Diario “El Argentino”, viernes 8 de febrero de 1935.

En conocimiento de la reunión celebrada por la Asamblea Legislativa, el mandatario se dirigió por medio de un escrito:

La Plata, febrero 7 de 1935. A la Honorable Asamblea Legislativa de la provincia de Buenos Aires.

Teniendo en conocimiento que V. H. está a punto de reunirse para tratar mi renuncia y sin que esto importe reconocer la facultad de V. H. para convocarse, ni la validez de la reunión que se celebre, me dirijo a V. H. poniendo en su conocimiento que en mi carácter de gobernador de Buenos Aires he puesto en conocimiento del señor presidente de la Nación que la renuncia que he suscripto en el día de la fecha es absolutamente inválida por haberme sido arrancada por la violencia, como lo reconocieron y afirmaron los miembros de la comisión que me la solicitó en el momento en que había sido tomada por la fuerza la Casa de Gobierno apoyada por las fuerzas policiales sublevadas.

Firmado: Federico L. Martínez de Hoz.¹⁰

El gobierno de Agustín P. Justo era la aparición en escena de la vieja guardia. Aquella elite conservadora que había reinado en buena parte del siglo XIX, interesada en rendir cuentas a sus amigos y que utilizaba el fraude como mecanismo de poder. En el plano económico y político, el Estado llevaba a cabo un modo de intervención, la cual sería siempre transitoria y únicamente para suavizar los

¹⁰ Diario "El Argentino", viernes 8 de febrero de 1935.

efectos apremiantes de la crisis. Como resume Leopoldo Portnoy: “En la Argentina ese criterio [el de la política intervencionista] protegió a los grupos terratenientes, en tanto que debe destacarse la falta de medidas análogas en beneficio de las clases populares, cuyos ingresos habían tocado índices mínimos en esos años”¹¹.

Las juntas reguladoras fueron creadas para controlar la producción en una etapa en la cual la demanda había decaído dado que la crisis afectaba a los consumidores. Fue parte de una serie de medidas económicas que no fueron aplicadas en función de las necesidades del abastecimiento interno o de las posibilidades de exportación, sino simplemente en defensa de los grandes productores.

La estrategia de sustitución de importaciones, otra de las decisiones adoptadas, resultó ser el trampolín para el surgimiento del proceso de industrialización nacional. De este modo se gestó una masiva ola de migraciones internas, especialmente del norte del país y de sectores rurales que confluyeron en los alrededores de la Capital Federal, dando forma a lo que hoy día se conoce como Conurbano Bonaerense. Este fenómeno resultó clave para impedir que la crisis agravara la situación social y suplantó lo que hasta entonces era el motor de la economía nacional: el modelo agroexportador.

¹¹ CIRIA, Alberto. La democracia constitucional y su crisis: La economía, primera parte. Buenos Aires, Editorial Paidós, 2005. Pág. 131.

Al día siguiente, el gobernador se levantó temprano, su semblante era otro. Peinado a la gomina con raya al costado, lucía un traje oscuro y moño con pequeños lunares.

“Ayer fue depuesto el gobernador de Buenos Aires y horas después el P.E. decretó la intervención para reponerlo”¹²

En la reunión que mantuvo por la mañana con periodistas, dirigió con sumo énfasis el discurso acerca de las severas medidas que tomarían contra los funcionarios policiales, jefes y oficiales de cuerpos que sublevaron las fuerzas provinciales o estuvieron complicados en el motín.

—No dudaré al momento de echar a los malos funcionarios y quienes han incurrido en el delito serán sometidos a la justicia del crimen para que se les aplique el castigo que corresponda —aseguró.

—De acuerdo con el gobernador y los ministros esperamos que se halle una solución que contemple el problema en su faz legal y administrativa —comentó Ameghino al ser consultado por la renuncia del subcontador general de la provincia.

—Anoten eso, señores... es muy interesante —dijo Martínez de Hoz mientras realizaba evidentes movimientos de cabeza en forma de aprobación.

¹² Diario “La Nación”, viernes 8 de febrero de 1935.

Antes de concluir el encuentro, el gobernador se mostró enojado por algunas publicaciones que acusaban a su gobierno, más precisamente al ministerio de Obras Públicas, por malversación de fondos.

—Hay diarios que acusan y hay diarios que dan las gracias —comentó, a lo que un cronista no se quedó callado.

—Los diarios no acusan, señor, los diarios informan solamente.

El cruce no terminó allí. Mientras los periodistas se retiraban, Martínez de Hoz los acompañó.

—Tengan especial cuidado con lo que van a escribir —les advirtió mientras apoyaba el dedo índice de su mano derecha por debajo del mismo ojo.

El gobernador dejaba ver a través de su conducta que su permanencia al frente del cargo ya estaba resuelta. Y tal condición se terminó de rubricar con la visita del interventor federal.

El general de brigada Juan Pistarini se hizo presente en Casa de Gobierno. Llevaba puesto un uniforme verde oscuro con botones dorados.

—El presidente Justo me asignó la tarea de reponerlo en el cargo —dijo. El bigote recortado le daba mayor autoridad—. Aunque debe saber que lo sucedido no es bueno para su imagen.

—Ha sido una vulgar chirinada de la que no tardarán en arrepentirse sus autores. No volverá a pasar, General, se lo aseguró. La traición que sufrimos traerá consecuencias de inmediato y todo volverá a la calma.

—Ojalá así sea.

El encuentro se prolongó por algunos minutos: Martínez de Hoz respiró aliviado y de inmediato anotició a su círculo más íntimo.

“Después de la tempestad viene la calma”¹³, fue una de las frases oídas en el palacio.

El motivo oculto y la renuncia del gabinete

Lo que para el propio Martínez de Hoz resultaba ser una batalla ganada al frente de la gobernación para el resto de los implicados y los medios de comunicación eran muestras de debilidad.

El martes 12 de febrero Don Federico arribó a la gobernación y se dirigió rápidamente a su despacho. Había recibido la notificación de que los medios planteaban el tema de su inestabilidad al mando de la provincia.

—Buen día, señor —dijo uno de sus asistentes que le alcanzó el desayuno.

El gobernador no respondió. Ni siquiera hizo un gesto. Estaba más que concentrado en revisar los diferentes matutinos que había sobre su escritorio.

Sale a la luz el motivo oculto: La lucha entre un partido y las autoridades de la provincia, lleva a

¹³ Diario “El Argentino”, sábado 9 de febrero de 1935.

escenas de violencia y a perturbar el funcionamiento normal de la Administración.¹⁴

Me cago en estos de El Día. Ahora me quieren poner en contra la opinión pública. Me quieren sacar... están operando para sacarme. Embusteros, masticó.

Si súbitamente nos ubicamos en el punto actual de la incidencia, apreciamos [...] que todas las gestiones [...] giran en torno a la posibilidad de conciliar pretensiones en la fórmula que la agrupación partidaria sostendrá en los comicios próximos para la renovación de gobernador y vice de Buenos Aires.¹⁵

Pero qué hablan estos bastardos. Si el Partido me debe todo... ahora que me traicionaron no voy a parar... los voy a borrar a todos, meditó.

La luz del sol se adentraba en la oficina y propiciaba un ambiente cálido e iluminado. El café con leche estaba intacto aunque demasiado frío para tomar.

Solución: Martínez de Hoz dejaría el gobierno¹⁶.
¡Canallas!, dijo entre labios.

¹⁴ Diario "El Día", martes 12 de febrero de 1935.

¹⁵ Ídem.

¹⁶ Diario "El Argentino", viernes 15 de febrero de 1935.

Hemos recibido la referencia que el gobernador terminará por irse, porque en el supuesto contrario, quedaría completamente en el aire, sin respaldo de ninguna especie, criterio que el propio general Justo le señalaría en el caso de que siguiera resistiéndose.¹⁷

Sinvergüenzas, se venden por monedas.... Ni lo sueñen... me las van a pagar.

El clima enrarecido repercutía de lleno en el ánimo de los funcionarios de turno que con el transcurrir de los días se veían más acorralados. Con la mayoría de los integrantes del partido posicionados en la vereda opuesta y con el primer mandatario empeñado en conservar el poder, aparecieron los primeros encontronazos.

—Señor, es imposible continuar así. Hemos perdido por completo el apoyo del partido e incluso la prensa es determinante con nuestro futuro —le planteó Atilio Viale, quien además de haber asumido al frente de la cartera de Obras Públicas era su asesor político de máxima confianza.

—Nada le debo a ese grupo de ignorantes mediocres. No me quieras convencer de algo que no voy a hacer.

—Pero no se puede gobernar bajo estas circunstancias. Estamos solos —agregó el ministro de gobierno Juan S. Solá.

¹⁷ Diario “El Argentino”, jueves 21 de febrero de 1935.

—Ustedes están acá por mí. De lo contrario nunca habrían llegado a los cargos que tienen. El partido me debe todo a mí y a mi relación de amistad con Uriburu.

La situación pendió de un hilo durante un par de semanas. La sensación a simple vista mostraba al gobernador dispuesto a aguantar hasta las últimas consecuencias y por otro lado un frente opositor que ampliaba el consenso para hacerse del mando.

Finalmente el miércoles 6 de marzo hubo novedades. Las diferencias dentro del PDN fueron resueltas y se acordó que la renuncia de Martínez de Hoz era la única solución al conflicto en el que se había embarcado el gobierno. Aquella mañana el gobernador no se hizo presente en el palacio y los ministros confirmaron lo que por entonces eran rumores.

“Han presentado su renuncia los tres ministros de la provincia de Buenos Aires”¹⁸

En primera instancia se dio a conocer la renuncia de Ameghino. A esta información de último momento se le sucedió la de sus pares.

Renuncia del ministro de Gobierno Juan S. Solá.

Los acontecimientos se han sucedido con rapidez vertiginosa y el país ha seguido paso a paso el esfuerzo realizado por todos para resolver con acierto y patriotismo el problema político de Buenos Aires. Toda la ac-

¹⁸ Diario “La Nación”, jueves 7 de marzo de 1935.

ción desplegada se inspiró en el convencimiento de que en la provincia de Buenos Aires se fijarían los destinos políticos de la Nación, pues en su seno ha de librarse la gran batalla del radicalismo contra la revolución del 6 de septiembre, en procura de una revancha histórica.¹⁹

Renuncia de Atilio Viale, titular de la cartera de Obras Públicas.

Al señor gobernador de la provincia de Buenos Aires, señor Federico Martínez de Hoz: la nueva orientación política que V. E. ha resuelto dar a su gobierno, me obliga a renunciar indeclinablemente al cargo de ministro secretario en el Departamento de Obras Públicas con que fuera honrado.

Al agradecer las atenciones recibidas, lo saluda con la mayor consideración: Atilio Viale.²⁰

La derecha legio-fascista

Finalmente se concretó la renuncia total del gabinete. El objetivo del gobernador fue incorporar en su lugar a representantes más fieles a su persona, algo similar al accionar que llevó adelante a partir del conflicto de Obras Públicas, aunque para este entonces su figura aparecía bastante más desgastada. Sumó como ministros a miembros de la Liga Cívica Argentina (LCA) y de la Acción Nacionalista Argentina (ANA), un desprendimiento de la anterior.

¹⁹ Diario "El Argentino", jueves 7 de marzo de 1935.

²⁰ Ídem.

Ambas agrupaciones, con antecedentes en la Liga Patriótica Argentina, eran grupos nacionalistas controlados por el ejército y destinados a cooperar con el gobierno de facto. A partir de su llegada a la presidencia, “el general Uriburu emprendió desde el inicio una política severamente represiva hacia el movimiento obrero, el anarquismo y el comunismo”²¹. La corriente nacionalista a lo largo de la década del treinta fue partidaria de los ideales de Mussolini y Hitler. Con la muerte del General Uriburu en 1932, las agrupaciones generaron un auténtico mito alrededor de la figura de su líder. La LCA tenía miembros en todo el país. Unos 30.000 eran de Capital Federal, mientras que la ANA llegó a contar con 15.000.

“El gobernador repuesto resolvió formar un gabinete de extrema derecha”²²

La decisión lo terminó de alejar de la cúpula del PDN y confirmó su intención de pasar a ser un gobierno encargado de los sucesos provinciales y sin favores al partido político. “Una nueva táctica”²³, así lo definió.

Martínez de Hoz se mostraba jubiloso. En su despacho, mientras permanecía sentado, un grupo de periodistas con agenda y lapicera en mano lo rodeó.

²¹ LVOVICH, Daniel. El nacionalismo de derecha: desde sus orígenes a tacuara. 1ª ed. Buenos Aires, Capital Intelectual, 2006. Pág. 40.

²² Diario “El Día”, jueves 7 de marzo de 1935.

²³ Diario “La Nación”, viernes 8 de marzo de 1935.

—¿Y ahora no se quejarán, no? Me parece que ahora tienen bastantes noticias —les dije con ironía mientras en su rostro se dibujaba una sonrisa.

—¿Y qué me dicen del ministerio? ¿Cómo los he despistado, no? Hasta último momento creían que iba a ser uno y salió otro.

Los cronistas permanecían mudos. Algunos apenas se encogían de hombros.

—Es que yo soy como el tero, ¿saben? En un lado pega el grito y en otro pone el huevo —bromeó.

Antes de concluir la entrevista dejó en claro su nuevo propósito.

—Los principios y finalidades de la revolución han sido desvirtuados por el partido. El nuevo armado de gobierno actuará exclusivamente por el bien de la provincia y el interés de todos sus habitantes —sentenció.

El giro impuesto en la conducción de la provincia tuvo fuertes repercusiones en los medios de comunicación y la opinión pública al punto que 'El Argentino' de La Plata habló de 'golpe de Estado'.

Mediante este golpe de Estado la autoridad política ha sido sustraída de manos del Partido Demócrata Nacional que la venía ejerciendo por intermedio de sus ministros, para ser puesta en manos de personas totalmente ajenas a dicha fuerza política y a la provincia como lo son los candidatos que se mencionan para suceder a los ministros dimitentes.²⁴

²⁴ Diario "El Argentino", jueves 7 de marzo de 1935.

Sin embargo la ofensiva de Martínez de Hoz no tardaría mucho en causar efecto en el seno demócrata. Así fue como los dirigentes del PDN comenzaron a barajar la idea de juicio político al mandatario. Todo un suceso en la historia política argentina.

Hasta entonces cada arremetida contra el gobernador se había topado con un proceder audaz. Y esta ocasión parecía no ser distinta.

En el círculo íntimo del gobernador se manejaba la hipótesis del juicio político como estrategia a desplegar por parte de aquel sector de dirigentes del PDN que manifestaría el descontento por verse desplazados de los cargos de poder. En contrapartida entendían que existía una serie de trabas. En el orden constitucional la Cámara de Diputados carecería de motivos dado que en la faz administrativa no había razones por las cuales sufrir un juicio político y caería en el descrédito ante la opinión pública. En caso de suceder, el gobernador se vería protegido por un conjunto de abogados constitucionalistas de primer nivel y en última instancia no dudaría, de ser necesario, en clausurar o disolver la Legislatura, con el riesgo de que el gobierno nacional interviniera en la cuestión.

El juicio político: la última alternativa

Finalmente hubo resolución. El viernes 8 de marzo se resolvió llevar adelante el juicio político contra el gobernador de la provincia. Los legisladores socialistas, a

pesar de entender que el PDN había obstaculizado la libertad al momento de gobernar, entendieron que era aún más grave la actitud adoptada por el propio mandatario que ponía en riesgo el normal desempeño de las instituciones. Ellos lo acusaban también de atentar no sólo contra la provincia sino contra el estatuto fundamental de la república. De este modo aceptaron apoyar la causa.

Para entonces comenzaron a circular las primeras referencias acerca de la invasión a la Casa de Gobierno de elementos de las entidades nacionalistas en defensa de Martínez de Hoz.

En la madrugada del sábado, Pons Lezica, jefe del Escuadrón de Seguridad e integrante del grupo de legionarios (así también se hacían llamar los fieles a Don Federico) fue detenido tras protagonizar un acto que la prensa tildó de bochornoso. Tras beber en demasía en el 'American Bar', ubicado en pleno centro platense, tuvo un encontronazo con una dama. Lo que en principio era sólo agresión verbal culminó en un acto de violencia física sobre la acera de calle 7. Autoridades policiales decidieron suspenderlo en el cargo además de quitarle la medalla que lo acreditaba como funcionario de la fuerza. Este hecho fue considerado por los sectores rivales como parte del accionar legio-fascista.

“Elementos nacionalistas iniciaron sus actividades bélicas en nuestra ciudad”²⁵

²⁵ Diario “El Día”, sábado 9 de marzo de 1935.

De modo exprés se creó una comisión encargada de reunir antecedentes contra el mandatario que determinó que el juicio se apuntaría a cargos políticos y de índole administrativa. Esta iniciativa impulsó a que ambas Cámaras de la Legislatura provincial se reunieran el lunes 11 con el objetivo de considerar el pedido formulado por la casi totalidad de los senadores y diputados demócratas nacionales, en el sentido de ampliar la convocatoria a sesiones extraordinarias para plantear y tratar el juicio político al gobernador repuesto por el gobierno federal.

“Por primera vez en la historia de la provincia el gobernador será sometido a juicio político”²⁶

Mientras en el plano burocrático las acciones legales tomaban su curso, en el palacio de gobierno se advertía mayor movimiento de personas. Así fue como en la Legislatura se comentaba que los nuevos habitantes del edificio eran huestes nacionalistas que mediante la violencia iban a perturbar el funcionamiento normal de las instituciones.

—Están visiblemente armados —comentó un hombre que usaba lentes oscuras.

—¿Pero quiénes son? ¡¿De dónde han salido?! — exclamó su compañero. Hacía exagerados movimientos con sus manos en busca de una respuesta que lo convenciera. Después se acomodó el sombrero.

²⁶ Diario “El Día”, lunes 11 de marzo de 1935.

—Según se dice vienen de la capital y son grupos que siguen a rajatabla las premisas del expresidente Uruburu. Están decididos a complicar las cosas.

Don Federico: entre delitos y fieles

Finalmente el martes se decidió por unanimidad en la Cámara de Diputados y se formuló la acusación contra el gobernador. Allí fueron depositados numerosos cargos que luego servirían para formular la imputación ante el Senado. Entre ellos se encontraban el aprovechamiento del cargo en beneficio personal y obras de desagüe en el campo de Castelli. Este último se refiere al hecho de haber formado parte de la comisión de desagües, integrada por personas de su amistad, que influyeron en la realización de importantes obras que mejoraron exclusivamente su estancia “El Arará”.

Al fin de cuentas el discurso del gobernador se topaba con diversas denuncias que afectaban su credibilidad ante la opinión pública.

Los delitos y faltas por lo que se acusa a Martínez de Hoz:

1° Haber desorganizado y desquiciado la administración de la provincia como consecuencia de la continua remoción sin causa justificada de sus colaboradores en las tareas del gobierno.

2° Haber traicionado los principios de la Constitución que ha jurado solemnemente respetar, llevando a

las altas posiciones del gobierno a personas que no reúnen las condiciones constitucionales para el desempeño de los cargos y hacen pública profesión de sus principios antidemocráticos combatiendo nuestras instituciones republicanas.

3° Haber evidenciado notoria inconducta política y absoluta incapacidad para el desempeño del cargo.

4° Haber malversado, derrochado y defraudado fondos públicos.

5° Mantener desintegrado el Poder Judicial en términos que ocasionan serias perturbaciones en su funcionamiento.

6° Haber utilizado su influencia y su investidura oficial para beneficio de sus intereses particulares y en perjuicio de los intereses del Estado.²⁷

Mientras tanto las acusaciones a la investidura del señor gobernador tuvieron una rápida defensa.

Telegrama de Martínez de Hoz al presidente:

El Senado, violando disposiciones expresas de la Constitución, acaba de sancionar mi suspensión en el cargo de gobernador, fundada en causas que importan una falsedad. No la puedo aceptar porque viola principios expresos de la Constitución que establecen taxativamente las funciones que en materia de juicio político corresponden a cada Cámara legislativa, según se demuestra abundantemente en nota que elevo a V. E.

²⁷ Diario "El Argentino", miércoles 13 de marzo de 1935.

Queda así planteado un conflicto de poderes insalvable dentro de los recursos de la jurisdicción provincial, lo que comunico a V. E. a sus efectos. El gobierno de V. E. al resolverlo optará por el amparo de las instituciones y el respeto a la investidura de acuerdo con nuestra carta fundamental, o por la sanción de la violencia política perpetrada por las facciones.

Saludo a V. E.: Federico L. Martínez de Hoz.²⁸

El tren rápido de las once partió desde Constitución con destino a la capital provincial. En la formación de lujo viajaban miembros de las entidades nacionalistas que mientras tanto intercambiaban opiniones. Se los notaba exaltados y confiados.

—¡Malditos conservadores! —dijo un joven rubio y de tés blanca—. Juro que no se saldrán con la suya.

Viajaba sentado en una de las butacas tapizadas en cuero. Inclinado hacia adelante apoyaba sus codos sobre la mesa que tenía el coche comedor.

—¡Por Don Federico, la vida! —exclamó un hombre de bigote angosto, rapado por encima de sus orejas, a lo que sus compañeros siguieron con aplausos.

Apenas arribaron a La Plata se dirigieron a la Casa de Gobierno, donde tuvieron el primer contacto con hombres de su fuerza que ya habían sido identificados por los conservadores y los socialistas como parte de la resistencia del gobernador.

²⁸ Diario "El Argentino", miércoles 13 de marzo de 1935.

Por entonces todo acontecía normalmente. En las dependencias del palacio se oían ruidos de las máquinas de escribir y los empleados transitaban a través de las galerías y los patios de baldosas con sus expedientes bajo el brazo. Mientras el grueso de los nacionalistas permanecía en las inmediaciones, los efectivos policiales se agrupaban en los jardines del edificio.

Por la tarde, aún sin novedades sobre la resolución de la Legislatura, la presencia de grupos armados en custodia del palacio fue total.

Por incapaz, traidor y deshonesto

Aquellos comentarios que circulaban en el recinto no tardaron en confirmarse. Cuatrocientos legionarios habían tomado posesión en todas las dependencias de la Casa de Gobierno. Su accionar tenía como objetivo defender a Don Federico de cualquier intento de despojarlo del mando. La LCA era el grupo nacionalista más importante de la época y estaba entrenada por el oficial del ejército Emilio Kinkelin, quien había sido secretario de la presidencia de Uriburu y representante de los capitales petroleros alemanes en el país. También tenía alguna parte en las compañías de seguros alemanas.

El control de los rebeldes era evidente. Estaban organizados en rangos de superioridad e incluso ordenaban a los efectivos policiales. Tal era la dinámica de trabajo que tenían que aquellos que arribaban al palacio debían pre-

sentar un carnet que los avalaba como parte de la agrupación.

Las guardias se hacían por grupos y por turno. Desde los balcones que daban a calle 6, algunos mirones un tanto aburridos se dedicaban a observar y piropear a las mujeres que desfilaban por la plaza.

Por la noche del martes y madrugada del miércoles, las luces permanecieron prendidas en la mayoría de las dependencias del palacio y las ventanas abiertas. Mientras unos doscientos se mantenían alertas en pasillos y escalinatas del edificio, el resto reposaba. Para su comodidad habilitaron el gran salón de recepciones. Allí se sacaban las prendas más pesadas para improvisar almohadas y descansar sobre el piso de roble. También jugaban a las cartas.

Por entonces el gobernador esperaba en su despacho la resolución del conflicto junto al teniente coronel Kinke-
lin, el ministro de Gobierno Raimundo Meabe, comprometido con la causa, y el senador Matías G. Sánchez Sorondo. Este último fue consejero de Uriburu mientras se desempeñaba como ministro del Interior. A partir de 1932 fue designado senador nacional por el Partido Conservador. Su fanatismo por el régimen nazi lo llevó a emprender métodos de tortura contra los comunistas. Ninguno de ellos durmió ni siquiera un rato.

En las primeras horas de la mañana era frecuente ver cómo los legionarios se despertaban entre ellos con zama-
rreos y gritos. Un joven pecoso, con algunos kilos de más,

que había ganado el derecho a dormir en un sillón de tres cuerpos, fue el último en levantarse.

Mientras algunos desayunaban fiambre en la cocina, se hizo presente un empleado de servicio para preparar café para el ministerio en el cual trabajaba.

—Buen provecho, señores —saludó amablemente.

El gesto fue rápidamente retribuido por uno de los defensores del gobernador que depositó un bocado sobre la punta de su pistola.

—Si gusta, amigo, puede servirse —le dijo en tono risueño.

La imagen del palacio era lo más parecido a un campamento y funcionaba como un cuartel general. Cada vez que el teniente coronel Kinkelin se hacía presente ante sus dirigidos intercambiaba con ellos saludos nazis.

—¡Firmes! —decía al tiempo que levantaba el brazo derecho extendido hacia adelante con la palma de la mano para abajo.

Los periodistas que asistían al palacio se limitaban a observar los movimientos del régimen paramilitar. Aunque a fin de cuentas lograron recoger el testimonio de uno de los sublevados.

—Estamos frente a una Legislatura sin prestigio y sin razón constitucional para enjuiciar al gobernador y menos para suspenderlo, de modo que nos opondremos a tales designios —dijo. Sobre su uniforme colgaba un pin de solapa con la esvástica.

—¿Podría llegarse a los extremos? —preguntó con cierto temor el cronista de 'El Día'.

—Si es necesario sí, por eso hemos advertido a los dirigentes demócratas para que no utilicen elementos de los bajos fondos porque nuestra reacción será contra ellos directamente.

—¿Y si el gobierno nacional interviene?

—Esperemos que no sea para darle el poder al vicegovernador —sentenció al tiempo que retorció y hacía sonar los dedos de sus manos.

Finalmente, y tras largas horas de actividad en el recinto, se produjo la sanción del Senado constituido en tribunal contra el gobernador de la provincia, cuya suspensión se acordó por unanimidad.

“Fue suspendido el gobernador repuesto. Se le enjuicia por incapaz, traidor y deshonesto”²⁹

La nota del presidente del Senado constituido en tribunal, doctor Ismael Casaux Alsina, señalaba:

Tengo el agrado de dirigirme a V. E. poniendo en su conocimiento que el H. Senado, bajo mi presidencia, constituido en tribunal de acuerdo con lo establecido en el artículo 66 de la Constitución, a requerimiento unánime de la Cámara de Diputados, ha resuelto también por unanimidad de los miembros presentes, suspenderlo en el ejercicio de sus funciones hasta tanto termine la sustanciación del juicio político.³⁰

²⁹ Diario “El Día”, miércoles 13 de marzo de 1935.

³⁰ Diario “El Argentino”, jueves 14 de marzo de 1935.

La resistencia cara a cara

El doctor Raúl Díaz se dirigió a la Casa de Gobierno para llevar personalmente la notificación.

Platense de origen y hombre vinculado extensamente a los círculos universitarios, sociales, políticos y deportivos [...] Con 44 años y de profesión abogado, había sido asesor letrado de la policía, luego concejal municipal por tres períodos, diputado provincial por dos y diputado nacional hasta el 6 de septiembre de 1930. Ese año la intervención nacional lo designó comisionado municipal de la ciudad y poco después fue proclamado vicegobernador de la provincia.³¹

Acompañado por los secretarios del Senado, José Villa Abrille y Adolfo Gilardoni, detuvo su auto particular en calle 6 para hacerse presente ante el guardia que custodiaba el ingreso.

—¡Señor vicegobernador, adelante! —estaba un tanto sorprendido. Apenas pasaba el metro y medio de estatura y tenía cuerpo de jockey.

El grupo de legionarios que permanecía en aquel sector se abrió y les dio paso sin problemas. Simplemente se dedicaron a seguirlos con sus miradas hasta que se perdieron en el ascensor.

En la planta alta el vicegobernador, de rostro sonriente, intercambió saludos con los pocos conocidos que

³¹ Diario “La Nación”, viernes 15 de marzo de 1935.

estaban allí, hasta que ingresó a la secretaría de la gobernación y solicitó ver a Martínez de Hoz. El pedido fue rápidamente aceptado.

—¿Qué lo trae por aquí, doctor Díaz? —dijo el gobernador al tiempo que se puso de pie.

—Vine personalmente a notificarlo de la aprobación por unanimidad del Senado que oficializa su suspensión en el cargo.

Martínez de Hoz no vaciló.

—Está usted muy equivocado si cree que voy a aceptar su pedido.

—¿A qué hora va a hacerme la entrega del gobierno? —insistió.

—A ninguna hora, usted pierde el tiempo aquí. No voy a abandonar el lugar que me pertenece.

Un cruce de miradas dio por finalizada la reunión. El vicegobernador se retiró con tanta prisa que los secretarios lo siguieron varios metros por detrás. A la salida, cuando los fotógrafos se aprestaron a obtener el registro gráfico, un grupo de legionarios avanzó sobre estos de modo amenazante.

—¡Guarden las cámaras y se van volando ya mismo de acá! —gritó un bravucón. La camisa arremangada dejaba ver sus fuertes brazos. Era uno de los defensores más acérrimos.

Los reporteros gráficos no hicieron caso y se dedicaron a tomar las fotografías. Un nuevo pedido del musculoso no tuvo éxito. En ese instante varios de sus compañeros desnudaron sus armas y emprendieron la persecución a los

fotógrafos que comenzaron a huir en rápida carrera. Uno de ellos sin embargo lo hacía dificultosamente. Parecía tener algún problema motriz que le impedía tomar velocidad. Su cadera se movía como quien ajusta un tornillo falseado. Por fortuna logró resguardarse en un automóvil estacionado en calle 51.

Más tarde se conoció alguna declaración del gobernador que explicaba su negativa a lo que le siguió un comunicado como respuesta a la sanción del Senado. El gobernador respondió que “desconozco facultades al Honorable Senado para producir mi suspensión por ser ésta ajena a lo que expresamente consagra la constitución de la provincia”³². Por esto no reconocía como legal el acto de su suspensión.

El doctor Raúl Díaz le envió un telegrama al presidente de la Nación para ponerlo en conocimiento de lo sucedido y a su vez anoticiarlo de la concentración en la Casa de Gobierno de grupos que actuaban en franca rivalidad con la población, creando un evidente estado de alarma que motivaba a escenas e incidencias desagradables, las cuales merecían ser controladas a la brevedad.

La mañana del jueves no registró cambios. Los medios gráficos se hacían eco del accionar nacionalista al mando del palacio y el ambiente hostil para todo aquel que no pertenecía al mismo. La actitud demostrada en gestos y ademanes con el fin de impresionar a los cronistas catalogados como sus enemigos y la ostentación de armas y de

³² Diario “El Argentino”, jueves 14 de marzo de 1935.

codazos disimuladamente dados al pasar llevaba consigo la intención de influir en las informaciones.

Ni bien el notero de 'El Argentino' se hizo presente en la Casa de Gobierno, lo rodeó un núcleo de legionarios.

—“Qué le parece, estamos en mangas de camisa y con los revólveres a la vista”³³ —le dijo uno de ellos aludiendo a la información que el diario había publicado.

Al contrario de lo que podría imaginarse, en el palacio los ministros y el gobernador no manejaban buena información. Incluso algunas versiones que circularon hablaban del respaldo del poder nacional a Martínez de Hoz.

—Parece que al fin de cuentas el presidente de la Nación se decidió por terminar con esta novela —comentó un hombre en uno de los corredores principales mientras hacía girar el revólver en uno de sus dedos. Tenía una herida de arma blanca en el rostro que aún no había cicatrizado.

Esos rumores en creciente aumento hicieron que el coronel Kinkelin diera órdenes de disminuir a cien integrantes a su fuerza. Fue así como muchos de ellos emprendieron el retorno a la Capital Federal en ánimo de victoria.

³³ Diario “El Argentino”, viernes 15 de marzo de 1935.

Los asaltantes del 7 de febrero

Más tarde se supo de fuentes confiables la verdadera intención del gobierno nacional. Muy lejos estaba la decisión del presidente Justo de aquellos transcendidos de Casa de Gobierno. El primer mandatario de la Nación decidió decretar la asunción del vicegobernador en reemplazo de Martínez de Hoz. La noticia no tardó en causar efecto en el seno nacionalista.

Kinkelin actuó de inmediato. Se dirigió a la oficina de la secretaría de la gobernación en la cual había un teléfono. Era un aparato moderno para la época, de color negro y con detalles en plateado. El coronel discó con tanta prisa que falló y debió repetir el llamado.

—Avisé a todos los legionarios que regresen a Casa de Gobierno —le ordenó. Del otro lado estaba el jefe de policía de caminera.

—¿Qué pasó, coronel?

—Acaban de decretar la salida del gobernador, pero no les será fácil.

Tan pronto como fueron notificados, los legionarios retornaron al palacio platense. La lucha no cedía.

La disposición de la administración nacional mandaba a sostener en sus funciones al vicegobernador en ejercicio del Poder Ejecutivo. Por tal motivo se preveía, para el día siguiente, la asunción al cargo del doctor Raúl Díaz, quien contaba con cierta protección por ser ciudadano platense.

Meabe corrió hasta la oficina del mandatario que se encontraba en soledad.

—Señor, tengo que comunicarle algo de último momento...

—Adelante —dijo en tono desalentador.

—El gobierno nacional acaba de determinar su salida. ¿Qué medidas tomaremos?

Martínez de Hoz se cubrió el rostro con las manos durante largos segundos hasta que las apartó y dejó ver sus ojos llorosos. Su mayor temor se volvía realidad.

Meabe quedó perplejo. Por primera vez Don Federico se mostraba vulnerable.

El cielo se cubrió por completo lo que provocó que el despacho se oscureciera.

Respiró hondo y se puso de pie.

—Tarde o temprano algo de esto iba a suceder —le confesó a su más fiel ministro.

—Pero, ¿a qué se refiere?

Se dirigió a la ventana y observó a los legionarios que de a poco volvían a sus puestos y se proveían de armas.

—Encárguese de dar por finalizada la resistencia. Es mi último pedido —le dijo al tiempo que secó sus lágrimas con un pañuelo de tela.

Meabe no respondió. El silencio del despacho fue tan intenso que el segundero del reloj del ex gobernador Dardo Rocha apoyado sobre el hogar de mármol retumbaba en las paredes.

—Bajo estas circunstancias es muy difícil —se sinceró.

—No termino de entender...

—En una época donde abunda el fraude y el privilegio, la traición está a la vuelta de la esquina. Debí imaginarlo, más aún con lo que le sucedió al general Uriburu —dijo y agachó su cabeza. La mirada se clavó en el suelo por un buen rato.

Meabe asintió. Ya no necesitaban más explicaciones. Luego Don Federico le solicitó su ayuda y dirigió un telegrama al presidente de la república. La decisión estaba tomada.

Me retiro del gobierno de Buenos Aires, vencido por la fuerza que V. E. ha puesto al servicio de inconfesables consorcios de baja política. Protesto ante el país del acto que complica con los asaltantes del 7 de febrero, la investidura y el prestigio del gobierno de la Nación.

El conflicto de poderes creado por la resolución inconstitucional de un tribunal compuesto por mis acusadores, tiene un juez natural: el Congreso de la Nación. El decreto de V. E. al arrollar la autonomía de Buenos Aires frente al parlamento en funciones coloca al P. E. al margen de las disposiciones que ha jurado respetar y hacer respetar.

Saluda a V. E.: Federico L. Martínez de Hoz.³⁴

³⁴ Diario "El Argentino", viernes 15 de marzo de 1935.

Una vez emitido el comunicado se retiró en forma temporal y sin levantar sospechas a su residencia particular de calle número 5.

Avanzada la tarde y con la noticia causando efecto en todos lados, el doctor Meabe mantuvo una reunión con el teniente coronel, jefe del Regimiento séptimo de Infantería, Pablo Berretta. Una vez finalizada se juntó con los líderes legionarios y la muchedumbre a los que les pidió que se aprestaran al inminente abandono del lugar, sin antes confiarles que “el presidente de la república había optado por sacar a la fuerza al único gobernador nacionalista del país por medio de un acto ilegal”³⁵.

Ya caído el sol, los defensores se agruparon en el patio central de la planta baja y se posicionaron en formación militar a las órdenes del coronel Kinkelin. En calle 6, sobre Plaza San Martín, efectivos de la policía montada no permitían el paso de los curiosos.

Más tarde un jefe legionario tomó la palabra ante la multitud.

—¡Atención! El señor gobernador de la provincia de Buenos Aires va a salir tan dignamente como ha entrado.

Martínez de Hoz había regresado al palacio para brindar a sus seguidores el acto de despedida.

En ese momento Don Federico se hizo presente en las escalinatas del edificio en compañía de sus familiares y laderos. Entre ellos Sánchez Sorondo, Meabe y Kinkelin. Entre aplausos y vivas el saliente gobernador se detuvo.

³⁵ Diario “El Argentino”, viernes 15 de marzo de 1935.

Estaba nervioso y al mismo tiempo emocionado. Con su mano derecha pidió silencio y se dirigió a la multitud expectante.

—“La voluntad del presidente de la Nación me despoja de un cargo en el que me hallaba legítimamente, obligándome a abandonar mi querida provincia que queda en manos de los asaltantes del 7 de febrero. Ustedes, los nacionalistas, son los únicos que me han acompañado lealmente”³⁶.

¡Viva la revolución nacionalista!, exclamaron en coro los presentes, que habían formado dos filas dejando espacio para que transitara por entre medio.

Luego continuó su caminata hasta el acceso que daba sobre calle 6 donde lo esperaba un auto.

—Cruzaré la plaza a pie. Espéreme del otro lado, por favor —le dijo al chofer.

Acompañado por sus íntimos y los fieles legionarios transitó la plaza por el corredor central. Rodeó el monumento al prócer y al final del camino ascendió al vehículo, un Ford A, chapa C29.382, que lo aguardaba en contramano. Finalmente emprendió el viaje a Capital Federal y dio por concluida su participación al frente de la gobernación.

Los legionarios se disolvieron. Algunos acompañaron en caravana a Martínez de Hoz y otros se dirigieron por diagonal 80 a la estación de trenes.

El capitán del Regimiento séptimo de Infantería Don Juan Macchiavelli quedó a cargo del palacio y de inmedia-

³⁶ Diario “El Argentino”, viernes 15 de marzo de 1935.

to adoptó diferentes medidas de seguridad y vigilancia. En su proceder se destacó el hallazgo de una ametralladora moderna en el patio del ala izquierda que fue rápidamente confiscada.

La asunción

El acto del viernes fue anunciado para las 16 h y una hora antes la afluencia de público al palacio era elevada. El doctor Díaz arribó en automóvil y se dirigió a la escalera central que lo depositó en el hall de la planta alta. En el salón de actos fue recibido por más de un millar de espectadores y efusivos aplausos. Incluso fue un verdadero esfuerzo llegar al frente, donde se había colocado una mesa sobre la que había una carpeta y un tintero.

El escribano mayor de gobierno, Sr. Solanas, llegó veinte minutos tarde y leyó el acta labrada que argumentaba que:

Habiendo hecho abandono de la sede de gobierno el señor gobernador, D. Federico L. Martínez de Hoz y en cumplimiento de lo resuelto por el Senado de la provincia en su sesión del día 12 del corriente, queda en posesión efectiva del cargo de gobernador de la provincia el vicegobernador, Dr. Raúl Díaz.³⁷

El nuevo mandatario suscribió el documento que lo ratificaba en carácter interino hasta la llegada del

³⁷ Diario "La Nación", sábado 16 de marzo de 1935.

‘monumental’ hombre de las tres ‘F’: Manuel Fresco,
franquista y fraudulento.

1943-1945

Vidas paralelas

*Por Mario Castillo**

* Mario Castillo, tesista de la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la Universidad Nacional de La Plata. De Pellegrini, provincia de Buenos Aires. Nació el 24 de septiembre de 1986.

Vidas paralelas

El golpe de Estado de 1943 y el origen del peronismo en la clase trabajadora. El “cabecita negra” y el obrero con “conciencia de clase”, ante el surgimiento de la figura política de Juan Domingo Perón.

Antonio era un hombre adulto, que al igual que muchos de sus amigos, parecía mayor de lo que era. Su piel revelaba un uso excesivo de su cuerpo para los años que llevaba de vida. Había crecido en un hogar en el que se balbuceaba el castellano.

Su familia, como tantas, de manera errante había llegado a Berisso para comenzar de nuevo. La guerra y el hambre obligaban a millones de personas a abandonar Europa. Sus padres y sus tíos no sólo habían traído su incertidumbre y su esperanza en el barco en que cruzaron el océano. Algunos libros, diarios y publicaciones obreras, y años de experiencia en un mundo marcado por la lucha política diaria, habían convivido con él en su pequeña casa de la infancia.

Cuando no trabajaba solía caminar las calles de la ciudad con un sombrero negro y un modesto traje. Era uno de los parroquianos que todos los días llegaba al bar de Montevideo y Marsella. Ese lugar que parecía ser el living inexistente de los hogares humildes, la antesala de los mítines; y una especie de diván anacrónico en el que no

había palabras ni psicólogos, pero sí alguna caña o ginebra.

Antonio tenía una voz que parecía imponer el silencio a los demás con sus palabras. Pero no sólo su tono solemne era el responsable de la atención que su discurso producía, sus compañeros y amigos sabían que debían escucharlo y así se lo hacían saber a cada joven que lo comenzaba a conocer. Sus enemigos lo respetaban y eran conscientes de que no podían dejar de tenerlo en cuenta.

Había nacido en Italia, y luego de una niñez difícil, se había embarcado junto a su familia hacia América. Tenía once años cuando llegó al nuevo mundo. La vida en la Argentina no era sencilla para ellos. Su padre pasaba largas horas fuera del hogar para poder brindarles las necesidades básicas. Si bien habían dejado de lado realidades tristes y horrorosas vividas en Europa, muchas de las injusticias se repetían de forma idéntica.

En esa lucha contra las injusticias, contra los abusos de los patrones, donde la ferocidad de la policía era siempre contra los ciudadanos humildes, se había desarrollado la vida de Antonio. La revolución rusa había permitido generar un horizonte al que apuntar para muchos militantes obreros de todo el mundo.

Pronto Antonio debió buscar trabajo y la creciente actividad ferroviaria le brindó un lugar. Berisso, su ciudad, crecía al ritmo de los grandes frigoríficos y la masa de trabajadores de la zona aumentaba año tras año.

La experiencia conseguida desde niño en un hogar con conciencia de clase, siempre dispuesto a la lucha polí-

tica, los primeros años de vida en la lejana Italia y luego en el sur del mundo, con las injusticias repetidas a un lado y otro del océano, lo habían marcado a fuego. Trasladó su experiencia e ideología a su trabajo como ferroviario. Un modelo de desarrollo que tenía un sistema de trenes ingleses ideado en forma de abanico, en el cual las líneas confluían en la ciudad de Buenos Aires, para a través de su puerto, exportar las riquezas naturales que producía la Argentina. En esta época de guerra los alimentos elaborados en la generosa llanura pampeana servían para alimentar a la Europa bélica.

Fue parte del sindicato de su rama conocido como La Fraternidad. Siempre participó en todos los movimientos de protesta y manifestaciones que hubo en la zona. Aunque nunca llegó a convertirse en un dirigente preponderante ni conductor de sus compañeros, acompañó activamente las luchas que su partido desplegó para combatir lo que ellos consideraban un sistema de explotación del hombre por el hombre.

José nació lejos del Río de la Plata pero desde chico también vivía en Berisso, junto a sus padres y sus seis hermanos. Su casa era muy pequeña para tanta gente, pero no distinta a la de sus vecinos. El terreno tenía un reducido espacio delante de la baja y precaria construcción, con un rosal en un costado y varios tachos de latas con flores a modo de macetas. Contra una reja oxidada se apoyaba una bicicleta de ruedas finas y aspecto desvencijado.

Su nacimiento se produjo en las cercanías de un pueblo del norte de Santa Fe. Allí transcurrió su infancia

en el campo, entre viejos gauchos que silbaban sus penas y vagabundeaban. De chico trabajó con su madre matando gallinas para el puchero diario, cuidando animales y juntando la leña. A medida que crecía ese trabajo hogareño se ponía cada vez más duro. Recordaba las imágenes del largo viaje hacia su actual ciudad, que permanecían muy fuerte en su memoria. No había sido fácil ni corto.

Sufrió de frío, de hambre y de miedo, miedo que tal vez nunca sintió nuevamente. Del frío y del hambre en cambio, sí volvió a tener noticias.

Era un joven muy delgado, moreno, vestía un pantalón gris que no llegaba a tocarle sus viejos zapatos y que no parecía suficiente abrigo para un otoño en avanzada. En ocasiones, lucía un saco negro que había conseguido de un generoso pago extra de parte de una viuda por una de las tantas changas que solía realizar antes de entrar al frigorífico.

Ese frigorífico, que junto a otro similar, representaban la base de la generación de empleo para la ciudad. Un modo de producción en línea, que le había permitido esquivar un futuro de hachero en La Forestal, en el que hubiera tenido que deslomarse de sol a sol en un sistema económico precapitalista, empleado también por ingleses para extraer el tanino de los añosos e irre recuperables quebrachos. Dentro de los frigoríficos convivía una comunidad obrera que en los últimos años había cambiado significativamente. Él era parte de ese cambio.

En el año 1943 la Argentina vivía por segunda vez la experiencia de un golpe de Estado. Después de más de diez años de gobiernos de facto o elegidos en comicios fraudulentos, el país había retrocedido en lo institucional lo poco que pudo avanzar luego de la sanción de la ley Sáenz Peña, con una participación todavía parcial de la ciudadanía a la hora de votar (las mujeres aún no podían ejercer ese derecho).

Esta vez, una junta de oficiales autodenominada Grupo de Oficiales Unidos (GOU), había llegado al poder luego de derrocar al presidente Ramón Castillo el 4 de junio de 1943. El general Arturo Rawson ocuparía la primera magistratura de manera fugaz, luego llegaría el turno del general Pedro Pablo Ramírez y por último el general Edelmiro J. Farrell sería presidente de la Nación. Este hecho fue poco tiempo antes de producirse las elecciones generales, donde el candidato favorito era Robustiano Patrón Costa. Este político conservador había anunciado la futura adhesión del país a las fuerzas Aliadas en la Segunda Guerra Mundial, lo que causó un gran descontento en los militares germanófilos y neutralistas. Por esto se generó el golpe y por consiguiente no hubo elecciones ni continuidad del “fraude patriótico”. Sin embargo, a la postre, ninguno de ellos sería la figura política excluyente emanada de ese levantamiento del 4 de junio. El entonces coronel Juan Domingo Perón, miembro del GOU, era designado a cargo del Departamento Nacional del Trabajo. Ese era el comienzo de la carrera política del hombre que, no sólo marcaría los años posteriores, sino que se

convertiría en la figura política más importante de todo el siglo.

Desde ese pequeño Departamento, que luego se convertiría en la Secretaría de Trabajo y Previsión³⁸, Perón comenzó a tejer una relación con la clase obrera que duraría hasta su muerte. Un proletariado nacional que se acercaba a la mitad del siglo XX con una necesidad impostergable de conquistar nuevos derechos y ocupar un lugar central en la vida política del país.

El 4 de junio de 1943 circulaba la noticia del cambio de gobierno. Los trabajadores del ferrocarril de la estación de Berisso improvisaron un mitin para hablar de la nueva situación política. Mientras tanto, uno de los líderes explicaba lo ocurrido a quienes todavía no se habían enterado y advertía que la llegada de los militares nuevamente al poder respondía a una situación clara.

—Aquí lo que pasa es que los conservadores prometieron seguir a los Aliados en la guerra y estos tipos son notoriamente fascistas. Por eso rompieron este pacto de fraude indefinido, por eso derrocaron a Castillo y por eso no habrá elecciones —sentenció Roberto, uno de los portavoces de La Fraternidad.

Ese mismo día, en el frigorífico Swift, también corría la novedad del abrupto cambio de presidente. José hacía poco que trabajaba allí y su formación política era nula.

³⁸ La Secretaría de Trabajo y Previsión es creada mediante el Decreto N° 15.074/43.

Apenas sabía leer y escribir. Además provenía de un hogar donde no existía ninguna actividad intelectual. Sin embargo, las injusticias sufridas en carne propia lo hacían preguntarse sobre varios aspectos y no desconocía que el origen estaba en el predominio de una minoría que ostentaba siempre el poder. Esa jornada no fue muy diferente a las demás y después de su turno fue al rancho de un amigo para ayudarlo con la faena de dos lechones que le habían encargado. Allí hablaron mucho, pero ni mencionaron la noticia del golpe de Estado.

En el mundo, mientras tanto, dos coaliciones de países se enfrentaban en una guerra de escala mundial. Por un lado los gobiernos autoritarios europeos de la Alemania de Hitler y la Italia de Mussolini, junto al Japón Imperial de Hirohito, habían logrado poner en un mismo bando a la Unión Soviética y a las grandes potencias capitalistas occidentales: Estados Unidos, el Reino Unido y Francia. Sólo esa amenaza de extrema irracionalidad, personificada en Adolf Hitler, consiguió unir las fuerzas del capitalismo y el comunismo contra “el enemigo en común”³⁹.

³⁹ Esa situación histórica era excepcional y fue relativamente efímera. Se prolongó, a lo sumo, desde 1933 (año en que Estados Unidos reconoció oficialmente a la URSS) hasta 1947 (en que los dos bandos ideológicos se convirtieron en enemigos en la «guerra fría») o, por mor de una mayor precisión, desde 1935 hasta 1945. En otras palabras, estuvo condicionada por el ascenso y la caída de la Alemania de Hitler (1933-1945), frente a la cual Estados Unidos y la URSS hicie-

Esta naturaleza ideológica de la guerra comprometía a todas las naciones del mundo con uno u otro bando. Sin embargo, el régimen militar que gobernaba nuestro país mantuvo la neutralidad. Incluso la propia sociedad argentina de entonces se dividía entre “aliadófilos” y “germanófilos”. Recién en 1945 Farrell le declaró la guerra a las potencias del eje⁴⁰, ante su inminente derrota.

Se combatía en Europa, en África y en el Pacífico, pero sin dudas las consecuencias del conflicto bélico alcanzaban a todo el planeta. Con las principales potencias industriales paralizadas por la guerra, el mapa económico internacional había cambiado.

Si bien la Argentina estaba a miles de kilómetros de los campos de batalla que bañaban de sangre al viejo continente, nadie podía estar ajeno a una realidad global muy distinta al período previo a la contienda. A partir de la crisis financiera mundial del ‘30, las formas de producción en la Argentina comenzaron a cambiar debido a la

ron causa común porque la consideraban un peligro más grave del que cada uno veía en el otro país.

[...]El factor que impulsó la unión contra Alemania fue que no se trataba de una nación-estado descontenta de su situación, sino de un país en el que la ideología determinaba su política y sus ambiciones. En resumen, que era una potencia fascista.

[...]Fue una guerra internacional porque suscitó el mismo tipo de respuestas en la mayor parte de los países occidentales, y fue una guerra civil porque en todas las sociedades se registró el enfrentamiento entre las fuerzas pro y antifascistas. HOBBSAWN, Eric. Historia del siglo XX. Crítica, Buenos Aires, 1998. Pág. 149 y 150.

⁴⁰ El Poder Ejecutivo Nacional declara la guerra a Alemania y Japón mediante la sanción del decreto 6945/45 el día 28 de marzo de 1945.

necesidad de sustituir las importaciones que ya no llegaban desde los grandes puertos del mundo central.

Esto trajo aparejado cambios sociales y demográficos. Las márgenes habitadas del Río de la Plata comenzaron a ensancharse con cientos de miles de ciudadanos de las provincias del interior del país que llegaban para afincarse en las grandes urbes⁴¹ y que se los conocería como “cabecitas negras”.

De este modo se formó una nueva clase trabajadora en las zonas metropolitanas, con los viejos trabajadores y los nuevos migrantes que arribaron desde el interior. Esta

⁴¹ Hacia 1945-1946, la mayor parte de la clase obrera nativa y urbana había sido reemplazada por los recién llegados de las provincias. Este reemplazo se produjo por un desplazamiento masivo en la mano de obra y a través de un proceso de ascenso social —ínter e intrageneracional— dentro de la clase obrera preexistente.

La proporción de migrantes “recientes”. Si aceptamos el plazo arbitrario de 10 años de residencia máxima en la ciudad como definición de migración “reciente”, se apreciará con claridad que la enorme mayoría de migrantes internos era reciente. La migración masiva no comenzó antes de 1935, y el proceso se intensificó mucho después de 1938. Aquí, el factor crucial es que entre 1935 y 1946 el total de migrantes internos en el Gran Buenos Aires aumentó de unos 400.000 (para todas las edades) en 1935 a más de 1,5 millones en 1947.

[...]Por lo tanto, en 1947, la clase trabajadora en el área estaba formada por un 27 por ciento de nativos y un 73 por ciento de migrantes: él 57 por ciento eran “nuevos” (llegados en gran parte después de 1938) y el 16 “viejos”. GERMANI, Gino. El surgimiento del peronismo: rol de los obreros y los migrantes internos, en Torcuato S. Di Tella (compilador), Sociedad y estado en América Latina. Editorial Universitaria de Buenos Aires, 1985. Pág. 451 y 452.

nueva composición dotó de una heterogeneidad mayor a la franja más postergada de las ciudades.

Con la llegada del golpe de Estado de 1943, un nombre, un apellido, fue el que comenzó a escucharse cada vez más a menudo entre los trabajadores de todo el país.

—Antonio, oíste algo de un tal “Perún” —le preguntó su compañero Osvaldo.

—Sí, es Perón el nombre. Igual es milico y de este gobierno, ¿pretendés que haga algo bueno? —sentenció sin dejar de hacer sus tareas y casi sin mirar a su interlocutor.

—Pero muchos dicen que recibe a los trabajadores y que está ayudando en reclamos que se hacen en muchas fábricas.

—Yo no me fío de esa gente, todo termina siempre igual para nosotros. La revolución nacerá del obrero con conciencia de clase, que entienda que este sistema lo oprime a él y a su familia. Ningún militar va a llevar justicia al pueblo.

Después de esa charla con su compañero, los comentarios sobre Perón eran cada vez más habituales. Lo consultaron en el bar, el “Gallego” -el zapatero al que le había dejado un encargo- y hasta uno de sus hijos llegó a preguntarle quién era ese misterioso coronel que parecía ayudar a quienes pocas veces o nunca se los escuchaba.

En la vida de José, el nombre de Perón sobrevoló de un modo más invisible en los primeros tiempos. Para él los

acontecimientos importantes de la vida sucedían en la cercanía y los grandes apellidos que salían en los diarios le resultaban demasiado lejanos como para llamarle la atención.

El nacimiento de una dicotomía: peronistas y antiperonista

No obstante pasaron casi dos años y los conflictos estallaron en el seno de los dos grandes frigoríficos de Berisso. José ya sabía cabalmente cómo era la lógica industrial y qué significaba un obrero para las patronales. Los abusos de poder, la poca capacidad de defensa de los trabajadores y lo duro de sobrellevar una vida de penurias con un sueldo insuficiente después de muchas horas del día confinado en su lugar de trabajo.

Para abril y mayo de 1945 los empleados de Swift y Armour se encontraban en pie de guerra con las empresas. A partir de allí, el crecimiento de Perón llegaría a tomar dimensiones mucho más grandes en la ciudad de Berisso. El 4 de abril había comenzado una huelga y el conflicto se intensificó. Hubo mediación de la Secretaría de Trabajo y Previsión y se emitió un decreto para finalizar con la disputa. De todos modos las partes no llegaron a un acuerdo y la tensión iba en aumento a medida que se producían las suspensiones a los trabajadores. Por esos días, los diarios platenses reflejaban en sus páginas los pormenores del conflicto y aparecía la figura de Perón como mediador.

Ambos bandos publicaron solicitadas alegando sus razones⁴².

Así fue como Perón y la política comenzaban a acercarse cada vez más a las narices de José. Esa lucha obrera ya era su realidad. Cuando vio que sus compañeros comenzaban a quedar cesados, sintió temor. Más aún cuando las amenazas de algún superior buscaban mostrar como ejemplo a esos empleados que se iban disciplinando. A raíz de esas medidas de la patronal, la Asociación de Empleados del Frigorífico Swift decidió que ningún trabajador cumpliría con las tareas de los compañeros suspendidos. A José, que seguía en sus funciones, uno de los delegados se lo comunicó en persona.

Ese día se fue a su casa y en el camino no pensó en otra cosa que en los problemas que había en su trabajo. Era consciente de lo que significaba ser suspendido, y peor aún, echado. Era realmente una catástrofe. Pero también entendía que lo era para todos sus compañeros y a muchos ya les había sucedido. Las advertencias de su superior se repetían en su mente, “vos ya sabés que acá tenés que hacer lo que te decimos nosotros, la política y los líos acá no van. Después es tarde para lamentarse y vamos a ver si esos del sindicato te van a pagar el sueldo todos los meses”. José ya había comprendido la importancia de la solidaridad y de la unión con sus pares. No era un dilema me-

⁴² Diario “El Día”, martes 15 de mayo y lunes 21 de mayo de 1945. Diario “El Argentino”, viernes 18 de mayo de 1945.

nor, pero estaba decidido a plegarse a las medidas que había decidido tomar la Asociación de Empleados.

Por aquellos años, el mundo del trabajo en las cercanías del puerto de La Plata se movía al ritmo de los frigoríficos y de la propia actividad portuaria. La calle Nueva York era el fiel reflejo de ello. Todos los comercios, y profesiones de servicios, crecían al ritmo de la masa de gente que aparejaba la dinámica de estos verdaderos colosos. La actividad ferroviaria desde hacía muchísimos años también era de vital importancia. El conflicto de los frigoríficos atravesaba a toda la sociedad. Por aquellos meses se repetían las noticias al respecto en las páginas de diarios platenses como *El Día* y *El Argentino* y los sindicatos que no tenían que ver con el mundo de la carne igual lo tomaban como propio. Dentro de *La Fraternidad*, el debate sobre cómo tomar las medidas y las ayudas de Perón era constante, pero más aún se intensificaba la forma en que ya había comenzado a influir en numerosos obreros la figura del Secretario de Trabajo. Los sindicalistas provenientes de las tradiciones del socialismo y el comunismo, veían a Perón con particular recelo, y esto era recíproco. La naturaleza del embrionario grupo de trabajadores que se esperaba con Perón, comenzaba a vislumbrarse como algo demasiado complejo para todos. Para los burgueses y para esta clase obrera que traía consigo años de lucha y de organización social bajo las banderas y los conceptos teóricos del marxismo.

—Yo entiendo a los muchachos, Roberto. Ven en Perón a alguien que les da una mano. Para muchos no es

poco y ellos sufren demasiado. Les están haciendo la vida imposible en los frigoríficos. —Reflexionaba Antonio con uno de sus camaradas del sindicato, sentado en la mesa del bar, con dos copas de grapa de por medio.

—Eso seguro, pero no te tenés que quedar con las migajas que te da un milico oportunista que lo único que quiere es poder y para eso pretende usarnos a todos. Además éste estuvo cerca de Mussolini y de Franco y no hace falta que te diga que quiere decir eso a vos. — Roberto terminó su grapa de un sorbo y se tiró contra el respaldo de la silla mirando a Antonio con un gesto serio y adusto.

—Yo lo sé, no voy a salir a venerarlo, estoy lejos de eso. Pero hay que reconocer que para muchos es una esperanza y a mí me pica que para bien o mal vamos a tener Perón para rato. —Antonio, también terminó su trago, luego levantó sus cejas, se paró y tomó su abrigo para retirarse.

Por su lado, José cada vez más a menudo asistía a encuentros de la Agrupación de Empleados del Frigorífico Swift. Había sido uno de los más entusiastas participantes de las jornadas solidarias en las que se repartía alimentos a los obreros y a sus familias, que sufrían las medidas de las autoridades del frigorífico. Allí el apellido Perón se repetía, y ya muchos lo invocaban como la llave que abriría las puertas de las soluciones a sus problemas.

Un día, compartiendo un mate con su padre en la pequeña y humilde cocina de su casa, José habló de Perón.

—M’ijo, ¿cómo andan las cosas en el trabajo? Usted tiene que tener cuidado, ¿sin ese sueldito qué va hacer? — La preocupación de su padre crecía con los días y con los comentarios que le llegaban de sus vecinos. En la mesa había un ejemplar del diario El Día donde se leía el titular “Los empleados del Swift han resuelto no efectuar las tareas del personal que acaba de ser suspendido”⁴³.

—Quédese tranquilo, padre, nosotros no estamos solos. En el frigorífico luchamos todos juntos y además ahora lo tenemos a Perón. —José acercó la bombilla a su boca, y luego de esa última palabra que con los años sería un himno en su hogar, se produjo un largo silencio.

Pasado el tiempo, José recordaría ese momento, esa charla con su padre tomando un mate y comiendo un pedazo de pan, como el día en que él se hizo peronista.

Cuando la guerra mundial llegaba a su desenlace y las fuerzas aliadas lograban detener la amenaza del nazismo, en Argentina se comenzaba a formar un nuevo movimiento político. De esa novedosa experiencia formaría parte esta nueva clase trabajadora y lo haría de manera relevante. El mundo, luego de la caída de Hitler, se dividía en dos. Con el enemigo común derrotado, las diferencias lógicas de las potencias occidentales con la Unión Soviética se pusieron de manifiesto y se abrió una nueva etapa en relaciones internacionales⁴⁴. El capitalismo de un lado

⁴³ Diario “El Día”, lunes 21 de mayo de 1945.

⁴⁴ “Desde Stettin, en el Báltico, a Trieste, en el Adriático, ha caído sobre el continente una cortina de hierro.” Con estas palabras que

-con Estados Unidos consolidado como la nueva potencia hegemónica- y el comunismo del otro, representarían el enfrentamiento ideológico que atravesó casi el resto del siglo.

Y justamente en esa lógica bipolar que predominaba en el mundo, desde un rincón de Sudamérica, Perón proponía una “tercera posición”. En una Argentina que buscaba dejar de ser la periferia, pero ya no en el discurso, las políticas y las lucecitas de colores de la clase gobernante de la generación del '80. Sino mediante un modelo de país con una fuerte presencia estatal y sentido nacionalista.

En tiempos históricos brevísimos, Perón se instituyó como el líder y la voz de una mayoría que parecía condenada a no tener una representación de peso.

La tradición política de la clase trabajadora no era novedosa en nuestro país, ya que la organización en sindicatos y las medidas de fuerza y manifestaciones frente a los abusos patronales, eran una práctica que llevaba un largo tiempo. El anarquismo, partidos políticos de izquierda y hasta la Unión Cívica Radical (UCR) representada por Hipólito Yrigoyen, habían intentado en algunos casos acercar sus acciones a los intereses de las mayorías. Pero nunca se había establecido un partido con fuerte

pasarían a la historia, el Primer Ministro británico, Winston Churchill, definía la nueva realidad política mundial. Lo hizo en un discurso pronunciado en la ciudad de Fulton, Missouri, EE.UU., el 5 de marzo de 1946.

composición obrera de base como lo sería el peronismo a partir de 1945.

Tal vez de forma paradójica y contradictoria, a partir de un alzamiento militar –que si bien no derrocó a un gobierno que representara las demandas de la mayoría de la sociedad–, nacía esta nueva experiencia política de participación masiva, que lograría arraigar un sentimiento hacia una causa en millones de argentinos. Esta sería la primera contradicción de una serie interminable dentro del justicialismo, que llegan hasta nuestros días. Algo que parece inevitable en un movimiento tan heterogéneo y particular.

Pero mucho antes de que esos conflictos estallaran en el seno del peronismo, e incluso antes del apogeo de Perón en el gobierno, comenzaba a asomar un nuevo actor en la vida pública del país.

Este nuevo personaje en la vida política, surgía de los arrabales de las ciudades, de las cercanías de los puertos, de los campos del interior. Olía a barro y a grasa, era la “doliente anemia”⁴⁵ que erraba por los barrios bajos, era el “cabecita”, también el inmigrante y su prole; sonaba como un suave pero incesante silbido de una melodía de tango o de milonga, un sonido que inevitablemente dejaría de volar por lo bajo y se haría escuchar.

⁴⁵ Corrientes y Esmeralda. Música: Francisco Pracánico; Letra: Celedonio Flores. 1933.

José, ya era parte de ese movimiento, de esos des-camisados, de esa gran cantidad de gente que sin saberlo se acercaba a vivir el día fundacional de un fenómeno que se volvería su más fuerte grupo de pertenencia.

El año 1945 sería crucial en la vida de Antonio y sobre todo en la de José. En el mes de octubre, los comandantes que habían realizado el golpe del 4 de junio de 1943 se cansaron de Perón y cedieron ante las permanentes amenazas de la oligarquía. El 9 de octubre Juan Domingo Perón fue encarcelado. La noticia recorrió las fábricas y las barriadas humildes con gran velocidad. Esa novedad, para José no era tan indiferente como lo había sido aquel cambio de gobierno algo más de dos años atrás. Su relación con la política era otra, Perón había hecho que eso cambiara.

Antonio y sus compañeros habían recibido la noticia con algo de sorpresa y en ese momento no sabían cómo reaccionar. Por esos días el ateneo al que concurría se paralizó y había incertidumbre sobre lo que podía pasar. Pero seguro que nadie imaginó ese “rescate” en masa que el coronel Perón recibiría el 17 de octubre.

La historia es conocida. Luego de una reacción sin precedentes de miles de trabajadores, se provocó una movilización espontánea hacia el centro de la ciudad de Buenos Aires. Justamente allí, desde la ciudad de Berisso, partieron los primeros manifestantes con destino a Plaza de Mayo. Uno de ellos era José.

—¡Vamos, pibe! —se escuchó el grito de Ramón, uno de los delegados del frigorífico, mientras golpeaba la

ventana de la casa de José—. A Perón lo largan o lo largan.

José salió rápidamente y preguntó,

—¿Qué pasa? ¿Qué van a hacer?

—Nos vamos todos para Buenos Aires, dale. Hasta que no hablemos con Perón no nos volvemos. ¿No vas a venir? —lo inquirió su compañero.

—Sí, a Perón no lo vamos a dejar solo en ésta.

—Bueno, apurate. Andá para la esquina del bar que en un ratito no más salimos... ya van a ver lo que va a ser esto. —Ramón pronunció estas últimas palabras cuando ya se alejaba de la casa de José.

Antonio se enteró de lo que pasaba con muchos otros obreros y en seguida supo que algo importante iba a suceder. Decidió ir hasta la esquina de Nueva York y Marsella. Mucho antes de llegar veía gente yendo de un lado a otro, vecinos en las puertas de las casas y escuchaba conversaciones breves que desparramaban la noticia de la marcha que se estaba gestando hacia la Capital Federal. Antonio tomó la calle Marsella, callado, pensativo y caminando lento enfiló para el lado de la Nueva York. Pero antes de llegar se detuvo. A más de una cuadra de distancia se quedó mirando cómo a cada instante aumentaba el número de gente. Sintió timidez y una especie de vergüenza y por eso no quiso acercarse más. Pensó mucho y no dejó de sorprenderse. Tenía la mirada fija hacia delante y no giraba su cabeza cuando a su alrededor más vecinos se dirigían a sumarse a la manifestación. Allí, parado al lado del cordón, con un cigarrillo que se le consumía entre sus

dedos, Antonio supo que ese palpito que había tenido unos meses atrás en aquella charla del bar con Roberto, era una realidad irreversible, mucho más grande aún de lo que él se había imaginado.

Luego de los episodios de octubre de 1945, el coronel Juan Domingo Perón fue puesto en libertad y el gobierno militar se vio obligado a llamar a elecciones. El propio Perón encabezó la lista triunfadora en los comicios del 24 de febrero de 1946, junto a Hortensio Quijano, imponiéndose sobre la fórmula de la Unión Democrática, Tamborini – Mosca. Se había producido lo impensado, unir a toda la oposición -por derecha o izquierda- comandada por el embajador de los Estados Unidos, Spruille Braden.

La estrecha relación de Perón y de su esposa Eva Duarte con los obreros se intensificó. Los sindicatos, junto con las Fuerzas Armadas y la Iglesia (estos últimos en los primeros años), fueron los pilares que sostuvieron al peronismo. Los beneficios hacia los trabajadores que impulsó el justicialismo se plasmaron en la propia Constitución Nacional en el año 1949. No obstante, el sector obrero sindicalista no peronista fue uno de los rivales de Perón debido a que el gobierno otorgó la personería gremial sólo a los sindicatos que seguían a su movimiento. Esta situación generó una disputa irreconciliable con los gremios con tradición socialista y comunista, que se vieron reflejadas en la participación de estos partidos de la coalición antiperonista llamada Unión Democrática.

Pasaron los años peronistas. Para uno los años más felices, para el otro, tiempos de contradicciones y de ver cómo la lucha obrera en la Argentina transitaba otros carriles, no los que había imaginado. La dicotomía en estas tierras no era capitalismo o comunismo. Claramente se dividía entre peronistas y antiperonistas. Antonio, como militante orgánico, y convencido de su ideología, estuvo del lado del antiperonismo.

No llegaron a pasar diez años de aquel 17 de octubre de 1945, cuando otra insurrección militar llegó para derrocar a un gobierno elegido por el pueblo. Esta vez, el general Perón estaba del lado de los vencidos. Y con él también los obreros. Mucha gente festejó en aquel septiembre de 1955, y otros tantos luego se arrepintieron de aquella efímera alegría.

La autodenominada Revolución Libertadora, también pasó, dejando en su camino años de represión y el comienzo de la proscripción del peronismo. La restauración conservadora era un hecho. Se produjeron detenciones ilegales y fusilamientos de militantes peronistas; además de la promulgación del decreto-ley 4161 del 5 marzo de 1956. Esta medida prohibía en todo el territorio nacional cualquier mención relacionada con el peronismo y llegaba a penar esta falta hasta con 6 años de prisión⁴⁶.

⁴⁶ Decreto-ley 4161, del 5 de marzo de 1956. Publicado en Boletín Oficial, 9 de marzo de 1956.

Luego se llamó a elecciones para reformar la Constitución del '49, donde triunfaron los votos en blanco; y sin la participación del justicialismo, el candidato de la Unión Cívica Radical Intransigente, Arturo Frondizi -previo a un acuerdo con el exiliado Perón- ganó en los comicios de 1958.

Las medidas adoptadas por el gobierno radical fueron tomadas con recelo por la clase obrera, ya que no pudo cumplir con su pacto preelectoral y los reclamos se repitieron durante este periodo. Para combatir estas manifestaciones de descontento popular, el presidente mediante el decreto 9880/58 creó el Plan Conmoción Interna del Estado conocido como CONINTES⁴⁷. Esta medida abrió el camino para que el Poder Ejecutivo pudiese avasallar garantías constitucionales de los ciudadanos con el objetivo de reprimir a sindicalistas, protestas de estudiantes y a la

⁴⁷ Entonces el presidente Frondizi dictó el Decreto 2628 del 13 de marzo de 1960 por el cual declaraba el “estado de conmoción interna del Estado”, el Plan Conintes, que autorizaba la intervención militar en la represión de protestas estudiantiles, huelgas como así otras acciones individuales o colectivas que se considerasen “peligrosas”. Entre otras disposiciones, el decreto ponía a todas las fuerzas policiales del país bajo jurisdicción militar. Así como esta medida abría la puerta para una nueva ola de detenciones masivas de militantes, políticos, sindicalistas, estudiantes, entre otros, también avalaba precedentes formas de violencia y brutalidad policial contra la población en general. BARRENECHE, Osvaldo. Formas de violencia policial en la provincia de Buenos Aires a comienzos de la década de 1960. Anuario Del Instituto de Historia Argentina N° 12, 2012. Pág. 265.

llamada Resistencia Peronista. De esa resistencia, durante años, formó parte José.

Antonio continuó con su militancia en La Fraternidad. También en esos años del gobierno de Frondizi, cuando un plan impulsado por el ejecutivo decidió cerrar algunos ramales ferroviarios, con los consecuentes despidos de trabajadores. Se lo conoció como el Plan Larkin^{48,49} y pretendía terminar con el déficit que generaban los trenes. Por supuesto sus consecuencias las pagarían los de siempre.

⁴⁸ Alsogaray viajó a los Estados Unidos para acordar la llegada del General Thomas Larkin a Argentina, donde tenía que hacer un estudio de los transportes a cargo del Banco Mundial. Así se diseñó el denominado "Plan Larkin", que consistía en: 1. Abandonar el 32% de las vías férreas existentes especialmente la conexión de la rama cerealera litoral – Santa Fe 2. Despedir a 70.000 empleados ferroviarios 3. Reducir a chatarra todas las locomotoras a vapor, al igual que 70.000 vagones y 3.000 coches 4. Adquisición total de material rodante en los Estados Unidos 5. Modernización completa de los Ferrocarriles Argentinos, ya sea renovando los rieles o renovando el material rodante, que estaba en malas condiciones. VACCAREZZA, Federico. Políticas de Desarrollo Industrial en la Argentina (1940 – 2001): Desde la Sustitución a la Apertura. Centro Argentino de Estudios Internacionales, 2012. Pág. 89.

⁴⁹ Fue en la década de 1960 cuando empezó la declinación del ferrocarril, disminuyó el tráfico, la calidad de los servicios y comenzó la clausura de ramales. La competencia con el modo aéreo y el carretero (y la presión del lobby automotor) también condicionó la expansión ferroviaria. Las políticas que arrasaron con el sistema comenzaron con el plan Larkin en su intento de reemplazar 10.000km de ferrovías por carreteras. SCHWEITZER, Mariana. Políticas ferroviarias en la Argentina. Planes y proyectos en la primera década del siglo XXI (Dossier, Revista Transporte y Territorio/10), 2014. Pág. 14.

A uno y a otro los alcanzó el largo brazo represivo del Estado. Con gobiernos militares y con gobiernos pseudodemocráticos. A los dos, de forma diferente, la lucha por la justicia y la igualdad llegó a sus vidas y nunca más la abandonaron. Cada uno con sus ideas, con sus historias, diferentes, pero muy similares. Los dos lucharon y resistieron, y tácitamente sin llegar a estar cara a cara, alguna vez se combatieron.

Lo que nunca cambió fue el lugar al que pertenecían. A la siempre olvidada clase trabajadora. Antonio creyó en su revolución, que con el devenir de la historia tenía que llegar, y pensó que Perón no había sido su peor enemigo. José confió siempre en que el peronismo era la causa más justa que podía existir.

Para ambos, los bastones de la policía y del ejército, y las penurias sufridas durante años, fueron las mismas. Y en un punto, la lucha y las convicciones por las que seguir peleando, también.

1955-1958

La “revolución” que fusilaba

*Por Martín Arrúa**

* Martín Arrúa, tesista de la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la Universidad Nacional de La Plata. De La Plata, provincia de Buenos Aires. Nació el 27 de octubre de 1989.

La “revolución” que fusilaba

La restauración conservadora con vencedores y vencidos. Uno de los fusilamientos de junio.

—¡Vamos que ya es hora! —gritó desde el patio un hombre vestido con pantalones color arena y chaquetilla verde.

El coronel Oscar Lorenzo Cogorno sólo fumó la mitad del habano junto a Luis Leguizamón Martínez. Ambos estaban en una pequeña sala que, en una de sus paredes, colgaba un cuadro del Sargento Cabral de colores sepia. Dicha imagen fue puesta dos años atrás para reemplazar una de Perón.

Sabían que había llegado la hora de estar frente al pelotón. En el patio del regimiento lo esperaban cuatro hombres armados. Antes de salir, Cogorno tiró el resto del habano al suelo y miró a Martínez a los ojos.

—Quédate tranquilo, Gallego. Vos no tenés la culpa —se acercó y le dio un abrazo palmado que retumbó en todas las paredes del regimiento 7.

Guillermo, el secretario de Martínez, quedó perplejo. Ese abrazo era mucho más que una despedida, todos lo sabían. Miró al suelo desconsolado y vio las negras cenizas que salían de la colilla marrón; aún largaba humo acompañado de un fino aroma a vainilla. Sintió que debía tomarlo, estaba en frente de un pedazo de historia, el último habano del coronel Cogorno. Cualquier coleccionista

lo hubiese tomado enseguida, él dudo unos segundos pero decidió guardarlo.

Los soldados que se encontraban en el regimiento 7 sabían que Cogorno y Leguizamón Martínez eran amigos. Todos observaban los daños del lugar para no mirar la despedida. Ya se habían retrasado unos minutos y nadie quiso interrumpir el momento.

Cogorno acomodó su chaqueta y empezó la larga caminata hacia el paredón. Era tal el silencio que había que cada paso se escuchaba a una distancia de dos cuerdas.

El coronel se ubicó cerca de un mástil frente a cuatro mauser sin vendarse los ojos. En ningún momento lloró, ni suplicó por su vida. Era un duque o mejor dicho, un verdadero Señor.

Eran las 0.11 h del 11 de junio de 1956. La muerte de Cogorno integró la lista de dieciocho militares que la Revolución Libertadora fusiló por esos días.

El golpe

Luego de la crisis mundial del '29, el presidente Hipólito Yrigoyen tuvo que adaptarse a las nuevas condiciones socioeconómicas, lo que generó un malestar en la elite conservadora, familias oligárquicas y el Ejército argentino. El 6 de septiembre se produjo el primer golpe de estado en la historia del país. Quien tomó el cargo fue Félix Uriburu dando inicio a la

“década infame” caracterizada por un desenfrenado fraude electoral.

Argentina, forzada por las circunstancias internacionales, debió modificar el modelo agro-exportador por el proceso de industrialización por sustitución de importaciones. Esto permitió el nacimiento de nuevos sectores industriales nacionales, en especial medianos y pequeños. Esta medida generó un importante flujo migratorio interno desde las zonas rurales del interior hacia la periferia de las grandes ciudades como Buenos Aires, Rosario y Córdoba. Estas nuevas masas populares, empleadas en las nuevas industrias de alimentos, metalmecánica, química y textil fueron las que constituirían la base del movimiento peronista.

El GOU (Grupo de Oficiales Unidos) decidió dar el golpe luego de que Castillo demostrara abiertamente su apoyo a la candidatura de Robustiano Patrón Costas, continuando con el fraude y con la promesa de involucrarse a la Segunda Guerra Mundial.

Juan Domingo Perón formaba parte del GOU y fue nombrado en el Departamento de Trabajo, al cual transformó en Secretaria de Trabajo y Previsión. Esto le permitió estar en contacto con los trabajadores y les brindó mejoras en el nivel laboral de vida y de la clase trabajadora, institucionalización del movimiento gremial y mejoras salariales. Es decir, hubo un creciente activismo político de los obreros.

Los partidos políticos opositores acusaron al gobierno de estar identificados con las potencias del Eje

(Alemania, Imperio del Japón e Italia). Ante tanta presión, Farrell quitó su apoyo a Perón y permitió el ascenso de un grupo militar antagónico liderado por el general Eduardo Ávalos. Este consiguió la renuncia en todos los cargos y lo encarceló en la Isla Martín García.

El 17 de octubre de 1945 hubo una gran movilización desde varios lugares del país hacia Plaza de Mayo para pedir su liberación y la restitución en todos sus puestos. Obreros de La Plata, Berisso y Ensenada concurren de forma masiva a la manifestación.

La noche del mismo día dio un discurso desde el balcón de la Casa Rosada donde terminó de constituirse como una fuerte figura para la política del país.

En 1946 Juan Domingo Perón fue electo como el nuevo presidente de los argentinos. Durante su primer mandato, buscó una conciliación con todas las clases teniendo al imperialismo como enemigo en común. La sustitución de importaciones de la década anterior se convirtió en un proyecto industrializador permitiendo aumentar el empleo, el estado de bienestar y la reducción de los mercados externos. La base de este nuevo país, que ya estaba en marcha, se resumió en tres banderas: “Justicia social, independencia económica y soberanía política”.

Durante su segundo mandato, la relación con la Iglesia no fue la misma. La exaltación casi religiosa de la figura de Eva Perón comenzó a generar malestar entre los sectores más conservadores del episcopado.

El 16 de junio de 1955, treinta aviones de la Marina de Guerra bombardearon Casa Rosada y Plaza de Mayo dejando un saldo de trescientos muertos. Por la noche, los peronistas incendiaron algunos templos religiosos dando inicio a una escalada de violencia sin fin.

El 16 de septiembre, el General Eduardo Lonardi lideró el alzamiento militar. Tras cuatro días de combate, los golpistas derrocaron a Perón quien inició un exilio que duraría dieciocho años. En su primer discurso dijo: “La victoria no da derechos. En esta lucha no hay vencedores ni vencidos”. Esto era respetar la estructura política y su base social para realizar acuerdos con los dirigentes peronistas. Tampoco creía necesario abolir la Constitución que sancionó Perón en el año 1949.

Los sectores liberales del Ejército, con Rojas a la cabeza, no soportaron la actitud conciliadora de Lonardi, quien fue desplazado el 13 de noviembre de 1955 por Pedro Eugenio Aramburu. La segunda etapa de la “revolución” estuvo marcada por la persecución a dirigentes gremiales, presos políticos y la detención de militares relacionados con el peronismo. La verdadera cara estaba visible y la revancha en marcha.

La principal tarea que tenía por delante el nuevo gobierno era eliminar al peronismo y todo lo relacionado con la figura del ex presidente argentino. El secuestro del cadáver de Evita y la sanción del decreto

4161, fueron medidas fuertes que tomaron para comenzar con la “limpieza”.

Dicho documento indicaba que estaba expresamente prohibida la utilización de imágenes, símbolos, signos, expresiones significativas, doctrinas, artículos y obras artísticas relacionadas con el peronismo. A todo aquel que violase esta norma le correspondía el pago de una multa, cárcel de treinta días a seis años e inhabilitación para desempeñar cargos públicos.

Era tal el autoritarismo del nuevo gobierno que dejó sin vigencia la reforma constitucional de 1949 para imponer la de 1853, incluidas las reformas de 1860, 1866 y 1898. Esto generó un escándalo en la Corte Suprema que terminó con la renuncia de uno de los cinco miembros: Jorge Vera Vallejo.

Los militares peronistas también sufrieron la mano dura de Aramburu. En el verano de 1956 una gran cantidad de oficiales fueron encerrados en el vapor-prisión Washington, anclado a varios kilómetros aguas adentro del Puerto de Buenos Aires. En ese barco, se encontraban los generales Juan José Valle⁵⁰ y Raúl Tanco,

⁵⁰ Juan José Valle se recibió con tan sólo 22 años de Ingeniero militar. Revistó el Colegio Militar de la Nación como jefe de sección y comandante de la Compañía de Ingenieros Zapadores Pontoneros. Sin lugar a dudas, se trataba de uno de los militares más capacitados en el Cuerpo de Ingenieros del Ejército. Antes de 1956, en ningún momento se había dedicado a la política.

quienes comenzaron a conspirar un nuevo movimiento de “Recuperación Nacional” para sacar del poder a Aramburu y Lonardi. El verano del ‘56 fue el origen del movimiento en contra del gobierno golpista. Comenzó con una simple idea pero, ante tantas injusticias que vivían los obreros y militares peronistas, fue tomando fuerza.

En un segundo escalón aparecían oficiales como los coroneles Oscar Lorenzo Cogorno, Alcibíades Cortínez, Ricardo Ibazeta y el capitán Jorge Costales, entre otros.

La idea principal, una vez realizada la revolución, era deponer a las actuales autoridades provisionales de la Nación; dar libertad a los presos políticos, gremiales y militares; y llamar a elecciones dentro de los 180 días. Estos pasos eran necesarios para recuperar la Constitución del ‘49 y terminar con la proscripción al peronismo. Todos estos objetivos apuntaban a la vuelta de Perón al país.

Se trataba de una revolución militar con algún apoyo civil activo, principalmente, de los peronistas perseguidos. Todos debían cumplir con un rol para que el plan pueda llevarse a cabo.

Campo de Mayo, San Martín, el Regimiento II, la Escuela Mecánica del Ejército, la Escuela Industrial de Avellaneda, Lanús y La Plata eran los sitios donde debían actuar las tropas revolucionarias. En el interior del país, los principales focos estuvieron en Rosario, Rafaela, Santa Rosa y Viedma.

La organización de esta revolución estaba basada en sublevar los principales puntos militares para poder tomar armas y luego las comunicaciones, medios de transporte y medios de comunicación para que puedan tener contacto con los distintos puntos del país.

Tanto Aramburu como el vicepresidente Isaac Rojas, tenían información sobre este intento de desestabilización y no quisieron abortarla. En Santa Fe y San Luis fueron detenidos dirigentes gremiales acusados de incitar a la rebelión. Esta maniobra sólo era para restar base social y desalentar la participación obrera en el movimiento de Recuperación Nacional.

El joven secretario

Guillermo Garriga Lacaze era un joven de unos veinte años cuando la “Revolución Libertadora” llegó al poder. Sin darse cuenta, en un abrir y cerrar de ojos, se encontraba con varios jóvenes de todo el país haciendo el servicio militar.

Guillermo, desde muy chico, observaba a los militares con asombro. Cada vez que pasaba cerca de uno trataba de imitarlo con el pecho inflado, paso lento y manos por detrás. Para muchos significaba estar frente a una institución.

En su primer día, mientras escuchaba al soldado gritar los apellidos en orden alfabético, lucía nervioso y temeroso por su futuro.

—¡Arriaga, a la derecha! ¡Benavidez, a la izquierda!
—el militar gritaba cada nombre y lo tachaba en una lista apoyada sobre un escritorio. El hombre, de cejas negras y rostro curtido, parecía enojado. No era su día—. ¡Ferrán, usted se me va para el regimiento!

La danza de apellidos continuaba hasta que le tocó a Guillermo. El soldado lo miró de arriba abajo.

—Garriga, usted va a ser el secretario de Leguizamón Martínez. Prepárese que en breve va a ir al Comando de División II —dijo el soldado y se levantó de su silla.

El joven Guillermo no lo podía creer. ¿Asistente de un teniente? Una gota de sudor corrió por su frente y siguió con un suspiro. En unas horas iba a conocer al teniente coronel. En el Comando, ubicado calle 53 y 4, ya lo estaban esperando.

Luis Leguizamón Martínez era el encargado del Comando de División II. Era un hombre de mediana estatura, nariz recta y siempre caminaba con el pecho erguido. Pocas veces se lo veía desarreglado; sus botas estaban lustradas, su sombrero del Ejército militar limpio y su saco gris sin pelusas. A Guillermo le temblaban las piernas al estar frente a semejante estampa.

A pesar de ser el secretario de un coronel, Guillermo debía usar el uniforme del Ejército Nacional.

Sus primeros meses en el Comando transcurrieron sin ninguna particularidad. Todas las tareas que le eran asignadas tenían más que ver con favores personales al teniente que labores relacionados con el Ejército o de tipo

administrativas. En varias oportunidades debió lustrarle las botas u ordenar el despacho de su jefe.

El lugar tenía un escritorio de roble con distintas figuras talladas, detrás había un mástil con la bandera Argentina. En el lado derecho de la sala se encontraba una biblioteca con muchos libros de historia mundial. Las paredes eran blancas y, en el centro, había un cuadro grande con la imagen de San Martín.

Junio se acercaba y Guillermo empezaba a notar que distintas personalidades visitaban a diario a su jefe. Algunos de ellos fueron: Ricardo Balbín⁵¹, Bernardo Houssay⁵² y el Dr. Oscar Alende⁵³. La vida en el Comando transcurría con mucha tranquilidad.

Por los últimos días de mayo empezó a sospechar que algo estaba por suceder. El 29 de ese mes, en una mañana de otoño, Leguizamón Martínez ingresó al Comando y se dirigió inmediatamente a Guillermo.

—Lléveme a la terraza los fardos de pasto que están en el hall —el coronel lo miró con seriedad.

Sin chistar fue al hall y comenzó a cargar los fardos que ocupaban todo el zaguán que daba a la calle. Uno a uno fue llevándolos a la terraza.

Aquel era un lugar al que los soldados nunca iban. No había nada y estaba sucia con hojas y tierra. Ese día,

⁵¹ Balbín fue una de las figuras más importantes de la Unión Cívica Radical (UCR).

⁵² Fue un médico y farmacéutico argentino galardonado con el Premio Nobel de Medicina en 1947.

⁵³ Miembro de la Junta Consultiva Nacional de la Revolución Libertadora.

un hombre barría y otro limpiaba con un cepillo las zonas percutidas del suelo.

—Dele, apúrese que no tenemos todo el día —dijo un soldado que vestía pantalones color arena, chaqueta verde oliva y botas negras.

Dos soldados ubicaban las metralletas, en posición dominante, sobre los fondos de 54 entre 3 y 4 por sobre los fardos de pasto. Durante todo el día, Guillermo se había encargado de llevarlos al techo. Luego hizo lo mismo con las cajas de balas.

Esto era parte de una estrategia de defensa ante un eventual ataque al cuartel.

Un día más

El 9 de junio era un día tranquilo en la ciudad de La Plata, hacía frío desde temprano y una leve resolana hacía pensar a los vecinos que la temperatura mejoraría.

Cerca del mediodía, un hombre de traje oscuro y sombrero bombín, caminaba de la mano con su mujer, quien tenía un lunar cerca de su boca pintada con rush. Ambos decidieron bordear la plaza San Martín al ver que, cerca del monumento frente a la Gobernación, había una huelga de trabajadores telefónicos de la central de Rocha y Paz.

Para los platenses no era algo de qué preocuparse ya que la ciudad seguía contando con el servicio.

La pareja se detuvo frente a un joven que vendía diarios en la esquina del Pasaje Dardo Rocha. El hombre

compró “La Prensa” y sin mirar la portada lo puso bajo su brazo. La mujer lo tomó de la mano para continuar su caminata.

Roberto, un anciano peinado con gomina y bigotes, caminaba lentamente hacia el club de Ajedrez Español para disputar una partida con su amigo Atilio. El lugar era grande y estaba iluminado por los dos ventanales. Todas las mesas eran tableros para jugar y el piso de madera estaba percudido.

—Vamos cerca de la ventana, Atilio —tomó una silla y se fue sentando muy lentamente—. Hoy quedémonos a escuchar la pelea de Lause, le tiene que ganar al chileno.

—Usted, Roberto, preocúpese por ganarme. Hace rato que viene perdiendo sin hacerme cosquillas —Atilio se ubicó frente a su amigo y empezó a colocar sus piezas negras en el tablero.

El lugar tenía tres mesas ocupadas. En una de ellas dos jóvenes disputaban una partida con un final reñido, en otra un hombre de anteojos leía el diario “El Día” y bebía una gaseosa. En la restante, había un sujeto, que usaba tiradores, jugando con su pequeño hijo. Ambos reían ante cada movimiento.

En la radio sonaba un concierto de tango de Julio Sosa. Cerca de la una, la música se interrumpió unos instantes para informar sobre la visita del general Aramburu a la ciudad de Rosario. El locutor detalló punto por punto el itinerario que tenía por delante el mandatario provisional

del país. A pesar del anuncio, todos continuaron jugando al ajedrez.

Atilio abrió la partida con peón cuatro rey y su amigo Roberto contestó con la defensa siciliana. Los dos estaban disfrutando de un buen rato.

Alrededor de las seis, el sol caía detrás de Gobernación y los empleados telefónicos dejaban poco a poco su jornada de huelga. En el club, Atilio y Roberto siguieron jugando hasta la pelea de Lausse.

Ese día Guillermo tenía franco y pensó en llevar a su novia al cine. En el Rocha pasaban “La vuelta al mundo en 80 días” y la mayoría de los jóvenes la habían visto. Creía que ver esa película le iba a dar un poco de respiro ante tanto reclamo de su pareja ya que pasaba muchas horas en el Comando.

A las 9 h, el joven la pasó a buscar por la casa y fueron caminando hasta el cine. En la cola, había unas cinco parejas, dos hombres solos y una anciana. Esta se robaba todas las miradas con su tapado de visón marrón y las uñas pintadas de rojo.

La calle estaba iluminada por los carteles de los comercios. El ruido que se oía provenía de los autos, alguna que otra bocina y el murmullo de las personas.

La primera explosión

Como suele suceder los sábados, la gente salió a pasear por las calles de la ciudad. Parejas tomadas de la mano o grupos de amigos caminaban por el centro observan-

do las vidrieras de los negocios. Las taquillas del cine Rocha y Belgrano tenían cola hasta las esquinas de sus respectivas cuadras. La confitería “París” era otro de los lugares más ocupados.

En la Plaza San Martín, el Zorro junto a una decena de hombres de no más de treinta años, paseaba por los alrededores y se dirigían al Jockey Club. El Zorro caminaba rápido mirando para todos lados. Iba cruzado de brazos como si escondiera o llevara algo consigo que no quería que nadie viera. Apenas podían divisarse sus cejas gruesas. Su marcha se detuvo en la esquina, precisamente en frente de la confitería París.

En el Club de Ajedrez se escuchaba la pelea de Lausse contra el chileno Loayza. Atilio y Roberto descansaron de sus eternas partidas para prestar atención al megáfono y comer unas papas aceitosas con Coca-Cola.

—*La multitud corea el nombre del púgil argentino en el Luna Park* —gritaba con mucha euforia el relator.

—No tiene oportunidad el chileno, con suerte llega al tercer round —dijo Atilio y bebió un sorbo de cola del pequeño vaso.

Roberto no hablaba. Tenía la boca llena y estaba muy concentrado en seguir la pelea.

Eran las once de la noche y el combate se acercaba al tercer round. La adrenalina del Luna Park se evidenciaba en el murmullo que se oía cada vez que hablaba el relator.

—*Y, ganó, ganó, ganó, Lausse. Señoras y señores, Argentina tiene que estar orgulloso de los púgiles que*

tiene. Terrible golpiza del argentino ante un Loayza que nunca pudo superar la fuerza de su oponente... La multitud estalla en el Luna Park...

—Me voy... Me pasé todo el día acá, mi señora debe estar muy enojada —Atilio se paró lentamente de la mesa y sacó de su bolsillo un billete de cincuenta.

Roberto hizo lo propio y dejó unas monedas para el mozo. Ni bien salió a la calle respiró hondo.

—Al fin un poco de aire, ya me estaba haciendo mal tanto olor a cigarro y café negro. La próxima espero que practiques más las aperturas, no jugaste bien hoy —dijo en tono risueño y se puso su abrigo.

Los amigos se abrazaron. Roberto caminó hacia la Plaza San Martín; siempre la cruzaba para ahorrarse un par de cuadras. Atilio, por su parte, se subió a su Peugeot 403 blanco.

En el cine, Guillermo miraba la película junto a su novia. En los primeros minutos, cuando Phileas Fogg hizo la apuesta del viaje por todo el mundo, trató de besarla.

—Acá no, amor, después... —la joven pasó la mano por su boca y sonrió.

—Bueeeeno... —Guillermo se cruzó de brazos y centró su vista en la pantalla. No le gustó la negativa de su novia.

Los minutos pasaron y Guillermo seguía aburrido. La película no era tan entretenida como el libro y no le gustaba cómo David Niven interpretaba al personaje. Su novia, en cambio, tenía una sonrisa en el rostro.

El grupo de hombres se detuvo frente al Jockey Club. El Zorro, con mucha rapidez y astucia, sacó de su tapado gris una botella con un trapo en el pico. Sin dudarlo un segundo, encendió la punta con un encendedor plateado y la arrojó contra una zapatería que estaba en frente.

La bomba explotó con tanta violencia que sacudió las vidrieras de los negocios de esa cuadra. Al instante, un resplandor naranja iluminó las cuatro esquinas de la avenida 7. Los jóvenes empezaron a gritar y sacaron de sus abrigos armas calibres 45 para disparar al Jockey.

Varios civiles, que pasaban desapercibido, también empuñaron sus armas. La calle estaba cortada y los conductores abandonaban los autos para resguardarse de tantos disparos.

Las personas empezaron a correr en todas las direcciones. En una esquina, un hombre de bigote peinado y traje marrón, se abrazó a su hija para protegerla. La alzó y escapó en dirección a Plaza Italia.

Roberto estaba saliendo de la plaza cuando vio lo que ocurría a pocos metros. Una gota de sudor corrió por su frente y paró de caminar de manera abrupta. Le costaba respirar con normalidad.

—¡Viva la Libertad! ¡Abajo la tiranía Libertadora! —gritaba un hombre mientras tiraba de su mauser a una sucursal del diario “La Prensa”, junto al Jockey.

En el cine, se oyó el impacto en medio de la película. Los espectadores se sobresaltaron y salieron a la calle a ver qué pasaba. Todos se tapaban las orejas por el intermi-

nable tableteo de las ametralladoras y las pistolas. Ninguno comprendía qué pasaba.

—¡Vámonos de acá que nos van matar! —Guillermo tomó a su novia de la mano izquierda y empezaron a correr hacia la casa por calle 8.

La mujer no reaccionaba ya que no hablaba y tenía la mirada perdida. Estaba confundida, al igual que las personas que corrían sin dirección para refugiarse de los disparos.

Los dos agacharon la cabeza más de una vez ya que podían escuchar cómo las balas rompían contra el viento. Cuando llegaron a la sede de Estudiantes, Guillermo frenó su marcha y la joven corrió hasta la puerta de su casa. En ese momento recordó los fardos de pastos, las cajas de balas, el Comando y a su jefe.

—¿Qué haces? ¡Entrá que nos matan! —gritó desde lejos con tono desesperado.

—Tengo que ir al Comando. Creo que sé lo que está ocurriendo.

Las “tomas”

23.20 h. Un grupo de civiles armados decidió tomar la central de la compañía telefónica “Rocha y Paz”, ubicada en calle 47 entre 8 y 9. La mayoría de los vecinos de La Plata pensaban que los disturbios estaban relacionados con la huelga de trabajadores del mediodía.

En la central había dos guardias que charlaban sobre la pelea de box hasta que escucharon pedrazos que rebo-

taban contra el portón. Ambos se quedaron sin mover un pelo hasta que oyeron la puerta caer al suelo. Ninguno sabía de qué se trataba.

Un hombre, vestido con chaquetilla de cuero negro y botas tipo militar, subió las escaleras seguido de un grupo de rebeldes.

—¡Váyanse que acá mandamos nosotros! —gritó con voz grave. Luego sacó un arma de la funda de cuero, ubicada debajo de su axila, y disparó cinco tiros que dieron en el alto techo de la central. Unos pedazos de mampostería cayeron pero no detuvieron la marcha de los civiles.

Los dos guardias intentaron poner resistencia pero, al ver que eran muchos, dejaron el lugar. El plan tenía un orden, primero fue la telefonía después Radio Provincia, ubicada en el Teatro Argentino, y luego los cuarteles. A la medianoche, la ciudad estaba incomunicada.

Por su parte, Roberto no pudo cruzar la plaza y trató de esconderse detrás de un árbol. Tenía miedo y los disparos no cesaban. El anciano veía que aparecían cada vez más hombres armados a los gritos. En un abrir y cerrar de ojos se encontró tirado en la húmeda tierra de la plaza tomando su pecho con ambas manos. Su última imagen fue la de un militar al frente de su tropa.

Los disparos cesaron cuando el coronel Oscar Lorenzo Cogorno llegó con cuatro tanques Sherman y camiones cargados por tropas que se dirigían al Comando.

—Diríjanse para la Jefatura. Yo me encargó de ir para el regimiento 7, nos está esperando el capitán Jorge

César Morganti. En una hora nos comunicamos —dijo Cogorno ante los soldados y señaló en dirección a Gobernación.

El coronel se subió un automóvil Plymouth, manejado por su amigo, el subteniente Juan Abadie. Cogorno tomó un rifle que le alcanzó un soldado y se subió. Mientras el auto se alejaba, los sublevados daban hurras antes de tomar la Jefatura y el Comando.

—¡Apurémonos, Juan! —cerró con fuerza la puerta del auto—. Morganti va a tomar el regimiento desde adentro y precisa de nosotros... Necesitamos abastecernos de las armas y municiones del depósito.

Luego de dejar a su novia, Guillermo volvió a su casa en busca de su uniforme. Su hermano, al ver la desesperación que tenía, se ofreció a llevarlo en auto al Comando. Ambos se dirigieron sin saber con qué se iban a encontrar. A medida que se acercaban, los tiros se oían con más fuerza y de manera ininterrumpida. Uno impactó en el parabrisas pero por fortuna no hubo consecuencias.

Los hermanos quisieron continuar pero un leve temblor hizo pegar un volantazo al conductor, quien tuvo que hacer una maniobra para no chocar contra un árbol. Guillermo decidió bajar del auto frente a la farmacia Cantani⁵⁴ para no poner en riesgo la vida de su hermano.

—Déjame acá, por las dudas. Gracias por traerme.

—No vayas, mejor volvamos a casa que acá no es seguro —la voz era temblorosa—. ¿Vas a estar bien?

⁵⁴ Ubicada en 54 entre 4 y 5.

—La verdad... No sé cómo estarán las cosas allá. Te quiero —Guillermo lo abrazó y comenzó a correr para el Comando.

Ni bien se despidió de su hermano, vio la cabeza de un anciano contra el volante de un Peugeot 403 blanco. Más tarde, al recordar esa imagen, se daría cuenta que estaba muerto.

Al llegar a la puerta, dos reflectores lo encandilaron y un soldado lo tomó de los brazos; tenía sospechas de su identidad hasta que un compañero lo reconoció.

Mientras los soldados preparaban sus armas, Guillermo trató de entrar al despacho de Leguizamón Martínez pero vio, por la puerta entreabierta, a Antonio Gesteiro⁵⁵ hablando por radio. Lo único que atinó a escuchar fue: “Estamos listos para soportar hasta el último ladrillo”.

Leguizamón Martínez no estaba en el Comando debido a una cirugía que le habían practicado el día anterior. Guillermo quiso llamarlo para informarlo de la situación pero era imposible comunicarse en La Plata. Trató tres veces y no tuvo respuesta alguna.

El Comando tenía cuatro ventanas en el hall que permitían ver lo que pasaba enfrente. El joven espiaba por el postigo y vio como los revolucionarios armaban nidos de ametralladoras y buscaban posiciones para disparar. Su mirada se centró en un civil que no paraba de insultar.

—¡Viva Perón, carajo! ¡Abajo la tiranía de Aramburu y Rojas! ¡Milicos, hijos de puta! —gritaba un hombre

⁵⁵ Antonio Gesteiro, director general de seguridad de Buenos Aires.

de rostro curtido que usaba una camisa blanca con manchas grises y transpirada. Disparaba con una ametralladora hacia el revestimiento del Comando.

A las 0.30 h, trescientos hombres, entre civiles y militares, desplegaron sus fuerzas desde el Colegio Nacional hasta la Plaza Rivadavia frente a la Jefatura de la Policía. Los revolucionarios estaban yendo a fondo para tomar la ciudad. Los vecinos de la zona se asomaban con temor a sus ventanas pero se agachaban tapándose las orejas.

Los policías trataban de defender el cuartel pero eran demasiados disparos que llegaban desde afuera. Lo único que lo mantenía en combate eran sus armas cortas de tiro rápido Thompson y Halcón.

La ciudad era el fiel reflejo de una escena bélica.

El regimiento 7 (I)

Para sublevar el regimiento⁵⁶, las tropas revolucionarias tomaron la Empresa Municipal de Tranvías⁵⁷. Mientras que otro grupo lo hizo por los techos de las casas particulares.

En el patio del regimiento, un hombre corpulento, que usaba un sobretodo y gorro gris, hacía su guardia con

⁵⁶ El regimiento 7, donde hoy está Plaza Malvinas, tiene antecedentes importantes en la historia del país ya que fue donde Hipólito Yrigoyen presentó su renuncia al cargo de presidente en 1930 y el cuartel que más tropas envió para la guerra de 1982. El edificio formó parte del eje fundacional de la ciudad de La Plata.

⁵⁷ La Empresa Municipal de Tranvías estaba situada en 50 esquina 20.

el rifle apoyado en el hombro derecho. Su lento caminar fue interrumpido cuando los civiles saltaron el alambre de púa de la pared.

—¡Soltá el arma porque te matamos! —le dijo un joven que tenía el ojo izquierdo en la mira—. ¡Dejanos el paso o unite a nosotros, hijo de puta!

El centinela se negó y como respuesta recibió dos disparos en el pecho.

Los civiles se encontraron con el capitán Morganti, quien estaba a cargo de la segunda compañía del regimiento. Su accionar era clave para dar el golpe desde adentro.

Mientras los sublevados terminaban de organizar la toma, los militares cenaban con sus familias en el casino de oficiales. Entre ellos estaban el teniente coronel Roberto Isidro Guilera⁵⁸ y el mayor Moreno.

El casino era un lugar amplio con tres mesas redondas, una barra de nogal con banquetas y una gran variedad de bebidas. En el centro había una gran araña dorada.

Los oficiales charlaban hasta que la puerta de doble hoja se abrió con una patada de Morganti. Detrás de él, los sublevados apuntaron con sus armas a los comensales.

—¡Todos con las manos arriba! Que no se mueva nadie —el capitán miró fijamente a Guilera—. Ya vas a dejar de ser el alcahuete del hijo de puta de Aramburu.

Una niña dejó su silla para abrazar con fuerza a su madre mientras que los oficiales se quedaron quietos. En

⁵⁸ Jefe del cuerpo del Regimiento 7.

el lugar no volaba ni una mosca. Cualquier leve movimiento iba a terminar con la muerte de uno de ellos.

—Usted es un traidor, Morganti. Me hace esto y delante de mi familia, cobarde... cobarde como todos los peronistas—. Roberto Guilera dio un puñetazo a la mesa redonda.

—Únase a nosotros y todo va a estar bien —señaló a su tropa—. Le prometo que vamos a vivir mejor que ahora —se lo notaba muy seguro de cada palabra que decía—. No podemos seguir viviendo bajo esta tiranía.

Guilera se abalanzó contra Morganti cuando lo abrazó Moreno para que no hiciera ninguna locura. Los revolucionarios cargaron sus armas para disparar pero un grito los detuvo.

—¡Alto carajo! —El coronel Cogorno se presentó en el casino—. Acá nadie va a disparar un solo tiro.

Un adolescente de quince años juntó a las mujeres e hijos de los oficiales en uno de los rincones del casino. El resto de los sublevados se replegó por todo el lugar para encarcelar a los oficiales.

—Teniente coronel, en mérito de que lo conozco por haber sido compañero suyo, le voy a respetar la vida, pero debe entregar el regimiento... De nada vale que pretenda negarse pues son muchos los que nos acompañan.

—Me niego a ser parte de ustedes y del tirano —Moreno mordió su labio inferior—. Dejen ir a mi familia y hagan conmigo lo que quieran, yo no soy un traidor a la Patria.

—¡Cogorno, déjese de joder! Esto no va a durar nada y lo van a matar —gritaba Guilera mientras un civil lo apuntaba en la nuca—. Por favor, no le hagan nada a mi familia. No sean cobardes.

—Si esto sucede prefiero morir contento luchando por un ideal. No quiero ser un traidor... ni mucho menos estar del lado de una persona como Aramburu —dijo Cogorno antes de ir a la plaza de armas.

Mientras Guilera y Moreno eran llevados a la celda, junto al resto de oficiales, las mujeres y sus hijos lloraban. Temían que ocurriera lo peor una vez que abandonaran el regimiento.

—Ustedes salgan de acá cuanto antes. Busquen refugio en la Catedral. El padre les dará ayuda —dijo Cogorno a los familiares de los detenidos.

Las mujeres y los niños salieron corriendo, en forma desesperada, hacia la Catedral donde el sacerdote les permitió pasar la noche.

El coronel ingresó al depósito de armas para observar las municiones. Al ver que iba a necesitar más para sublevar el Departamento de Policía y el Comando, envió parte de su tropa a la Subcomisaria de la Policía de City Bell. Para llegar hasta allá, un grupo de civiles se dirigió a la Administración Municipal del Transporte en donde desalojaron al encargado, Diego Sario Sabalanes.

Con los colectivos municipales, los opositores al régimen se dirigieron a tomar la Subcomisaria. Los policías que estaban en servicio, advirtieron la presencia de dos unidades. Cuando intentaron interpellar a los ocupantes,

estos fueron encandilados por las luces al tiempo que varios civiles los apeaban y los apuntaban con armas de fuego.

Allí consiguieron más municiones que fueron directo a las tropas que atacaban la Jefatura de Policía.

Mientras esto ocurría, el resto de la tropa colocaba micros y tranvías municipales sobre calle 19 para formar una barricada. Cogorno, quien manejaba el movimiento en La Plata, había logrado su primer objetivo.

Ley marcial

El domingo 10 de junio a las 0.32 h, Mirta lavaba los platos después de cenar estofado con su familia. Su esposo, Osvaldo, como todas las noches, leía un libro y escuchaba música clásica en Radio Nacional. En esta oportunidad, era “La verdad sobre el caso del Sr. Valdemar”.

Cuando Mirta estaba por terminar su tarea, el concierto fue interrumpido por un comunicado de la Presidencia de la Nación.

—¿Qué pasó con la música? —Mirta cerró la canilla.

—Hay un anuncio... esperá que subo el volumen — Osvaldo dejó el libro en una pequeña mesa y fue hacia la radio.

“Considerando: que la situación provocada por elementos perturbadores del orden público obliga al

gobierno provisional a adoptar con serena energía las medidas adecuadas para asegurar la tranquilidad pública en todo el territorio de la Nación, así como el normal cumplimiento de las finalidades de la Revolución Libertadora.

Por ello, el presidente provisional de la Nación Argentina en ejercicio del poder legislativo decreta con fuerza de ley:

Artículo 1°—Declárese la vigencia de la ley marcial en todo el territorio de la Nación.

Artículo 2°—El presente decreto-ley será refrendado por el excelentísimo señor vicepresidente provisional de la Nación y los señores ministros secretarios de Estado en los departamentos de aeronáutica, ejército, marina e interior.

Artículo 3°—Comuníquese, publíquese, dese a la Dirección General del Registro Nacional y archívese.

Firmado: Aramburu, Rojas, Hartung, Krausse, Osorio Arana, Landaburu.”⁵⁹

Mirta fue hacia el living y miró a su esposo. Los dos estuvieron un rato en silencio. Al igual que los vecinos de La Plata, comenzaron a preocuparse.

⁵⁹ Diario “El Argentino”, domingo 10 de junio de 1956.

La madrugada

—¡Vamos, vamos, a ubicarse que llegaron los tanques! —gritaba un hombre de camisa verde oscura y pantalones camuflados.

Los tanques que envió Cogorno se ubicaban estratégicamente para atacar el departamento. Uno se colocó enfrente, otro en la esquina y el restante se emplazó delante del cuartel de Bomberos⁶⁰.

Dos camiones, pertenecientes al regimiento motorizado del Ejército, se detuvieron en las inmediaciones del predio. Una decena de soldados salió corriendo a toda velocidad para ingresar. Con ellos estaba el coronel Piñeiro, de quién dependía la Jefatura. Al entrar, empezó a dar las primeras órdenes a los policías que habían soportado todos los embates. Con la presencia de su jefe comenzaron a actuar con mayor seguridad.

Mientras todos los soldados se ubicaban en posición para disparar, Piñeiro fijó su vista en un joven que sólo miraba a sus compañeros. El coronel lo tomó de la ropa con violencia. Ambos quedaron cara a cara.

—Escúcheme, pedazo de pelotudo, si no va a ayudar a proteger el lugar, vaya y comuníqueme con Krausse — los ojos se le salían del enojo que tenía con el joven—. Necesitamos ayuda aérea.

Piñeiro espía por el postigo cómo los tanques terminaban de ubicarse. El joven le alcanzó el intercomuni-

⁶⁰ Ubicado en calle 2 y 53.

cador para hablar con el ministro de aeronáutica, el Comodoro Julio Krausse.

—Ministro, necesitamos ayuda cuanto antes... Estamos desbordados. Son centenares de civiles y cuentan con tres tanques en posición de ataque.

—Los aviones están en camino al igual que la marina de Río Santiago... Planten batalla ante los insurrectos... Hay que aguantar hasta el último ladrillo.

Dos cañonazos impactaron contra la fachada de la Jefatura. El ruido fue tan fuerte que hizo temblar a la estatua de San Martín. El polvo de la mampostería dificultaba la visión de los sublevados. De todas formas, contrario a lo que creía Piñeiro, siguieron disparando desde afuera sin dar el asalto final.

En medio de tanto tiroteo, Leguizamón Martínez había logrado ingresar al Comando por la puerta trasera. El teniente llamó a toda su tropa para ordenar los pasos a seguir.

—La ayuda viene de la marina de Río Santiago — Leguizamón Martínez tenía el pecho erguido y hablaba con determinación—. No perdamos la posición que tenemos, ellos vienen por nosotros... les pido, a los que vayan a la terraza, que disparen al objetivo sin dudar. Tenemos que aguantar —miró a los ojos a cada uno de sus hombres. El coronel transmitía seguridad con cada movimiento.

Los soldados se dirigieron a sus puestos cuando Leguizamón Martínez entró a su despacho. Guillermo fue detrás de él.

—Garriga, comuníqueme con Bonnacarrere⁶¹ —se sentó en su silla de cuero rojo—. Ah, y lústreme las botas.

El joven colocó la radio delante de su jefe y se sentó en el suelo con el calzado.

—*Usted haga lo que le decimos, Martínez... El regimiento motorizado está camino a La Plata. En minutos habla el General Aramburu... Acate todas las órdenes.*

Guillermo escuchaba la voz ronca de Bonnacarrere mientras pasaba un trapo por la grasa para cuero.

—Sí, señor. Tenemos que agarrarlo como sea... tiene a toda la cúpula de oficiales detenidos en el regimiento 7 —hizo una larga pausa y colgó el intercomunicador—. ¡Garriga, levántese por favor y sintonice alguna emisora que está por hablar el presidente!

Habla Aramburu

Durante toda la noche, Miguel estuvo expectante a lo que sucedía ya que vivía cerca de las inmediaciones de los cuarteles. Sólo escuchaba insultos y disparos. Para tratar de despejarse, encendió la radio para escuchar música ligera. La canción de Frank Pourcel duró sólo un minuto hasta que se escuchó la voz de Aramburu.

—¿Otro anuncio más?... la puta madre, viejo. Ya ni la radio puedo poner.

⁶¹ Emilio Bonnacarrere, interventor de la provincia de Buenos Aires (1955-1958).

“Grupos irresponsables pretendieron alterar el orden atacando sorpresivamente unidades del ejército. Las fuerzas armadas y la ciudadanía democrática se mantienen unidas, y reprimirán enérgicamente todo intento subversivo.

Se adoptarán medidas enérgicas contra los responsables.

Pido a la población del país se mantenga en calma en la seguridad de que el gobierno domina ampliamente la situación⁶².”

—¡Al fin, viejo! Hagan algo con estos hijos de puta que no puedo dormir tranquilo.

Los tiros no cesaban y Miguel decidió practicar aperturas de ajedrez con un libro del jugador argentino Roberto Grau. La música ligera lo ayudaba a concentrarse y no pensar en el combate.

Horas más tarde, desde la vicepresidencia se lanzó el comunicado N°5 detallando las situaciones en los distintos puntos del país donde hubo enfrentamientos con los opositores a la “Revolución Libertadora”. La mayoría de los focos estaban controlados pero en La Plata todavía había combate.

—¡Justo a mí me toca vivir acá! —Miguel cerró el libro con fuerza y apagó la radio. Estaba molesto pero en el fondo tenía miedo.

⁶² Diario “El Argentino”, lunes 11 de junio de 1956.

Llegó la ayuda

—Morganti, necesito que vaya con su tropa a tomar la Jefatura... No me sirve de nada tenerlo acá.

Cogorno estaba sentado junto al capitán en una de las mesas del casino de oficiales. El coronel bebía un vaso con agua.

—Si fallamos nos van a matar. Tenemos que apurarnos —Cogorno apoyó el vaso con fuerza sobre la mesa y se levantó—. Voy a ordenar a los civiles. Usted haga lo que le dije.

—Sí, coronel. Voy a hacer todo lo posible, en horas tendrá noticias nuestras.

Morganti dejó el casino y dividió a los miembros de su tropa en tres camiones. Durante el trayecto, los soldados no hablaban. Las calles estaban en soledad y sólo se oía el viejo motor de los camiones con algún sacudón. Cualquiera podía notar el clima enrarecido que había.

En las inmediaciones del lugar de los hechos, Morganti detuvo el camión y se bajó para dar las últimas instrucciones.

—¡Soldados! —gritó el capitán y dio un pisotón contra el suelo con su pie derecho—. Quiero que estén atentos y actúen como ustedes saben, confío en sus capacidades por eso los elegí para realizar este trabajo.

—¡Sí, señor! —gritaron los soldados. Morganti volvió a la parte delantera de su camión para continuar la marcha.

Los camiones entraron por calle 51 donde ya recibían disparos por parte de la defensa de la Jefatura.

—¡Ahhh! —un soldado se tomó el brazo izquierdo. La bala lo había rozado en el hombro pero su herida no era de gravedad. Aún así bajó junto a la tropa para ocupar su lugar.

Los camiones se ubicaron detrás del tanque emplazado frente al edificio para que los revolucionarios estuviesen más protegidos. Los civiles festejaron la llegada de la tropa y aprovecharon para recargar sus municiones. Morganti se acercó a uno, cuya cara tenía manchas de pólvora y su camisa manchada con sangre.

—¿Qué oportunidad tenemos de terminar con este combate?

—Hace rato que estamos disparando y no logramos avanzar. El ataque de los tanques no fue tan bueno como creímos —el hombre terminó de cargar balas y movió la palanca de su arma—. Debemos apurarnos, no tenemos mucho tiempo.

Morganti también sabía que no tenían tiempo. Notaba demasiada pasividad por parte de las fuerzas militares y del gobierno, algo que lo preocupaba aún más.

En el Comando, Guillermo terminó de lustrar las botas y se las fue a llevar a su jefe quien seguía hablando por radio. No podía escuchar mucho desde afuera por los gritos que había en el cuartel. Un fuerte temblor hizo que su marcha se detuviera por unos segundos para luego ingresar al despacho.

—Señor, acá le dejo sus botas —las ubicó cerca del mástil.

—La ayuda está en camino, tengan cuidado que van a tirar bombas. Le recomiendo que se refugien —la voz de Piñeiro se oía en la radio.

—Copiado. La marina está en camino —Leguizamón Martínez dejó el comunicador y miró a Guillermo esbozando una leve sonrisa—. En diez minutos termina el combate.

Guillermo no dijo nada y salió del lugar. No estaba acostumbrado a esas situaciones pero no tuvo miedo cuando los disparos perforaron las paredes del cuartel. Él sabía que la ayuda estaba en camino.

A las tres de la mañana, los camiones de la marina habían llegado con todo su arsenal para intentar frenar a los opositores al gobierno de facto. En total era un centenar de soldados que provenían desde Río Santiago. Sin dudar un segundo, bajaron del camión y comenzaron a actuar.

La balacera fue tan impresionante que sólo era comparable al ataque de cientos de abejas luego de haber agitado su panal.

Lentamente los civiles empezaron a replegarse y abandonar la lucha. Algunos intentaban seguir en combate pero caían heridos. Eran demasiados soldados y bien organizados.

—¡Sigamos hasta el final! ¡No nos dejen solos, hijos de puta! —gritó un soldado al ver cómo los civiles dejaban sus puestos.

Morganti volvió al camión para comunicarse con Cogorno. Necesitaba informarle de inmediato lo que estaba ocurriendo en las cercanías de la Jefatura. La radio del camión no tenía buena señal por lo que gritaba todo lo que iba diciendo.

Un sonido similar al de una turbina llamó la atención de los revolucionarios quienes sólo atinaron a quedarse parados y gritar desesperados.

En el cielo aparecieron dos aviones del Ejército, Krausse había actuado sin perder el tiempo. Los Gloster Meteor, pertenecientes a la VII Brigada Aérea con asiento en Morón, volaron cerca de los techos de las casas tirando tiros y una bengala que cubrió la calle con un espeso humo rojizo. Esto derivó en más corridas y más deserciones.

El ruido que hacían era tan ensordecedor como escuchar música a todo volumen.

—¡Cogorno, llegaron con aviones! Nos tienen, váyanse de ahí que los matan.

El coronel escuchó el mensaje pero no emitió respuesta alguna. De todas formas pensaba dar pelea hasta las últimas consecuencias.

Piñeiro mandó a su tropa a la calle para capturar a los sublevados que quedaban. Morganti no atinó a escapar y esperó en el camión a que lo detuvieran. Un soldado lo apuntó mientras que un policía sacó unas esposas.

—Qué boludo que sos —le dijo al oído uno que usaba una gorra verde—. No te van a soltar más.

Morganti no respondió nada. Estaba pendiente de lo que pasara en el regimiento. Los militares terminaron de esposarlo y lo llevaron a la Jefatura. En la puerta, Piñeiro disfrutaba de la detención del capitán.

—Te salió el tiro por la culata, Morganti. Ahora vienen los demás —Piñeiro acercó su cara a la del capitán—. Creí que eras inteligente pero terminaste siendo un imbécil.

—Prefiero esto y no ser el buchón de ese hijo de puta.

Piñeiro se pasó la mano derecha por su boca, miró para los costados para ver si alguien lo miraba y le encestó un golpe en el estómago. Morganti apenas tocó el suelo pero los dos soldados lo sujetaron fuerte.

—Ahí lo tenés al hijo de puta. Ustedes enciérrenlo que después vemos qué hacemos con él —los ojos de Piñeiro estaban desencajados.

Los policías y soldados continuaban buscando civiles. Llamaba la atención cómo un hombre, que vestía de camisa blanca manchada con sangre y tiradores, se arrastraba por las baldosas. El soldado lo apuntaba y lo seguía ante el más mínimo movimiento. No tenía escapatoria, como todos los que se quedaron luchando.

—Te movés una vez más y te reviento —dijo en tono risueño y seguía con su mausser apuntándole a la nuca.

—Haga lo que quiera. Yo luché hasta acá —le costaba hablar debido a las heridas que tenía en sus piernas; dos tiros en la derecha y uno en la izquierda—. Deje de apuntarme y dispare de una vez, cobarde.

El soldado gatilló dando fin a la vida del hombre. En ese combate hubo más de un centenar de insurrectos detenidos.

Leguizamón Martínez también mandó a sus hombres a la calle. Guillermo salió con temor, no corriendo como los policías y soldados, sino que de manera más cautelosa. Afuera vio el cielo rojizo y pudo sentir el retumbar de los disparos que todavía estaban presentes. Las casas aledañas tenían perforaciones de balas y manchas negras de quemaduras. El olor que había era similar al plástico quemado con polvareda de la mampostería.

—Vayan al regimiento 7 y capturen a todos los que estén dentro —gritó Leguizamón Martínez a sus soldados—. Usted, Garriga, viene conmigo —apoyó su mano en el hombro derecho de Guillermo.

La situación a las cinco

Arturo no podía dormir. Salió de su cama para tomar un vaso de leche y se sentó en el sofá de cuero rojo del living de su casa. Para matar el tiempo, trató de hacer unos cálculos que debía entregar para el lunes pero le costaba concentrarse.

Cuando empezó a trabajar, un estallido lo sobresaltó de su asiento. Para acallar los ruidos, prendió la radio. El locutor leía por quinta vez la ley marcial hasta que habló el contraalmirante Rojas, quien detalló la situación a las cinco de la mañana.

“La Aeronáutica, la Marina y el Ejército se mantienen unidos en defensa de la Revolución Libertadora, habiendo desplegado sus efectivos en combate.”

El vicepresidente continuó su discurso con una breve descripción de cómo fue la situación y el accionar del Ejército en cada uno de los focos.

“En La Plata algunos elementos desplazados del Ejército y civiles, se han apoderado de parte del Regimiento 7, el cual está siendo rodeado en este momento por las tropas del ejército, infantería de marina y policía del Gobierno de la Revolución considerándose la situación prácticamente dominada.”

La música clásica volvió a sonar por Radio Nacional. Arturo estuvo toda la noche trabajando hasta las 7.30 h. Antes de apagar la luz e irse a dormir, la misma emisora leyó otro comunicado de Vicepresidencia firmado por Rojas.

“Subsisten dos focos rebeldes, La Plata y Santa Rosa. En La Plata, los sublevados desarrollan actividades de defensa del Regimiento 7, que está siendo rodeado por efectivos del ejército, de infantería y de marina, y de policía, que están siendo convenientemente reforzados a efectos de proceder al ataque final. La aviación ha sido puesta a las órdenes del co-

ronel Leguizamón Martínez, lista para efectuar bombardeo pedido.”⁶³

Por primera vez en la noche Arturo se tranquilizó y pudo recostarse en su cama.

“Nos vamos”

El coronel no emitió palabra alguna y volvió a sentarse en la mesa redonda del casino frente al subteniente Juan Abadie. El mensaje de Morganti le había caído como un balde de agua fría. Pensó en toda su tropa y en el mismo capitán. Miles de preguntas pero ninguna respuesta que lo tranquilizara.

El subteniente miraba a su amigo pero este pensaba en su familia y su mujer. Recordaba su rostro a cada minuto y temía por su vida. Cogorno seguía firme en su postura y fue a organizar a su tropa.

Antes de abandonar el casino de oficiales, Cogorno vio que Abadie se quedó sentado mirando un punto fijo en el suelo de madera. Por primera vez en lo que iba de la noche pudo percibir su miedo.

—Juan, tranquilo que no va a pasar nada. Estamos preparados...

⁶³ Diario “El Argentino”, lunes 11 de junio de 1956.

—No tenemos oportunidad contra los aviones. Lo mejor es irnos y dejar todo como está, todavía tenemos tiempo.

—Debemos combatir hasta las últimas consecuencias... Los dos sabíamos que no iba a ser fácil —Cogorno volvió a donde estaba y miró fijo a Abadie.

—Tenés razón. Vamos a nuestro puesto —dijo sin estar convencido.

Los dos amigos salieron y tomaron las armas que estaban apoyadas sobre la puerta de doble hoja. En el patio observaron el cielo nublado y, hasta ese momento, no había ningún avión rondando por el regimiento.

El resto de la tropa ya estaba ubicada en sus puestos para defender la toma del cuartel. Ninguno de los insurrectos sabía lo que acababa de ocurrir en las cercanías de la Jefatura de la Policía; mucho menos de los aviones.

Expectantes, el único movimiento que hacían era para prender un cigarrillo. Era tal la concentración que tenían que no lo sacaban de su boca. Sólo se escuchaba el silencio. Había algún que otro cruce de miradas entre ellos. Esa era la única comunicación.

A las 5.30 h de la mañana se oyó un fuerte choque que retumbó en el regimiento. El ruido alertó a todo el cuartel y, en un segundo, todos los revolucionarios colocaron su dedo en el gatillo.

Del camión bajó un numeroso grupo de soldados que empezaron a ocultarse ante los disparos que recibían. Un hombre de la marina arrojó una granada que dio contra la puerta de calle 19, seguido de una balacera que perforó

las gruesas paredes. Los revolucionarios no cedieron ante la presión de los numerosos militares, policías y soldados de la marina.

—Es fundamental no abandonar sus puestos — Cogorno se tapó la cabeza por un polvillo que cayó del techo.

—Son demasiados, coronel. No contamos con tanta munición —gritó un civil que apuntaba con la mira de su rifle—. No podemos aguantar semejante embate.

—Coronel, ya es hora... —dijo Abadie.

Cogorno soltó su arma y miró a su amigo que disparaba sin convicción. Miró a su alrededor, las paredes con agujeros de balas y una mancha de sangre. Los tiros y el ruido de los casquillos golpeando contra el suelo no paraban. De repente explotó otra granada.

—¡Abandonen sus puestos! De nada vale quedarnos acá... son muchos.

Cogorno salió por detrás del cuartel y tomó un automóvil Kaiser modelo 55. Tenía algunas perforaciones de balas pero ninguna había dañado el motor. Abadie fue quien subió al lugar del conductor.

—¡Vamos para Ringuelet! ¡Tenemos que dar aviso a los que llegan de Buenos Aires!

Antes de arrancar dos sublevados más subieron con ellos. El sub-teniente puso primera para irse cuanto antes del lugar.

El ronco zumbido de los aviones comenzó a oírse y el cielo se iluminó con bengalas azuladas suspendidas en un paracaídas. Los cazas pasaban disparando tan cerca de los

techos que las familias de la zona optaron por evacuar sus hogares y alejarse hacia las casas de familiares con domicilio en lugares menos expuestos.

En medio del humo, los sublevados que quedaban lograron distinguir la caída de una bomba y salieron corriendo. El impacto fue ensordecedor. Segundos más tarde, cayó la segunda.

La precisión fue tal, que las dos bombas dieron contra el depósito de armas causando un incendio. Los militares aprovecharon la situación para arremeter contra el regimiento y entraron golpeando con palos a lo que se movía. Los insurrectos que no lograron escapar levantaban las manos pero igual eran golpeados.

El teniente Roberto Guilera y toda la cúpula de oficiales detenidos en el casino fueron rescatados. Ninguno había sufrido heridas. De todas formas los militares no encontraron al hombre que buscaban.

El fuego largaba un humo negro intenso a pesar de que la llama era cada vez más débil. Avenida 19 ofrecía casas dañadas con proyectiles, vehículos quemados y baleados.

Una anciana se asomó a la puerta de su casa y vio cómo los infantes de marina sacaban a los detenidos del regimiento. Un soldado se detuvo para atar los cordones de su bota y la mujer aprovechó para preguntar.

—¿Qué pasó acá?

—Ya está, señora. Todo está en orden. Nos falta el cabecilla que escapó —el soldado terminó de atarse los cordones y se paró—. Ya está todo en orden.

—Me alegro —la anciana volvió lentamente a su casa y el soldado salió corriendo.

Los bomberos se hicieron presentes para apagar el incendio. En los techos, cielorrasos, puertas y ventanas se podía apreciar el rastro del fuego. La lluvia de las mangueras trajo la tranquilidad que los vecinos deseaban. La situación se había normalizado pero todavía estaban a la vista las consecuencias.

La estación

Los pasajeros que viajaron en el tren que salió a las 2.30 h de Plaza Constitución con destino a La Plata, tenían conocimiento de lo que ocurría en dicha ciudad pero creyeron que no tendrían inconveniente en llegar.

El viaje transcurrió con total normalidad. El tren frenaba como es debido en cada una de las estaciones intermedias al destino final. A las 3.48 h, Rafael Fernández⁶⁴ subió a la formación en acto de servicio y, luego de cumplir una misión, iba a presentarse a la delegación platense. Su esposa e hija subieron con él.

El grueso de pasajeros bajó en Berazategui pero un centenar continuó con el recorrido. Mientras unos dormían, otros miraban por la ventanilla. Entre la estación de Gonnet y Ringuelet, el tren se detuvo en una curva.

Nadie se sorprendió por lo que ocurría y permanecieron en sus lugares. Al pasar los minutos, varios se fue-

⁶⁴ Sargento de la Policía Federal.

ron impacientando por llegar cuanto antes a destino. Un grupo de jóvenes, Fernández y dos conscriptos del 7 de infantería comenzaron una larga caminata por todos los vagones hasta que bajaron.

Fernández se puso a la cabeza y desenfundó su arma. La caminata era lenta debido al barro que había a los costados de las vías. El policía escuchó voces y un frío sudor corrió por su frente. Al llegar a la locomotora vio al coronel Cogorno, Abadie y los dos sublevados sobre las vías.

—¡Soy el oficial Rafael Fernández, miembro de la Policía Federal! —cargó su arma—. ¡Dejen paso al tren o me veré forzado a actuar!

—¡Fernández, este tren no tiene que llegar a La Plata!... ¡tienen que bajarse todos! —contestó el coronel.

—¡Hijo de puta! —Fernández disparó al saber quiénes eran.

El policía cayó desplomado por una bala que le perforó el pecho. Quien lo hirió fue Abadie. El sub-teniente fue más rápido pero también fue herido pero en el hombro. Un sublevado fue a atenderlo mientras que el resto de los pasajeros volvieron a subir al tren.

—¡Ahhh! Me dio...—dijo tendido en el suelo con los brazos abiertos.

Abadie tenía tanto dolor que apenas respiraba. El tiro había impactado en el hombro izquierdo causándole una herida de mucha gravedad. Trató de hacer presión para detener la hemorragia pero su mano derecha temblaba.

—¡No vayan para La Plata! ¡Salven sus vidas! —el coronel le habló a los conscriptos de infantería 7. Luego sacó del bolsillo de su pantalón un pañuelo blanco con el cual hizo presión sobre el hombro de Abadie.

—Salí de acá ya, Oscar —le costaba hablar—. Déjenme solo y váyanse...

—No puedo dejarte solo, vos sos mi amigo. Tenemos que ir al hospital...

En el tren, reinaba el nerviosismo hasta que los jóvenes volvieron desesperados a los gritos.

—¡Dicen que volvió! ¡Dicen que volvió y que La Plata está ocupada por los adictos al régimen depuesto!

—¡El policía está muerto!

Los pasajeros sacaron la cabeza por la ventanilla y vieron desde lejos las luces azules del regimiento 7. La tranquilidad fue reinando con el correr de las horas. Las personas estuvieron hasta las 8 h cuando empezaron a caminar hacia la estación de Gonnet y un grupo más reducido fue a La Plata.

La hija y la mujer de Fernández fueron las únicas que se quedaron. Ambas lloraban sin consuelo.

Los decretos

Piñeiro y Leguizamón Martínez fueron convocados a una reunión de urgencia por Emilio Bonnacarrere. Por pedido de su jefe, el joven secretario los acompañó en un jeep que los dirigió a gobernación.

El móvil estacionó frente a una gran puerta blanca donde fueron recibidos por un guardia que los acompañó hasta el hall central. Los tres subieron en ascensor a la planta alta y se presentaron en la secretaría de la gobernación. Allí un joven trabajaba con una máquina de escribir.

—Nos convocaron a una reunión de urgencia. Soy el coronel Leguizamón Martínez —sacó su libreta de enrolamiento y se la entregó al secretario.

—Sí, no es necesario identificarse. Pasen por esa puerta...

En el despacho esperaban el gobernador de facto Bonnacarrere y el director general de seguridad, Antonio Gesteiro.

El interventor estaba a la cabeza de la larga mesa de roble y el resto de las personas a los costados. Antes de empezar a hablar, el gobernador encargó café para todos.

—Ya se rindieron, su intento fracasó. Hay que ver cómo seguimos, tengo treinta y dos detenidos en mi cuartel —dijo Piñeiro mirando a los ojos a Bonnacarrere.

—No nos movamos mucho. En el basural de José León Suarez hubo complicaciones con unos fusilamientos... creo que hay alrededor de siete prófugos —Leguizamón Martínez hizo una pausa cuando volvió el mozo sosteniendo una bandeja de plata con los cafés—. No hagamos nada hasta que no detengamos a Tanco y Valle.

—En Avellaneda y Campo de Mayo tengo entendido que no hubo complicaciones. Señores, yo sugiero que actuemos con mano du...—dijo Gesteiro.

—¿Y de Cogorno no va a decir nada, Martínez? — interrumpió Bonnacarrere—. No voy a descansar hasta capturarlo. Tenemos que buscarlo por cielo y tierra, en las radios ya están emitiendo su orden de captura con la descripción de ese idiota.

—Creo que lo mejor es no hacer nada hasta agarrar a los principales líderes opositores.

—Mire, Martínez, tuve que venir de urgencia porque ustedes no actuaban como debían. ¿Cuántos detenidos tiene hasta ahora?

—No tengo el número exacto. Garriga, vaya para el cuartel y consígame los nombres de todos los detenidos del Comando.

—De todas formas, los decretos ya están firmados. La pena de muerte es un hecho para los oficiales insurrectos —el gobernador tomó la taza y bebió a sorbos.

—¿No habrá juicio, Bonnacarrere? —preguntó Gesteiro.

—Dese cuenta de las cosas, por Dios. El juicio es sólo una formalidad, la orden viene de arriba.

Guillermo dejó el despacho en silencio y bajó corriendo por las escaleras del hall central. Antes de ir al cuartel, fue a ver el estado de Plaza San Martín ya que oyó el ruido de todo el regimiento motorizado en La Plata. Los camiones y los tanques se llevaban la atención de los vecinos que habían podido dormir a la noche.

Algunos no conocían a qué bando pertenecían hasta que un soldado gritó: “¡La situación está controlada!”.

Mientras Guillermo iba al Comando vio en la calle casquillos y una granada que todavía no había sido utilizada. La mayoría de los autos estaban dañados con perforaciones de bala y otros carbonizados.

Guillermo tomó una carpeta y volvió a la gobernación. Sintió que era en vano llevarla ya que, como dijo Bonnacarrere, la pena de muerte era un hecho.

Las órdenes de captura

La anciana, más tranquila después de tantos disturbios, volvió a su casa y puso a calentar la pava. Pablo, su hermano, todavía estaba asustado y se asomó a la cocina con cierto temor.

—El cielo está azulado y hay mucho olor a quemado...

—Vení, quédate tranquilo que ya terminaron. Acabo de hablar con un soldado... muy educado el hombre... que me comentó que ya sacaron a los revoltosos.

—¿Pusiste el agua? Me voy a sentar un rato... necesito descansar.

La anciana agarró la pava e hizo un té a Pablo. Tomó una bandeja de plata y colocó la azucarera junto a un trozo de pan.

—Tomá, relajate que ya pasó... Poné la radio a ver si dicen algo.

Pablo encendió la radio y, nuevamente, estaba hablando el contraalmirante Rojas para toda la Nación.

“A las 23 horas del día sábado 9, se produjeron levantamientos de algunas fracciones de unidades militares desplazados del Ejército y apoyadas por civiles adeptos al régimen depuesto, en La Plata, Escuela de Mecánica del Ejército, Batallón de Infantería de la Escuela de Suboficiales del Ejército y grupos civiles conducidos por elementos del Distrito militar de la ciudad de Santa Rosa.”

“... En La Plata, luego de los primeros ataques aéreos llevados sobre la posición militar, los rebeldes se rindieron en forma incondicional al interventor de la provincia de Buenos Aires, Emilio Bonnacarrere.”

“... Los elementos sublevados del Regimiento 7 de Infantería han huido y se ha dispuesto su captura.”

La anciana escuchaba atentamente las características del cabecilla de La Plata.

“Desde el Comando de Operaciones Navales, se indica y prescribe a todo el personal militar, policial y de gendarmería la captura del coronel Cogorno, cabecilla del movimiento de La Plata, que se ha fugado de esa ciudad.”

“Los datos de filiación del coronel Cogorno son los siguientes: estatura 1.85, tez blanca, físico robusto, 85 kg, nariz mediana, ojos pardos, cara redonda; carece de señas particulares y habla con típico acento cordobés.”

“Se recomienda a todas las autoridades militares y policiales de la Nación y de las provincias la captura de los ex generales Juan José Valle, por rebelión y malversación, y Raúl Tanco, por rebelión.”⁶⁵

Pablo se levantó de su sillón para apagar la radio. Quería tomar tranquilo su té. Había sido una larga noche.

—Ese debe ser... ese debe ser al hombre que buscaba el soldado...



Fuente: diario “Clarín” 9/6/2006

Tranquilo, Juan

A las 7 h, Cogorno logró llegar al Hospital Italiano⁶⁶. Abadie se retorció del dolor y respiraba con dificultad. Un joven médico, sin sospechar nada, le hizo las cura-

⁶⁵ Diario “El Argentino”, lunes 11 de junio de 1956.

⁶⁶ Ubicado en calle 51 entre 29 y 30.

ciones correspondientes. Cogorno también estaba dolorido aunque por otro motivo. La revolución había fracasado.

El coronel estaba apurado por irse del lugar pero su amigo no salía. Alrededor de las 8 h dejó la sala y ambos escaparon. Al sub-teniente se lo veía mejor, salvo que llevaba el brazo izquierdo pegado a su cuerpo, de todas formas, fue él quien insistió para manejar.

—Déjame a mí. Yo sé a dónde ir...

Sin tener un destino, Abadie tomó la avenida 44 hasta Brandsen y, finalmente, por la ruta que lleva a General Paz. En el camino dejaron a los dos sublevados que los acompañaban en Etcheverry. Sabían que en el medio del campo nadie los buscaría.

El viaje transcurría en un silencio total. Ambos no sabían para dónde ir y qué hacer.

—No te quiero alarmar pero me está empezando a sangrar de nuevo.

—¿Podés seguir manejando? Déjame a mí.

—Le queda poca nafta al tanque, en la estación te dejo mi lugar —Abadie pasó la mano derecha por la venda que estaba roja.

Cogorno seguía preocupado por ir al hospital. No iba a soportar mucho más con esa herida que empezaba a desprender un olor nauseabundo.

Cerca de Ranchos, Abadie detuvo el móvil en la única estación de servicio. Cogorno creía que no serían reconocidos pero las perforaciones que tenía el auto llamaban demasiado la atención. Además, todavía seguían utilizando la chaquetilla verde oliva del Ejército.

La estación tenía sólo dos surtidores y un techo blanco con varias manchas de óxido. También había una pequeña casilla donde charlaban un joven, con una gorra y tirantes, y la señora Cocconi, dueña del lugar. De fondo, escuchaban un tango de la radio.

El auto estacionó y el empleado salió para atenderlo. Luego de apagar el coche, Cogorno cambió el asiento con Abadie. El coronel pateó los cuatro neumáticos para ver si necesitaban refuerzo de aire y subió al lugar del conductor.

—¿Qué le sirvo? —el joven se acercó a la ventanilla y pudo ver la mancha de sangre en el encuerado.

—Llename el tanque rápido, por favor—el coronel se puso nervioso al ver el rostro del joven—. Rápido, pibe. Estoy con mucha prisa.

Ni bien terminó de llenar el tanque, el joven se acercó para cobrar. El coronel palmeó todos sus bolsillos en búsqueda de dinero hasta que encontró cincuenta pesos argentinos. El auto arrancó tan fuerte que desprendió polvo sobre el rostro del joven.

El empleado volvió a la casilla y le entregó el dinero a la señora que estaba apoyada en la ventana.

—Estaba apurado el hombre. Me pareció que el acompañante tenía una venda en el hombro con mucha sangre. Se lo veía dolorido.

—Recién pasaron en la radio la descripción de un hombre parecido al que pateó los neumáticos... Voy a llamar a la policía. El auto estaba en muy mal estado, no creo que lleguen muy lejos —la señora cerró la ventana y empezó a discar el número de la policía.

Dos intentos y no hubo respuesta. Al tercer llamado una voz ronca atendió del otro lado del teléfono.

—Acaba de venir un hombre herido a cargar nafta —Cocconi asentía con la cabeza—. Espere que le paso con el joven que lo atendió.

—Deme un segundo que le voy a tomar declaración, por favor no cuelgue... Ahora dígame joven, ¿qué es lo que vio?

—El hombre estaba muy nervioso, no veía la hora de irse de la estación. Los dos llegaron en un auto Kaiser modelo 55 en muy mal estado —el empleado hablaba rápido.

—Deme más datos de su físico

—El que manejaba tenía una herida en el hombro izquierdo. Cuando llegaron a la estación cambiaron de asiento y la persona que atendí tenía bigote con un gorro del Ejército... creo que era del Ejército. Creo que era cordobés por su acento. Los dos usaban chaquetilla verde, pantalones de montar y botas que llegaban hasta la rodilla.

—¿Algún dato más?

—El otro sujeto tenía una venda cubierta de sangre —hizo una breve pausa y se rascó su mejilla—. Había mucha sangre sobre el encuerado.

—Perfecto. En este preciso momento estábamos en la búsqueda de ese vehículo.

—Cualquier cosa, llamen de nuevo a la estación —el joven le pasó el tubo a la mujer que lo colgó.

—Y, ¿qué pasó?

—Parece que ya los estaban buscando.

Ni bien dio aviso el oficial, la mayoría de todos los cuarteles de la zona empezaron a movilizarse en la búsqueda del vehículo que describió el joven. La policía del Municipio de General Paz y General Belgrano, empezaron a recorrer la ruta entre ambos pueblos pampeanos, camino que tomó Cogorno para llevar a Abadie a un hospital. La hemorragia no paraba.

—Tranquilo, Juan, que ya llegamos. Aguantá que falta poco.

Abadie no contestaba a nada de lo que decía el coronel. El dolor era insoportable.

El día estaba nublado y hacía frío, una neblina cubría el camino del coronel pero no dificultaba su visión. Cogorno detuvo la marcha para darle su chaqueta a Abadie que temblaba como una hoja.

—Tranquilo, Juan, que ya llegamos. Aguantá que falta poco.

Tras dos intentos pudo volver a encender el auto y continuar. A los pocos metros, Abadie se durmió.

Cerca de General Belgrano, el coronel vio tres móviles de la policía estacionados en el puente de Villanueva que pasa por encima del Río Salado. Sus nervios lo carcomieron.

Cogorno no se detuvo y siguió hasta que le impidieron pasar el puente. El coronel frenó el auto dejando todo a la suerte. Héctor Grimaldi, titular de la comisaría de General Belgrano, bajó del auto junto al inspector Fidel Pifano y su ayudante Carlos Rubiano.

Los tres se acercaron al vehículo apuntando con una pistola calibre 45 a Cogorno, quien levantó las manos.

—¿Qué... pasa, Oscar?... ¿Por qué... frenamos? — dijo con los ojos cerrados.

—Tranquilo, Juan, que ya llegamos. Aguantá que falta poco.

Los tenemos

—¡Bajen del auto sin hacer ningún movimiento extraño! —gritó Grimaldi apuntando a Cogorno.

—Dale, Juan —sacudió a su amigo con cuidado—. Tenemos que bajarnos.

Cogorno bajó con las manos levantadas mientras que Abadie apenas podía caminar del dolor en su hombro; de la venda caía un hilo de sangre. No podía esperar mucho tiempo más sin ir a un hospital.

—Identifíquense, por favor.

—Soy el General Sanguinetti, venimos de La Plata estuvimos en combate toda la mañana...

—¿Y la otra persona? —interrumpió Pifano— ¿Qué te pasó en el hombro?

—Soy...

—Es el sub-teniente Juan Abadie, le dispararon en el hombro. Tiene que ir urgente a un hospital.

—¿Qué hacen acá entonces? Deme algo con que pueda identificarlo —dijo Grimaldi.

—Nos ordenaron ir a Tandil donde nos informaron sobre presuntos levantamientos. Al no ser así, decidimos ir

al hospital de General Paz —sacó la libreta de enrolamiento y se acercó a dársela a Grimaldi. El coronel no lo miró a los ojos, por primera vez en el día, tuvo miedo.

—Es cierto... Es el “General Sanguinetti”. Mire usted, justamente nos informaron que fue muy nervioso a cargar nafta, ¿a qué le teme, Sanguinetti?

—Trataba de llegar cuanto antes al hospital.

Grimaldi bajó la cabeza, puso sus manos por detrás mientras caminaba lentamente. Pareció hacer oído sordo a lo que decía Cogorno. Los otros dos policías mantenían sus armas en posición de tiro y Abadie hacía muecas de dolor.

—Sabe una cosa, Sanguinetti. Acá dice que usted es de Buenos Aires pero tiene el típico acento cordobés — seguía caminando hasta que frenó delante de Cogorno.

—...

El coronel sabía que no lo iban a dejar escapar. Su preocupación tenía que ver con Abadie; su destino ya lo conocía.

—De hecho, estamos buscando a un sospechoso que estuvo en La Plata. Oscar Lorenzo Cogorno se llama. Fue el cabecilla de las tomas de esa ciudad. La descripción física concuerda con usted... hasta su tono de voz.

Un silencio cortó el diálogo que mantenían. Los oficiales apuntaban y Abadie se retorció del dolor. Una brisa le voló el gorro que llevaba puesto Cogorno, cuando se agachó para ponérselo de nuevo, Grimaldi se le puso encima.

—Déjese de joder, Cogorno. Basta de mentiras — volvió a desenfundar su arma—. Súbase al auto y no haga ninguna boludez.

—Permítanme irme a pie... Lo digo por el teniente de reserva Juan Abadie —su voz parecía quebrada—. No sé qué le harán.

—Levántese que vamos a la comisaría. Ahí sabrán qué hacer con usted —dijo Pifano—. Usted venga conmigo que lo voy a llevar a un hospital.

El coronel se levantó, acomodó su chaqueta y caminó hacia el móvil de la policía. Grimaldi lo apuntaba hasta que subió al asiento de atrás. Pifano y su ayudante Rubiano fueron por Abadie, quien apenas se mantenía en pie.

Antes de subir al móvil pidió una vez más por su vida pero esto no tuvo respuesta de nadie. Grimaldi tomó la radio y dio el aviso: “Tengo a Cogorno y a un sujeto herido de bala en el hombro. Repito, tengo a Cogorno y a un sujeto herido de bala en el hombro que dice ser Juan Abadie. Detengan la búsqueda... Los tenemos”.

“Te hacés cargo, Martínez”

Los policías de la ciudad, en conjunto con militares de marina, realizaban procedimientos en diferentes domicilios ante tantos reclamos de los vecinos denunciando personas participantes en los hechos de la madrugada del domingo o con tenencia de arma.

La mayor parte de las fuerzas de seguridad continuaban en las inmediaciones de Casa de Gobierno y el regimiento 7 para capturar a civiles que hubiesen sido parte del intento revolucionario. Cualquier individuo que transitaba por esos lugares y despertaba algún tipo de sospecha era detenido por los oficiales.

Para el mediodía, en las calles ya circulaba más gente, más autos y los teléfonos funcionaban. En Plaza San Martín, los tanques y camiones del regimiento motorizado de Buenos Aires comenzaban la retirada en caravana cruzando Plaza Italia.

En las calles aledañas a la Jefatura y el Comando, los vecinos barrían las calles. No era habitual que la vereda estuviera con cartuchos, pedazos de vidrios y cenizas. Los autos estaban rotos a causa de los disparos al igual que la fachada de algunas propiedades particulares.

Leguizamón Martínez y Guillermo regresaron al cuartel. Al ingresar, los soldados que estaban en el hall hicieron la venia militar.

—¿Qué ocurre, soldados? Continúen con sus labores.

—Detuvieron al coronel Cogorno, señor —habló un cabo luego de hacer el saludo.

—¿Dónde lo tienen?

—En el Municipio de General Belgrano... lo interceptaron en el puente Villanueva.

Leguizamón Martínez quedó perplejo unos segundos. Hubo silencio hasta que el coronel caminó con sus botas de cuero negro.

—Continúen con sus labores. Esto va a tardar más de lo que pensaba.

Martínez entró con rapidez a su despacho y encendió la radio para comunicarse con Bonnacarrere. Guillermo lo siguió hasta la puerta.

—¿Cuáles son los pasos a seguir? ¿Usted sabía de esto cuando estábamos reunidos?

—No, Martínez, no sabía nada. No lo quiero joder a usted, quédese tranquilo. Cogorno va a estar a disposición suya... usted sabe... es la jurisdicción militar... No comuniquen nada sólo cumplan con la orden del presidente, ¿entendió?

—Si... entendí.

—Te hacés cargo, Martínez. No trates de hacer ninguna idiotez... Sólo nos falta capturar a Tanco y Valle para acabar con su movimiento.

Leguizamón Martínez no contestó y colgó el intercomunicador de la radio. Guillermo fue a buscar un café para su jefe, al volver vio a un hombre resignado. En el cuartel todos sabían de su amistad con Cogorno y por obra del destino, de Bonnacarrere o Aramburu, tenía la vida en sus manos.

El joven secretario ingresó a la oficina con una taza y Martínez le dijo nuevamente que lustre sus botas. No estaban en el estado en que acostumbraba a usarlas.

Guillermo bajó la cabeza e hizo caso a las instrucciones de su jefe. Antes de salir de la oficina, pudo ver a Leguizamón Martínez mirando fijamente su cuadro de San Martín mientras bebía muy pensativo su café.

—¿En qué piensa, coronel? —preguntó con cierto temor.

—En cómo estaré el día de mañana, Garriga. Vaya y haga lo que le pedí —bebió otro sorbo—. Todavía nos queda trabajo por hacer... En cualquier momento traen a Oscar Cogorno.

Guillermo notó un tono de tristeza en su jefe. Lo veía como un hombre duro y firme, esta vez, parecía abatido.

La Plata

En General Belgrano, los dos detenidos aguardaban a ser trasladados al Comando. Abadie fue atendido por los médicos locales, Justo Hernán Basterrechea y Carlos Aníbal Buscaglia, quienes le hicieron las curaciones correspondientes.

Cogorno no habló con nadie. Se encontraba sentado en una pequeña sala que sólo tenía una mesa de acero oxidado. Allí hacía mucho frío pero en ningún momento pensó en abrigarse, tenía la cabeza en otro lado.

Alrededor de las 18 h, los agentes subieron a los detenidos a una camioneta rural de los uniformados bonaerenses, custodiada por agentes en motocicletas de la policía caminera. El móvil partió hacia La Plata por el camino pavimentado de Monte.

Ninguno de los dos emitió palabra alguna. Cogorno se alegró un poco de ver mejor a su amigo pero no era suficiente. Ante cualquier brusco sacudón que daba la ca-

mioneta los dos se miraban. El viaje transcurrió sin ninguna particularidad.

Luego de dos horas llegaron a La Plata donde quedarían detenidos en el Comando de División Segunda hasta que la justicia “determinara” qué sería de su destino. La camioneta se detuvo en el frente del cuartel donde salieron varios militares.

Martínez salió de su despacho, con sus botas recién lustradas, para supervisar el procedimiento. Abadie fue el primero en bajar, acompañado por un policía de la caminera. Luego fue el turno del coronel. Leguizamón Martínez lo miró a los ojos y luego meneó su cabeza.

Los dos fueron apresados y puestos en celdas diferentes. El cansancio se sobrepuso a cualquier dolor y durmieron en el suelo.

Los juicios

En Campo de Mayo, el general Juan Carlos Lorio presidió un tribunal que realizó un juicio sumarísimo. El mismo concluyó en que los sublevados no debían ser fusilados pero Aramburu y su gobierno, insistieron que sí a través del decreto 10.364. El artículo detallaba la ejecución de los siguientes individuos: coronel Alcibiades Eduardo Cortines, coronel Ricardo Salomón Ibazeta, teniente coronel Oscar Lorenzo Cogorno, capitán Dardo Néstor Cano, capitán Elloy Luis Caro, teniente primero Jorge Leopoldo Noriega, teniente primero de banda Néstor Marcelo Videla, suboficial principal Miguel Ángel Paoli-

ni, suboficial principal Ernesto Garecca, sargento Hugo Eladio Quiroga y cabo primero músico Miguel Ángel José Rodríguez.

Horas más tarde salió otro decreto que determinó la pena de muerte para: sargento ayudante de infantería Isau-ro Costa, sargento ayudante carpintero Luis Bugneti y sargento músico Luciano Isaias Rojas.

No existieron registros de los juicios sumarios ni el informe forense que debió determinar la causa de la muerte de esos militares. Los acusados tampoco tuvieron la defensa que les correspondía.

Los juicios fueron sólo una formalidad ya que las ejecuciones eran un hecho. Hay que aclarar, que en varios puntos de Buenos Aires ocurrieron fusilamientos, como el caso del basural de José León Suarez, por fuera del decreto y fueron decisión de los militares que estaban en el lugar con carta blanca del presidente.

En palabras de Rodolfo Walsh: “Las ejecuciones de militares en los cuarteles fueron, por supuesto, tan bárbaras, ilegales y arbitrarias como las de civiles en el basural”.

“El presidente duerme”

Tanto en el departamento de Policía como el Comando de División Segunda había varios civiles detenidos que habían participado de los incidentes de la madrugada del domingo. Los familiares intentaban tener información

del estado de los mismos pero recibían la misma respuesta: “El presidente duerme”.

Abadie pudo escuchar la voz de su esposa desesperada pero decidió no gritar para no preocuparla. “El presidente duerme”. Juan se apoyó contra la reja y lentamente dejó caer su cuerpo. Ni bien tocó el suelo, empezó a llorar.

Cerca de la medianoche, un hombre uniformado ingresó a la celda del coronel con una copa llena sobre una bandeja de plata. El ruido despertó a Cogorno.

—¿Descansó?

—Estaba tranquilo hasta que usted vino —se restregó los ojos y se levantó del frío suelo—. ¿Qué quiere?

—Antes de morir el fusilado tiene derecho a una bebida espiritual —el mozo le alcanzó la pequeña copa—. Su camarada ha tenido la precaución de hacérsela llegar para que ningún temblor involuntario altere su compostura frente al pelotón.

El coronel lo miró y rechazó la copa. Luego acomodó su uniforme.

—Mal andaría el Ejército argentino si un coronel de la Nación precisara una copa de coñac para enfrentar la muerte.

—...

—Sólo quiero saber qué será de la vida de mis hombres. ¿Qué pasará con Morganti y Abadie?

—Miré, lo único que pude saber es que los familiares que se están acercando a los distintos regimientos y, hasta en la Casa Rosada, reciben la misma respuesta.

—¿Cuál?

—El presidente duerme...

El mozo estrechó la mano con Cogorno y abandonó la celda con un dejo de tristeza.

Minutos más tarde, el capellán de Ejército Storni entró con una biblia bajo su brazo para confesarlo. Los dos rezaron con la mano apoyada sobre el santo libro hasta que el sacerdote finalizó con un Ave María. Al salir, hizo la señal de la cruz.

Los soldados entraron a la celda y lo tomaron de la ropa para esposarlo. El coronel salió sin poner resistencia, sin decir nada y con la frente en alto. En ningún momento suplicó por su vida. En ningún momento pidió clemencia ni lloró. Todo lo contrario, cualquiera que lo hubiese visto sabría que dejó el lugar como un Señor.

En la calle, vio a una mujer llorando desconsolada. En ese momento recordó la frase del mozo.

Subió a la camioneta y se sentó sobre el lado derecho en un banco plegable de madera junto al sargento ayudante Chávez, quien también había sido detenido esa noche. El móvil se dirigió directamente al regimiento.

El regimiento 7 (II)

Desde lejos ya se podía observar que el lugar era un desastre. Veinte horas antes se había desatado una batalla que dejó techos, cielorrasos, puertas y ventanas rotas y con rastros del fuego. Los soldados trataban de correr del lugar los dañados tranvías municipales y los ómnibus para limpiar la calle.

El depósito estaba completamente destruido, a tal punto que una parte de su techo se hundía en forma de cono que tocaba el suelo.

Ni bien llegaron, Cogorno fue a la pequeña sala donde estaba Leguizamón Martínez sentado junto a su joven secretario Guillermo. El lugar sólo tenía un escritorio de pino con dos sillas y, en una de sus paredes, colgaba un cuadro del Sargento Cabral de colores sepia. Quizás fue para reemplazar con rapidez uno de Perón que había dos años atrás.

Leguizamón Martínez lo invitó a sentarse en la otra silla. Guillermo dejó la sala y se quedó esperando en la puerta. En el cuartel sabían de la amistad que mantenían los oficiales.

—No me va a negar un habano, coronel. Por los buenos tiempos de nuestra amistad.

—Usted sabe que no puedo rechazarlo.

Leguizamón Martínez sacó dos puros del interior de su traje y los prendió con un encendedor de plata. Cogorno dio su primera pitada bien fuerte y largó el humo lentamente mirando al techo.

—Ahora... dígame la verdad, Martínez —fumó nuevamente y exhaló—. ¿Qué será de la vida de mis hombres?

—No lo sé, no podemos hacer nada debido a los decretos que firmó el presidente. La orden es de arriba... hasta que no se entreguen Tanco y Valle la ola de fusilamientos no va a detenerse.

Cogorno meneó la cabeza y dejó de hablar. Tenía bronca por no poder defender a los miembros de su tropa. Pensó en Abadie, Morganti y los civiles.

—¡Vamos que ya es hora! —gritó desde el patio un hombre vestido con pantalones color arena y chaquetilla verde.

Ambos sabían que había llegado la hora de estar frente al pelotón. En el patio del regimiento, junto a un mástil, lo esperaban cuatro hombres armados. Antes de salir, Cogorno tiró el resto del habano al suelo y miró a Martínez a los ojos.

—Quédate tranquilo, Gallego. Vos no tenés la culpa —seguido de un abrazo que dejó mudos a todos los que estaban en el regimiento 7.

Guillermo quedó perplejo. Ese abrazo era mucho más que una despedida, todos lo sabían. Miró al suelo desconsolado y vio las negras cenizas que salían de la colilla marrón; aún largaba humo acompañado de un fino aroma a vainilla. Sintió que debía tomarlo, estaba en frente de un pedazo de historia, el último habano del coronel Cogorno. Cualquier coleccionista lo hubiese tomado enseguida, él dudo unos segundos pero decidió guardarlo.

Cogorno se acomodó su chaqueta y empezó la larga caminata hacia el paredón. Era tal el silencio que había, que se podía escuchar cada paso a una distancia de dos cuadras.

El coronel se ubicó cerca de un mástil frente a cuatro mausser sin ninguna venda en sus ojos. En ningún mo-

mento lloró, ni suplicó por su vida. Era un duque o mejor dicho, un verdadero Señor.

—Pelotón, firme —gritó el cabo—. ¡Fuego!

El cuerpo cayó desplomado. Las baldosas comenzaron a mancharse con sangre. Ninguno de los soldados pudo mirar.

Guillermo sólo escuchó el ruido y cerró los ojos. Estaba triste. No podía creer al punto que habían llegado las cosas. Fue al patio un segundo para escuchar el silencio. Se acercó al pelotón y vio cuatro vainas, cerca de los soldados, que sin dudarlo las guardó. Eran un pedazo de historia.

Salió del patio y dio una vuelta por los pasillos perforados por balas. Recordó a su jefe y fue a buscarlo en la pequeña sala pero ya no estaba. El único lugar donde podía encontrarse, ya que todo estaba destruido, era el casino de oficiales.

Abrió la puerta de doble hoja y ahí lo vio tomando una copa de coñac. Tenía la mirada concentrada en la bebida.

“No tenés la culpa, Gallego” hacía eco en el regimiento. No era consuelo de ninguna manera, su amigo acababa de morir. Bebió un sorbo. Bebió otro sorbo. Encendió otro habano.

Guillermo entró al casino de oficiales y se sentó frente a Leguizamón Martínez. Nunca había tenido esa cara. Era un hombre que orillaba la derrota.

Todo era silencio hasta que Leguizamón Martínez se atragantó con el humo del puro.

—Garriga, tomé un vaso y sírvase. Ha sido un día largo.

Guillermo se levantó de la mesa para ir a la barra a buscar una copa de coñac. Al volver, el coronel le sirvió con desprecio hasta salpicar la mesa. El joven levantó la copa, en señal de agradecimiento, pero no hubo respuesta. Estaba cansado y bebió un sorbo.

Leguizamón Martínez tenía razón; había sido un día largo.

Tanco y Valle

Después de que el Ejército acabara con todos los focos revolucionarios, la tarea era capturar a los principales cabecillas del movimiento de Recuperación Nacional. Con Cogorno ya fusilado, sólo faltaba secuestrar a Tanco y Valle.

Juan José Valle estaba refugiado en la casa de su amigo Andrés Gabrielli. Ante la ola de fusilamientos decidió entregarse a las autoridades luego de que Gabrielli se entrevistara con el capitán Francisco Manrique para obtener la promesa de que se respetaría su vida.

El 12 de junio, Manrique buscó a Valle y lo llevó al regimiento de Palermo. Allí fue interrogado y condenado a muerte, a pesar de la palabra de Manrique a Gabrielli. El capitán le pidió a Aramburu que le conmutara la pena, pero el presidente dijo que luego de haber fusilado a sub oficiales y civiles no se podía dejar de aplicar la misma pena al cabecilla. Incluso hubo un pedido del papa Pio

XII, para que no sea fusilado pero no logró cambiar la decisión de Aramburu.

Antes de su muerte, al no permitirle despedirse de su familia, Valle escribió una carta para su mujer y otra para Aramburu criticando duramente su accionar en el poder. Uno de los párrafos dice: “Aunque vivan cien años sus víctimas les seguirán a cualquier rincón del mundo donde pretendan esconderse. Vivirán ustedes, sus mujeres y sus hijos, bajo el terror constante de ser asesinados. Porque ningún derecho, ni natural ni divino, justificará jamás tantas ejecuciones”.

El General Raúl Tanco junto con seis personas más, civiles y militares, fueron a buscar refugio a la embajada de Haití. Jean Bierre, embajador de dicho país, notificó a Cancillería la estadía de las personas y sus respectivos nombres. El 14 de junio, cuando el embajador salía de su residencia un grupo de autos se estacionaron frente ella. En total eran veinte hombres armados que se preparaban para fusilar, en la misma calle, a los que estaban dentro de la embajada.

De no ser por la mujer de Bierre, quien salió a los gritos de la casa para que los vecinos sepan lo que estaba por suceder, siete hombres más se hubiesen sumado a la lista de fusilamientos que hubo en esos días. El general Quaranta, quien para ese entonces era el jefe del Servicio de Inteligencia del Estado (SIDE), estaba al mando de los hombres y paró un colectivo lleno de pasajeros e hizo bajarlos a todos para subir a Tanco y las seis personas.

Bierre notificó a las agencias de noticias latinoamericanas lo que estaba sucediendo y realizó una enérgica búsqueda por los secuestrados. Gracias a esto, siete argentinos lograron escapar del terrorismo de Estado que estaba viviendo el país.

La Revolución “Fusiladora”

El martes 12 de junio de 1956, la Secretaría de Prensa de la Nación dio a conocer otra lista de fusilados durante el desarrollo de los sucesos de la madrugada del domingo.

En San Martín se registraron los fusilamientos de: Vicente Rodríguez, Nicolás Carranza, Carlos Alberto Crizaso, Francisco Garibotto y Reinaldo Benavídez.

En Lanús: coronel José Albino Yrigoyen, capitán (R.E) Jorge Miguel Costales, Clemente Braulio Ross, Norberto Ross, Osvaldo Alberto Albedro y Dante Hipólito Lugo.

Luego advirtieron que Valentín Yrigoyen, a quien se lo daba como fusilado, finalmente estaba con pedido de captura. También, destacaron que los juicios sumarísimos continuaban en los focos revolucionarios.

En cuanto a Juan Alberto Abadie, fue culpable del asesinato del oficial de la Policía Federal Rafael Hernández en la estación de City Bell. El teniente de reserva fue fusilado en el cuartel de la Policía Bonaerense, ubicado en 60 y 115, en la División Perros.

En combate sólo murieron los soldados Blas Closs, Bernardino Rodríguez y Rafael Fernández. En cuanto a los revolucionarios, sólo se registraron las muertes de Carlos Yrigoyen y Rolando Zanera.

Entre el 9 y 12 de junio se registraron 31 muertes. 18 fueron de militares y 13 de civiles. De los 18 militares muertos, sólo 11 estaban con decreto de fusilamiento, el resto fue fusilado sin registro de juicio ni decreto presidencial.

El contraalmirante Rojas, en un discurso días después de los hechos, afirmó: “No podíamos dejar sin castigo a los culpables y sin sanción a los que su adhesión calculada, interesada, puesta a precio, hicieron posible la tiranía totalitaria”.

“Pronto la Nación estará de nuevo sana y feliz. Olvidad de las vergüenzas pasadas y las penurias actuales⁶⁷.”

Guillermo

Guillermo Garriga Lacaze tiene 77 años aunque no los aparenta. Es un hombre alto, con el pelo blanco peinado con gomina y manos temblorosas. Sentado en un sillón recuerda su adolescencia y se le escapa una sonrisa.

Cuarenta y nueve años atrás, era un colimba de Segunda División del Ejército en La Plata que hacía de asistente del General Leguizamón Martínez, el comandante de

⁶⁷ Mensaje del Contraalmirante Rojas, al país, tras los acontecimientos del 9 de junio.

la División. Todavía tiene presente aquella noche del 9 de junio de 1956.

—De ese día se dijeron muchos disparates... Yo me acuerdo que leí en una revista en donde decía que a Cogorno lo habían sacado arrastrando del Comando, llorando como un chico que pedía perdón —levanta el dedo índice de su mano derecha— cuando fue todo lo contrario. ¡Era un caballero!

Al oír la noticia, Guillermo se dirigió rápidamente a su unidad, frente a la cual encontró claras señales de enfrentamiento armado. De todas formas, el cuartel había resistido la toma. La Revolución de Valle había fracasado en todo el país.

—En una oportunidad yo estaba en el cine Rocha, de franco un sábado, con una ex novia... cuando salgo hay revolución. Bue'... revolución. Salí volando para casa, me cambié y traté de presentarme en el comando —toca su cabeza por unos instantes— pero era imposible llegar, porque eran balazos por todos lados.

Muchas cosas ocurrieron en los días posteriores pero Guillermo recuerda el abrazo entre Cogorno y su jefe.

—Lo que más tengo presente fue un abrazo, muy, muy, muy fuerte con el coronel Piñeiro, que habían pertenecido a la misma arma, y de la misma graduación, y con Leguizamón Martínez... pero ese era un abrazo de amigos —entrecierra los ojos—. Recuerdo siempre cuando Cogorno le dijo: “No tenés la culpa, Gallego”.

En ese momento, la mirada de Guillermo se pierde por un instante como si estuviera reviviendo aquel mo-

mento. Observa el techo, mira las paredes y fija su vista en una máquina de escribir que hay sobre una mesa de algarrobo.

—Después del abrazo lloraban las paredes... lloraban todos.

Todo fue silencio, hasta que se escucharon los tiros. Después, más silencio.

1962-1963

El gobernador que no fue

Por Martín Arrúa

El gobernador que no fue

Tiempo de semidemocracia tutelada y antipopular.

Perón estaba sentado en un sillón de cuero blanco, en la galería de su residencia en España, mientras revisaba las listas de la Unión Popular. De todas las que vio, sólo le llamó la atención un nombre, el de Andrés Framini. La mayoría de los candidatos a gobernador lo ponían como compañero de fórmula. Bramuglia-Framini; Rocamora-Framini; entre otras.

“El Negro”, como era conocido dentro del peronismo, no hablaba. Sólo observaba, a través de sus característicos anteojos oscuros, cada movimiento del ex presidente pero fue él quien lo interrumpió.

—General, yo no quiero ser vicegobernador. Mire, yo estoy para luchar abajo, con la gente, en lo gremial, pero no soy para político...

—No, no. Vea, hasta ahora usted hizo de caballo, ahora va a ser jinete...

Entonces no dijo nada porque como el mismo decía: “A Perón no se le discute”. Con esas palabras, sintió que lo nombraban nuevo gobernador de Buenos Aires.

—Miré, Framini —Perón se acercó a la mesa que los separaba—. No quiero que haya más excusas para formar otro partido peronista...

El Negro se sacó sus lentes y se quedó mirando al general por unos segundos.

—Ya lo discutí con Cooke⁶⁸ y Vandor⁶⁹... Me parece que su candidatura es la mejor opción. Usted, me atrevo a decir como ningún otro, ha mostrado lealtad al peronismo.

—Debo confesarle que no esperaba semejante elogio —se restregó los ojos—. Voy a hacer lo mejor posible para triunfar...

Perón se levantó lentamente del sillón y fue hacia una barra de roble a buscar agua mineral. Se sirvió una copa y la bebió de un largo sorbo. Framini centró su mirada en un cuadro de Eva que estaba muy cerca de él.

—Compañero, venga y vayamos a caminar por San Sebastián.

—Pero, General —se puso los anteojos— imagínese que en Buenos Aires me tomo un bondi por cuatro cuadras...

—Caminar es bueno para la salud.

⁶⁸ John Willian Cooke fue un político argentino, figura emblemática de la llamada "Izquierda Peronista". Asumió como diputado siendo el más joven y después designado por Perón como su representante en Argentina. Desde su lugar, promovió el acercamiento del peronismo a los movimientos de América Latina desde el triunfo de la Rev. Cubana.

⁶⁹ Augusto Timoteo Vandor fue dirigente sindical del gremio de los metalúrgicos quien promovió en el partido una facción "participacionistas", conocida como "vadorismo", ya que pactaba con los gobiernos de facto y un peronismo sin Perón. Como lo transcribe Daniel Brión en "*Framini: el peronismo será o no revolucionario*", Framini le dijo: "Mira Lobo, yo me pongo en pedo en cualquier esquina con vos, pero políticamente no puedo estar; vos haces peronismo para Vandor, y yo estoy haciendo peronismo para Perón...".

Así pasaron el resto del día el ex presidente de Argentina y el “nuevo” gobernador.

Las elecciones

Luego del derrocamiento de Juan Domingo Perón, a manos de la Revolución Libertadora, Argentina arrancó un periodo signado por la persecución a obreros, dirigentes sindicales, políticos y militares peronistas.

Arturo Frondizi se postuló para las elecciones de 1958 contra Ricardo Balbín. Los votos del peronismo iban a ser un factor clave para obtener el triunfo en los comicios. Frondizi, candidato por la Unión Cívica Radical Intransigente (UCRI), era partidario de un acercamiento a Perón pero Balbín, candidato por la UCR del Pueblo, no veía con buenos ojos un retorno del denominado “régimen depuesto”.

Juan Domingo Perón decidió darle su apoyo al candidato de la UCRI ya que veía en Balbín una continuidad de la Revolución Libertadora. A cambio, Frondizi quitaría la proscripción al partido peronista a través del pacto “Cooke-Frigerio”.

La fórmula Arturo Frondizi-Alejandro Gómez se impuso en las elecciones de febrero de 1958. El nuevo mandatario asumió el 1° de mayo de ese mismo año y a los pocos días sancionó en el Congreso un proyecto de Ley de Amnistía, para liberar a presos políticos peronistas, y un plan de Asociaciones Profesionales, con el objetivo de devolverle el poder a los gremios.

Con estas medidas, Frondizi buscaba cumplir lo pactado con Perón lo que generó un malestar en los militares, la Iglesia y los principales grupos económicos nacionales y extranjeros.

Por aquel entonces la Iglesia tuvo un rol preponderante, sobre todo cuando se debatió la Ley de Educación Superior que subsidiaba a las universidades privadas y les permitía otorgar títulos habilitantes, en su gran mayoría en manos de congregaciones católicas. El apoyo de Frondizi a la ley desató intensas disputas entre sus allegados y provocó la renuncia de su vicepresidente Gómez.

Frondizi, con su modelo desarrollista, propuso mejorar industrias básicas como siderúrgicas, petróleo y maquinarias con el fin de abastecer a la industria liviana y liberar recursos que antes se destinaban a importar. Este modelo comenzó a aplicarse pero recibió muchas presiones ya que era visto como “populista” aunque con una postura importante en las regalías que los inversores podían llevarse a sus casas matrices. La primera consecuencia que tuvo fue la salida de Rogelio Frigerio como ministro de Economía por Álvaro Alsogaray, hombre de confianza de los militares y bien visto por los grupos extranjeros.

Alsogaray promovió una política de exportaciones, limitando el proceso de industrialización. También liberó las restricciones impuestas a las importaciones, frenando aún más la capacidad de la industria Argentina. Estos cambios recompusieron el sector agropecuario pero devaluaron el peso argentino y limitaron los aumentos salariales.

El rechazo a estas medidas se vio reflejado en las elecciones legislativas del 27 de marzo de 1960, el "voto en blanco" peronista representó el 25% de los sufragios mientras que la UCRI alcanzó sólo el 20%.

Frondizi, ante el ajuste y rechazo social, sancionó el Plan CONINTES (Conmoción Interna del Estado), por el cual fueron perseguidos dirigentes sindicales y peronistas. Los principales centros industriales fueron zonas militarizadas mientras que las huelgas y manifestaciones se declararon ilegales.

En cuanto a la política exterior nunca se mostró firme. Muchas veces se lo acusó de estar muy cerca de la Cuba de Fidel Castro y Ernesto Guevara. El Ejército presionó y el presidente debió romper relaciones con el comunismo.

“A lo largo de los casi cuatro años de su presidencia, Frondizi soportó treinta y dos ‘planteos’ militares, algunos exigían cambios en su línea política y otros estaban destinados a ganar terreno en la propia institución. A todos cedió.”⁷⁰

En 1961, ya sin el apoyo de ninguno de los sectores, se sumó la renuncia de Álvaro Alsogaray. Con las elecciones cada vez más cerca, Frondizi decidió saldar su deuda

⁷⁰ ROMERO, Luis Alberto. Breve Historia Contemporánea de la Argentina. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica de Argentina, 1994. Pág. 144.

con el peronismo y le permitió participar de los comicios de 1962.

El llamado

El 22 de enero, el reloj comenzó a sonar hasta que Framini le dio un manotazo en la parte superior. Salió de su cama e inmediatamente se metió en el baño para darse una rápida ducha. Se peinó para atrás con gomina y emparejó su fino bigote con una navaja. Antes de ir a desayunar, volvió al cuarto por sus lentes negros que estaban en su mesa de luz.

Andrés tenía una sonrisa en el rostro. Todos los días eran así, desde que Perón lo nombró candidato a gobernador. Su única preocupación era saber quién era “el caballo del jinete” por la Unión Popular.

En la cocina, su mujer, Carolina Miranda, estaba sentada en una mesa redonda leyendo “El Argentino” con música de fondo. Framini se ubicó frente a ella, donde había una humeante taza de café.

—Ya está casi todo listo para lanzar mi candidatura... me falta mi compañero. Tengo entendido que hoy me comunican la noticia.

—Seguro te avisarán antes de tiempo... Cuando termines, deja la taza que después la limpió —le dio el diario—. Me voy a dar una ducha.

El Negro miró detenidamente la tapa y abajo pudo ver un pequeño recuadro que hacía mención a una posible

fórmula con Marcos Anglada. Pensó: “¡Que hijos de puta! Mirá dónde me vienen a poner...”.

Terminó su café y dejó el diario en la mesa. No podía ni leer de la ansiedad que tenía, quería saber cuanto antes quién era su compañero. Para calmarse, encendió un cigarro y dio una vuelta por la casa. El Negro volvió a la cocina para tirar la colilla cuando el teléfono sonó.

—Hable... —dijo con voz ronca.

—Andrés, ¿cómo andás? Habla Mariano Tedesco,⁷¹ ¿sabés cuál es la fórmula?

—Bien, presiento que hoy va a ser un gran día —bebió café— todavía no he tenido noticias.

—Aquí las traigo, compañero —hizo una larga pausa— Framini-Perón...

—Che... ¿tan temprano y ya estás en pedo?

—Jaja... Negro, escuchame bien... Tu compañero de fórmula es el General. Citamos a los periodistas para mañana en Sarmiento 989... Sos el encargado de informarlo.

—¿Cómo va a ser que Perón sea vicegobernador? Es una locura...

—Creelo, Negro. Perón quiere hablar cuanto antes con vos. Vas a tener que viajar el jueves para Montevideo... Te espera Pablo Vicente⁷².

⁷¹ Mariano Tedesco, fundador de la Asociación Obrera Textil donde ocupó el cargo de Secretario General.

⁷² El Mayor Pablo Vicente, por aquel entonces, era el secretario de Juan Domingo Perón.

El Negro colgó el teléfono. La noticia lo había dejado boquiabierto. Se sentó de nuevo en la silla y miró fijamente el diario sin leer ninguna línea. Carolina salió de la ducha y notó el silencio que había en la cocina.

—¿Qué pasa, Andrés?

—La fórmula es Framini-Perón.

La mujer esbozó una sonrisa y sus ojos se pusieron vidriosos. El Negro se levantó y fue a su habitación a buscar el dinero que tenía guardada en la mesa de luz. Abrió el armario y sacó una chaqueta de cuero marrón.

—Negra, voy a irme de casa por unos días. Tengo una conferencia de prensa y de ahí viajó para Montevideo para hablar con el General. Sabés que están intervenidos los teléfonos —se puso la chaqueta— no hay que levantar ninguna sospecha. Además, si el operador llega a escuchar el nombre Perón va a ir con los milicos en un segundo... No puedo correr ese riesgo.

—Cuidate, por favor —lo besó como si fuera la última vez que se vieran—. Me siento más tranquila cuando sé que estás preso que cuando andás libre...

—Ya di mi palabra, tengo ir... voy y vuelvo —tomó de la mesa un atado de cigarrillos Camel y lo guardó en el bolsillo de su pantalón—. Para el viernes 26 tiene que estar todo listo. Arrancamos la campaña en Avellaneda.

Andrés tomó una valija que estaba debajo de su cama y empezó a guardar su ropa. Su mujer, mientras tanto, cubría con una bolsa un traje para que usara en la conferencia y para hablar con el General.

Framini volvió a besar a Carolina y dejó la casa.

El anuncio

*“Creáse o no: Perón integraría la fórmula con Andrés Framini”*⁷³

Como estaba estipulado, Andrés Framini se presentó en Sarmiento 989 para hablar acerca de su candidatura. Periodistas de todos los medios gráficos se hicieron presentes en la cita para confirmar, de una vez por todas, la primicia que circulaba hacía días en las redacciones.

La sala donde se llevó a cabo el encuentro tenía paredes de madera al igual que el suelo. Frente a los periodistas había una mesa con un micrófono y de fondo un cuadro de Eva Perón.

El Negro salió a hablar a las 18.30 h bajo la atenta mirada de los fotógrafos y periodistas. Antes de dejar hablar a la prensa, Framini tomó la palabra.

—“La fórmula electoral que mantendrá el partido Justicialista para los comicios del 18 de marzo, para elegir gobernador y vicegobernador de la provincia de Buenos Aires está integrada por Andrés Framini acompañado por Juan Domingo Perón”.

Saporitti, periodista de “El Argentino”, levantó su mano para preguntar.

—¿Qué objetivo persigue Perón con su candidatura?

—Entiendo que la decisión de Perón ha sido histórica. El general, una vez más, sacrifica su persona a la Pa-

⁷³ Diario “El Argentino”, martes 23 de enero de 1962.

tria. Con su actitud, nos señala con absoluta claridad el camino a seguir: derrotar al oficialismo, para terminar con este régimen de oprobio y entrega y devolver la paz y la felicidad a los hombres y mujeres de nuestro pueblo

Framini contestó un par de preguntas más y desmintió un posible viaje a Montevideo, ciudad donde se llevaban a cabo las reuniones peronistas. El Negro dejó la sala y fue caminando al hotel de la calle Corrientes.

Al día siguiente fue al puerto para ir a Montevideo. Por inconvenientes con la nave no pudo hacerlo y terminó viajando el viernes 26.

El Negro

Framini se acercó a la baranda del barco y apoyó el bolso en el percutido suelo de madera. Del interior de su chaqueta sacó un cigarro, el cual encendió con un zippo de plata que el General le había regalado por su apoyo incondicional al partido. Antes de guardarlo, lo miró un rato largo y esbozó una leve sonrisa.

Mientras fumaba, comenzó a recordar sus primeros pasos en las fábricas de Berisso y lo desanimado que se sentía cuando no estaba Perón. Un grupo de gaviotas captó la atención de todos los pasajeros menos la de Andrés, quién miraba las olas que desprendía el paso de la nave.

El Negro siguió meditando. Recordaba el maltrato que sufrió en las fábricas y cómo hablaba del General con sus amigos del partido. *“Era así la vida del obrero que me había tocado ser y me la tenía que aguantar. Perón fue el*

que me dijo que eso no era así, que eso era injusto y que había que cambiarlo y que se podía cambiar si nos uníamos con los compañeros de los sindicatos. Me abrió la cabeza. Desde entonces supe que no tenían derecho a explotarme”⁷⁴, pensó.

Andrés Framini, nacido el 2 de agosto de 1914, fue un importante dirigente textil que se desempeñó en el cargo de delegado de la fábrica Piccaluga, ubicada en el barrio “La Boca”. Participó de todos los momentos claves del peronismo como el 17 de octubre de 1945 o la fallida Revolución del 9 de Junio de 1956. Se hizo cargo de la CGT y estuvo preso por la Revolución Libertadora y por el Plan Conintes. Para el partido, Framini era una figura importante, no sólo por sus acciones y su lealtad con Perón, sino también por la humildad y el respeto que tenía hacia el otro.

Un hombre, vestido de blanco con pañuelo y gorro azul, pasó por su costado cargando una gruesa soga. El marinero se robó todas las miradas de los curiosos pero la del Negro no. Todavía seguía sin creer que fuera el mismo Perón su compañero de fórmula. Estaba ansioso por llegar

⁷⁴ BRIÓN, Daniel. Andrés Framini: el Peronismo será revolucionario... o no será. Buenos Aires, Ediciones Fabro, 2013. Pág. 32.

y ver al Mayor Vicente. Quería hablar con el General para que él mismo se lo dijera.

—¡Nos acercamos al puerto, pasajeros! —gritó un hombre de traje azul petróleo—. ¡Hagan una fila y bajen lentamente por la escalera!

Andrés dio una última pitada al cigarro y lo tiró al río. Tomó el bolso y se ubicó en la fila. A lo lejos, pudo ver a Pablo Vicente.

—Apúrese, Framini —estrechó la mano— tiene que presentar una campaña esta noche...

—Necesito llamar al General...

—Bueno, pero vámonos rápido de acá... Usted tiene que estar a la noche en Avellaneda.

Ambos se subieron a un Renault Torino para ir a la casa del Mayor.

Framini-Perón

—¿Qué tal el viaje, Framini?

—Todo muy tranquilo. La verdad que me dejó sin palabras, General... ¿Realmente usted va a ir debajo mío? —el negro hablaba con cierto temor.

—Sí... Voy con usted y también como diputado por la Capital Federal —Perón hizo una pausa—. Es la única forma de que no haya más divisiones dentro del partido... Ahora estoy yo.

—¿Está seguro de lo que hace?

—Mire... no quiero que la gente diga: ¿y el peronismo dónde está? No nos puede pasar lo mismo que el año pasado en Santa Fe⁷⁵.

—Entonces vamos con esa fórmula —el negro sonrió—. Siempre a donde usted vaya voy a estar ahí —le alcanzó el teléfono al Mayor Vicente.

El secretario despidió a su jefe y le convidó un cigarro a Framini. Ambos se sentaron en el living en un sillón de dos cuerpos.

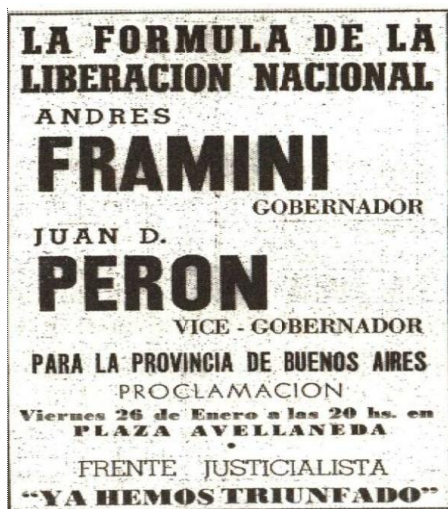
—Si Frondizi le puso una trampa, el General se la dio vuelta —le dijo a Vicente—. No hay que dividir más votos con la UCRI ni podemos permitir que haya la misma cantidad de votos en blanco que en las presidenciales del '58.

—Venga que le quiero mostrar algo... —Vicente se paró y condujo al Negro a una pequeña sala.

El lugar estaba oscuro y sólo se podía divisar un escritorio de madera, un ficus y una bandera del partido justicialista. Vicente encendió la luz y tomó un afiche enrollado que estaba junto a la puerta.

—A ver qué le parece... —dijo mientras lo estiraba cuidadosamente.

⁷⁵A fines de 1961, Luis Cándido Carballo (UCRI) fue electo como gobernador de Santa Fe en elecciones limpias y democráticas, ganándole al justicialismo que, para ese año, estaba dividido.



Fuente: Andrés Framini: *el Peronismo será revolucionario... o no será*

—Todavía no caigo —sonrió y lo enrolló.

—Framini, tome este boleto... se vuelve en avión para Buenos Aires. Ahora lo llevo al aeropuerto, apúrese que no va a llegar al acto...

Avellaneda

Una hora antes de la anunciada, numerosas delegaciones se congregaron en Plaza Alsina portando carteles con retratos de Perón y Evita junto con los escudos nacional y del partido peronista. Mientras tanto, un camión con altavoces hacía escuchar ininterrumpidamente la marcha “Los muchachos peronistas”, la cual era cantada a coro.

En el medio de la plaza se había levantado un pequeño palco para los oradores.

El lugar estaba cercado por policías y tanques “Neptuno”. Además, la zona era recorrida por los equipos móviles de la policía bonaerense, constituidos por camionetas cerradas. No querían ningún inconveniente relacionado con el **“régimen depuesto”**.

Unas cuarenta mil personas dijeron presente en un clima muy festivo, lleno de banderas de la CGT y pancartas de La Fraternidad. Antes de empezar con el acto, un estallido de alegría se produjo cuando los presentes vieron ubicarse en las tribunas a Augusto Timoteo Vandor y Domingo Mercante⁷⁶, entre otros.

Los peronistas voceaban estribillos entre los que se distinguían: “Framini-Perón un solo corazón”, “Ni yanquis ni marxistas: peronistas”, etc. Los cánticos fueron interrumpidos por un minuto de silencio en honor a Eva Perón seguido de los acordes del himno argentino.

El acto dio inicio a las 22 h. Uno a uno fueron pasando los dirigentes gremiales pero todavía faltaba “El Negro”. Uno de los oradores fue Vandor, quien dijo: “No pararemos hasta llegar a la Casa de Gobierno. Llegaremos sin odios ni venganzas. Estamos emocionados, es la primera vez que un trabajador llegará a gobernar la provincia”.

⁷⁶ Fue un militar y político argentino que se desempeñó como gobernador de Buenos Aires entre los años 1946-1952.

Se acercaba la medianoche y varios peronistas optaron por retirarse de la plaza ya que no veían al candidato a gobernador.

En aeroparque, un auto modelo Rambler lo esperaba para ir al acto. El Negro subió y encendió un cigarrillo.

El chofer, un hombre entrado en años con camisa blanca y tiradores marrones, no emitió palabra durante todo el camino, ni siquiera lo hizo cuando Framini lo saludó. Al notar la seriedad del hombre, sacó de su bolso uno de los afiches. Todavía seguía sin creer que Perón fuera su compañero de fórmula.

—El General se va a postular... abajo suyo. ¿Al final es cierto?

—Sí, compañero. Apresúrese que nos esperan en Plaza Alsina...

El hombre cambió el semblante en el rostro y manejó lo más rápido que pudo. Andrés Framini bajó del auto a pocos metros de la plaza. Para ese entonces, lo único que importaba era poder reencontrarse con sus compañeros peronistas.

Justo cuando la gente empezaba a irse, ocurrió el momento de mayor euforia. Andrés se hizo presente en el escenario.

Los manifestantes estallaron de alegría y comenzaron a gritar: “¡Olé, olé, oleeeé, Negrooo, Negrooo!”. Framini arrojó el cigarro y saludó con ambas manos a sus compañeros.

Dejó de lado sus nervios, se acercó al micrófono y comenzó a hablar.

—Voy a hablar poco porque una afección a la garganta me lo impide, pero no faltarán oportunidades como ésta para mantener el diálogo con el pueblo —pasó su mano derecha por su cuello—. Agradezco el honor y la distinción que me han hecho el peronismo y el general Perón al designarme candidato a la gobernación.

El discurso fue interrumpido por una sirena de bomberos, que nada tenía que ver con el acto, pero dio cierto temor e inquietud en la gente.

—Si es necesario realizaremos un nuevo 17 de octubre. El objetivo de este movimiento es devolver a la Patria un gobierno nacional y popular y a eso sólo se puede llegar si el candidato a la presidencia es Perón. Al gobierno hay que derrotarlo el 18 de marzo.

Entrada la medianoche finalizó el acto. El público se fue desconcentrando entonando la marcha peronista alternando con vítores a Perón y a Framini.

Las jugadas de Perón

“En el Gabinete Militar se habría tratado la actividad peronista”⁷⁷

Para ese entonces, la fórmula de la Unión Popular era un verdadero dolor de cabeza. Los militares no querían la vuelta del “tirano depuesto” y comenzaron a hacer dife-

⁷⁷ Diario “El Argentino”, martes 30 de enero de 1962.

rentes tipos de maniobras para prohibir su candidatura a la vicepresidencia.

“Acta secreta: Impedirán el retorno de J. D. Perón”⁷⁸

Juan Domingo Perón, desde España, envió una carta informando que “concurrir a elecciones sería aceptar el juego del fraude gubernamental”. El 15 de febrero, el peronismo se decidió por concurrir a los comicios de todo el país. Se determinó que la fórmula sería Andrés Framini-Marcos Anglada⁷⁹.

*“Hay un juego de ajedrez donde se mueven las piezas con extrema cautela. Está en juego el regreso a la lucha electoral del peronismo proscripto y aún más, del propio Perón.”*⁸⁰

La gran campaña del peronismo se vio reflejada en las calles. Pintadas de cal, con fijador y colorante; de alquitrán disuelto en nafta y aceite quemado; tacho y brocha

⁷⁸ Diario “El Argentino”, miércoles 31 de enero de 1962.

⁷⁹ Francisco Marcos Anglada, presidente de la UNLP entre 1953 y 1955 y ministro de Educación de la Nación.

⁸⁰ TORRANO, Marcelo Y ARIGÓS, Isabel. Hacia el abismo: los idus de marzo, las largas elecciones de 1962 y la racionalidad anti popular de “El Día”. Argentina. La Plata. 2013. Libro. Artículo Completo. Congreso. XIII Congreso de Los pueblos de la Provincia de Buenos Aires. Archivo Histórico de la Provincia de Buenos Aires. Pág. 7.

o pincel. Las “leyendas” decían: “Vote y vuelve”; “Por las urnas o por las armas”; “Framini-Anglada, Perón a la Rosada”.

La antesala del golpe

En las semanas previas a las elecciones todavía circulaban con más fuerza los rumores sobre una posible proscripción al partido peronista. Los medios de comunicación se hicieron eco de lo que ocurría en el seno de las FF.AA. y jugaban un papel fundamental camino al 18 de marzo.

“No se dictarán proscripciones”⁸¹

Decía Mariano Vitolo, ministro de Interior, quién aseguró en una entrevista que “el gobierno no va a proscribir a ninguno de los partidos políticos reconocidos por la justicia electoral y cuyas listas hayan sido oficializadas. Entre ellas están las que integran el llamado Frente Justicialista que se presentan en el país con distintos nombres”.

Framini, por su parte, continuó con su campaña y visitó las instalaciones del diario “El Argentino”, donde tuvo una charla con los obreros de la gráfica para ponerse a disposición de cualquier inquietud que tuvieran y prometió que sancionaría leyes en favor del gremio.

⁸¹ Diario “El Argentino”, miércoles 14 de marzo de 1962.

Fronzizi era preso de sus palabras. Trató de convencer a Framini con dinero para que deje su lugar pero no sabía que los votos eran de Perón. Incluso llamó a los periodistas para decirle que el mismo candidato de la Unión Popular le había pedido la proscripción. A pocos días de las elecciones, la incertidumbre era moneda corriente en los titulares de los diarios.

“P.E: Acatará el voto popular. FF.AA: Vetarán al Peronismo”⁸²

Sin embargo, el 18 de marzo de 1962, en la provincia de Buenos Aires, las urnas arrojaron los siguientes resultados:

Unión Popular	1.197.073 votos
Unión Cívica Radical Intransigente	764.297 votos
Unión Cívica Radical del Pueblo	636.126 votos

Andrés Framini fue electo como nuevo gobernador de la provincia de Buenos Aires, en su mensaje de victoria, afirmó: “El Pueblo ha triunfado. Ha derrotado en una batalla histórica la perfidia de los enemigos. Salimos a esta lucha enarbolando nuestras viejas banderas de paz y de justicia. Nuestra victoria es nacional, humanista y cristiana. Me permito alertar sobre la artera maniobra del oficialismo que ha lanzado a la calle grupos de provocación para

⁸² Diario “El Argentino”, sábado 17 de marzo de 1962.

que en nombre del Justicialismo cometa atropellos y desmanes con la intención que atraviesa de empañar el triunfo del Pueblo...”.

Esa misma noche, los altos mandos del Ejército decidieron reunirse ante la inquietud por el gran triunfo que tuvieron los candidatos peronistas. La idea principal era reemplazar el ministerio por un gabinete exclusivamente militar y que los comandantes electorales, que actuaron en la jornada del 18 de marzo, se hicieran cargo de las provincias en las que triunfó el peronismo.

“Intervención a 5 provincias- Alende entregó el gobierno al general Salas Martínez”⁸³

Frondizi estaba completamente debilitado, había apostado a un triunfo para salir fortalecido pero no pudo. En un intento desesperado por conservar su puesto, anuló las elecciones donde había triunfado el peronismo.

Sin embargo, los militares ya sentían el poder en sus manos y pidieron invalidar los comicios, derogación de la Ley de Asociaciones Profesionales y el cierre del Congreso. Frondizi trató de ceder a las demandas con tal de no renunciar pero ya era tarde.

El 29 de marzo de 1962, Arturo Frondizi fue detenido y encarcelado en la Isla Martín García. José María Guido, presidente de la Cámara de Senadores, fue quien lo sucedió en el cargo. El periodo de 1962-1963 tuvo la aten-

⁸³ Diario “El Argentino”, martes 20 de marzo de 1962.

ta mirada de las FF.AA. y como primera medida anularon las elecciones junto a un gobierno netamente de corte liberal.

La Plata

El 30 de abril por la tarde, los camarógrafos de los noticieros, fotógrafos de medios gráficos y periodistas especializados en política fueron llegando para ubicarse frente al palacio gubernamental. Los curiosos que transitaban por allí se detenían a observar lo que sucedía.

Cerca del monumento al general San Martín, una mujer, de cabello enrulado y pollera larga, paseaba con su hijo, quien jugaba con un balero. Ambos prestaron atención al tumulto que se había formado.

—¿Por qué hay tanta gente, mamá?

—No sé... vamos a preguntar.

La madre se acercó a un hombre vestido de camisa blanca y tiradores. En su mano, llevaba una pequeña libreta. El periodista miraba para todos lados y anotaba con una rapidez llamativa.

—Disculpe, señor...

—...—el hombre la miró sin decir nada.

—Perdone que lo interrumpa... ¿Tiene idea de lo que está ocurriendo?

—Si... —guardó su libreta—. Como mañana es primero de mayo, deberían asumir los ganadores de las elecciones... Andrés Framini avisó que iba a cumplir con

lo que dicta la ley y se presentará a tomar el poder de la provincia.

— ¿Usted cree que venga?

—Conociéndolo, creo que sí... habrá que estar atentos a lo que ocurra.

—¡Siiii! —el niño había embocado el balero.

—Gracias y perdón por la molestia.

El hombre movió hacia adelante su cabeza y volvió a sacar su libreta. La mujer alcanzó a leer en letras mayúsculas: “*Temor por el accionar de las FF.AA.*”.

Un ronco zumbar asustó al niño, a tal punto, que se puso detrás de su madre. En el cielo, se podía ver cómo llegaban los aviones de la fuerza aérea. En total eran cinco que daban vueltas alrededor de Casa de Gobierno. Varios de los curiosos optaron por irse corriendo del lugar, al ver que volaban cada vez más cerca de los techos de las casas. La mujer alzó a su hijo y se fue.

El ruido era ensordecedor. En la puerta de la gobernación, se podía apreciar un grupo numeroso de policías con armas automáticas y disparadores de gases lacrimógenos. El regimiento motorizado también se hacía presente.

—¡Vamos que no hay nada que ver acá! —gritó un soldado desde un camión del Ejército. El mismo bajó frente al portón de acceso.

A las 18 h, las personas optaron por alejarse. Los periodistas y fotógrafos no se movieron de sus lugares.

Cacho, un anciano de boina y manos temblorosas, cruzó la plaza para ir a “El Parlamento”. En el bar, lo esperaba Luis para jugar una partida de dominó. Ambos es-

taban sentados contra un ventanal que iluminaba el lugar. De fondo, se oía un tango de Carlos Gardel.

—Mañana me parece que va a haber lindo quilombo... Mirá como van llegando los milicos —Cacho señaló a un grupo de oficiales que comenzó a cercar la zona.

—Espero que este Framini no venga a asumir... Lindo lio va a haber... Ya le pedí al mozo.

—Los militares gritaban y los periodistas todavía se quedaron... Qué ganas de que los caguen a tiros, dios mío. Mañana es primero de mayo y también laburan.

Un joven de camisa negra con delantal bordo se acercó a la mesa con una cerveza y una cazuela de maníes. El empleado apoyó dos vasos y sacó el destapador de su bolsillo.

—Gracias, pibe —dijo Luis mientras tomó un puñado de maní—. Recién dijeron que a las 20.30 h llega Framini a la CGT de calle 47.

—Y, bueno, Luisito... hay que cumplir con el mandato. El tipo ganó en buena ley las elecciones, ahora tiene que asumir —Cacho hizo su jugada y bebió un sorbo de cerveza—. Tu turno.

—Espero que no vengan los peronistas mañana... Cada vez son más —Luis vio por el ventanal cómo llegaba la Caballería a Casa de Gobierno.

Una explosión llamó la atención de los presentes en el bar. Una cortina de humo blanco cubrió la plaza pero se podía ver cómo corría la gente y a un policía que gritaba eufórico sacudiendo su arma.

El empleado cerró rápidamente la puerta de “El Parlamento” para que no entre nadie. Algunos buscaban refugio en las escaleras del pasaje Dardo Rocha mientras otros se fueron del lugar. Los periodistas dejaron sus puestos hasta que se calmaron las aguas.

—¡Framini y la puta que te pario! —gritó una persona con acento español detrás de un gran mostrador de roble.

El gallego bebió un vaso de agua para calmar los nervios. Los clientes permanecieron callados unos minutos. Cacho y Luis siguieron jugando al dominó. Mientras tanto, en el local de la CGT, recibían a Andrés Framini.

Una simple visita

—¡Framini, Anglada, Perón a la rosada...! —gritaban los obreros con alegría al gobernador electo.

El Negro, acompañado por Juan Michelini⁸⁴, saludó uno por uno a los obreros y dirigentes que más tarde lo acompañaron a cenar a Punta Lara. Los “compañeros” fueron hasta Ensenada en micro cantando la marcha peronista.

El encuentro tuvo lugar en el restaurant “Los Pingüinos”. Los comensales estaban sentados en una larga mesa de madera por lo que Framini pasaba completamente desapercibido, era una persona más.

⁸⁴ Abogado de la CGT Regional.

Un hombre pelado y de rostro curtido, se le acercó ni bien terminó de comer. El Negro lo miró y luego sonrió.

—¿Disfrutó la cena, compañero?

—Sí, Don Andrés... hacía rato no comía un locro tan rico —el hombre hizo una larga pausa—. ¿Realmente piensa ir mañana a Gobernación?

—Por el General y por toda la gente que me acompañó, tengo que hacerlo...

—Es al pedo. Los milicos lo están esperando.

—Que me esperen... Yo mañana voy a estar ahí como estuve en el 17 de octubre o en el '55. Mire, a mí no me interesaba ser gobernador ni nada de eso, a mí me gusta esto... Hablar con usted y los compañeros, luchar pero desde abajo... Fui como candidato sólo porque me lo pidió el General.

—Convóquenos mañana, Don Andrés. Le hacemos el aguante.

—Le pido, por favor, que no se les ocurra ir ni a usted ni a ninguno de los que está acá... No quiero que salgan a hablar que los peronistas fuimos a hacer quilombo. Están esperando eso —el Negro se paró de su asiento y palmeó a Michelini—. Compañero, ha sido un gusto hablar con usted.

Framini le dio un abrazo al hombre. Al momento de irse, recibió un aplauso de todos los presentes mientras que, un periodista que estaba con la delegación, intentó entrevistarlo pero no quiso contestar. El Negro continuó caminando pero ante la insistencia frenó su marcha.

—¡Por favor, he venido como simple visita! No quiero hacer ninguna declaración. Usted comprenderá... Lo que yo pudiera decirle hoy podría ser mal interpretado y luego se esgrimiría como signo de provocación o de intenciones ajenas a nuestra prédica de pacificación. ¡Le ruego que me disculpe! —contestó y se subió a un Peugeot 404 color claro.

El auto arrancó para la casa de Michelini, con domicilio en 36 N°378, donde Framini pasó la noche.

A Casa de Gobierno

Andrés estaba impaciente por el día que le esperaba. Para esa mañana, decidió ponerse un traje negro y zapatos lustrados. Mientras tanto, en el living, Michelini tomaba el café con la radio de fondo, aunque el volumen estaba muy bajo y apenas se podía escuchar la música. El lugar estaba pobremente iluminado.

—Mientras te bañabas llamó Solano Lima, parece que Casa de Gobierno está repleta de milicos.

—Sí... me lo imaginaba. Ayer uno de los muchachos me preguntó si podía ir pero le dije que no. Puede pasar cualquier cosa este día.

—Menos que asuma...

El timbre sonó tan fuerte que ambos se sobresaltaron. En la puerta estaba Marcos Anglada junto a los doctores Manuel Uriza, Aristóbulo Barrionuevo y el escribano Norberto Napp. Minutos más tarde, arribó al domicilio el resto del núcleo peronista. El mismo estaba integrado por:

Vandor, Miguel Guzzera, Rosendo García, Lorenzo Pepe, Antonio Cafiero, Amado Olmos, entre otros.

—Que pilcha, Señorrrr gobernador...

—¡Ja ja! Tenemos que asumir al poder, Lobo —el negro estrechó su mano.

La bocina de un Peugeot que estaba enfrente de la casa comenzó a sonar. Era el auto de Solano Lima que esperaba por Framini y Anglada para ir a gobernación. El resto de los dirigentes comenzaron a subirse a dos móviles de color negro.

—No lleguemos todos juntos... Nosotros vamos por el frente y ustedes por la puerta de atrás —le dijo Framini a Vandor—. Andá subiendo, Marcos que aquel me va a taladrar la cabeza con ese ruido.

—Tené cuidado, Negro... Estos milicos son capaces de cualquier cosa con tal de ir contra los peronistas. Nos vemos allá —Vandor se subió a un coche.

Framini hizo lo mismo y arrancaron para gobernación. El negro sacó su atado de cigarrillos y encendió uno.

—¿Alguno quiere?

—No, Negro... Abríme la ventanilla lo único que te pido, me estas dejando una baranda terrible.

En Casa de Gobierno, los vecinos de la ciudad podían observar la misma postal que el día anterior. Periodistas, policías, soldados, camiones del Ejército y ahora se le sumaba la caballería y los carros de asalto para custodiar las cuatro esquinas del palacio. Cada vez que se abría el portón del frente, los medios se abalanzaban en búsqueda de una declaración o la mejor foto para poner en su diario.

La mayoría de las calles céntricas estaban cortadas por vallas. Los platenses que pasaban cerca de gobernación trataban de caminar rápido al ver tanta custodia policial. Los bares cercanos al lugar, atendían con las persianas semibajas por el temor de que ocurriera algo.

Solano Lima manejó hasta el Pasaje Dardo Rocha, donde estacionó el vehículo. Framini tiró la colilla del cigarro y la apagó con un pisotón. Luego se miró al espejo retrovisor para acomodar su peinado.

—Dale, Negro... Caminemos rápido —dijo Solano Lima.

Comenzaron a caminar y pudieron divisar una barrera de policías que estaba sobre calle 50.

—¡Ahí está Framini! —gritó un hombre con una cámara de fotos.

Los periodistas cruzaron la plaza corriendo para entrevistar al gobernador electo. Los uniformados vieron lo que pasaba y no se movieron de su lugar. Un guardia, de bigote y cejas gruesas, comenzó a insultarlo al igual que el resto de sus compañeros.

“¡Mejor ándate, hijo de puta!”, “¡Buchón de Perón!” o “¡¿Por qué no viniste con el tirano si sos tan vivo?!”. Eran algunos de los insultos que se podían escuchar.

Framini y sus compañeros, lejos de asustarse, continuaron caminando con mucha dificultad por culpa de los periodistas.

—Cuidado, no me pisen que esta mañana me he lustrado los zapatos —dijo con sorna—. Esperen a que entre y después hablamos.

Mientras tanto, en 53 y 5, el resto de los dirigentes que acompañaron a Framini eran amenazados por la caballería y los oficiales que portaban armas automáticas. A pesar del nerviosismo que tenían no abandonaron la esqui-na.

—¡Rajen de acá que se pudre! —gritó un oficial subido a un caballo que no dejaba de levantar sus patas delanteras.

—Sólo queremos ingresar con el gobernador electo —dijo el escribano Napp levantando las manos.

—¡Avídense, giles! Acá no entra nadie... —dijo un policía enseñando su pistola.

“Disculpe, señor gobernador...”

Framini, Anglada y Solano Lima, entre medio de los periodistas, continuaron caminando hacia la puerta principal del palacio gubernamental. La barricada formada por uniformados seguía sin moverse del lugar. El Negro trató de pasar pero fue sacado a los empujones e insultado.

—¡Venimos a cumplir con la voluntad del pueblo! —apenas podía moverse entre tantas gorras azules.

—¡Raja de acá, hijo de puta! —gritó uno de voz ronca.

Anglada y Solano Lima intentaron seguir el paso de Framini pero era inútil, los policías tenían la orden de que nadie ingresara al palacio. Para no generar tensión, decidieron tratar de entrar por la puerta de atrás donde se encontraba el resto de los dirigentes. A pesar de que se aleja-

ron de la barricada, los insultos y las amenazas continuaron.

—Andrés, es mejor irnos... Puede terminar en cualquier cosa esto. Están armados hasta los dientes los milicos estos —dijo Anglada.

—Venimos a cumplir con la ley, si no podemos pasar labramos un acta para dejar constancia...

—No nos van a dejar salir de acá —Solano Lima sacó un pañuelo de su bolsillo y lo pasó por su frente.

El Negro no escuchaba nada de lo que decían. Lo único que detuvo su marcha fue un disparo que provenía de la plaza.

—Parece que nos quieren asustar...

Framini vio que en la otra esquina los caballos se abalanzaban contra Vandor, Napp y el resto de sus compañeros. Cuando la situación parecía calmarse, un hombre gordo, a quién el traje azul le quedaba ajustado, lanzó una bomba de gas lacrimógeno. El núcleo peronista sólo pudo retroceder cubriéndose la cara ante la nube blanca que se esparcía por el lugar. El olor era como el de un metal caliente con polvo de mampostería.

—Mirá lo que hacen... —el Negro se sacó los lentes—. Tenemos que entrar igual, Marcos.

—Váyanse de acá y se termina todo... —le contestó un policía que amagó a darle un palazo.

—¡Hijos de puta! No están haciendo nada... Tenés una batata bárbara.

El uniformado trató de golpearlo pero lo frenaron dos oficiales. Framini estaba rojo de bronca por lo que

estaba viendo. Anglada trató de sacarlo pero se resistió hasta que lo soltó.

—Pegaron la vuelta y están viniendo para acá, Andrés... Quedate tranquilo —Solano Lima lo tomó de los hombros.

Framini acomodó su traje y encendió un cigarrillo. Como si no hubiese ocurrido nada, volvió a caminar entre los policías y un camión hidrante. Esta vez no hubo insultos ni forcejeos. Anglada y Solano Lima lo siguieron hasta llegar a la puerta principal.

Mientras subía las escaleras, los periodistas salieron corriendo a la búsqueda de la mejor foto pero los policías les cerraron el paso.

El negro vio lo que ocurría a sus espaldas pero no se detuvo hasta que, de Casa de Gobierno, salió el subcomisario Luis Maldonado Borja junto a Francisco Pérez⁸⁵ y Edmundo Girargengo⁸⁶. Borja miró a Framini y le estrechó la mano.

—Usted sabe que no puede estar acá.

—Sólo venimos a labrar un acta en la guardia de la Casa de Gobierno —lo miraba a los ojos—. No pretendo hacer posesión del poder, el cual me corresponde por voluntad popular.

—No puede pasar... Además, está prohibido todo acto público.

⁸⁵ Segundo oficial de la Unidad Regional de Policía.

⁸⁶ Comisario de la Casa de Gobierno.

—Sólo quiero entrar... —trató de pasar por la puerta cuando Pérez le puso la mano en el pecho.

—Disculpe, **señor Gobernador**, no puede pasar...

Se quedó quieto y esbozó una leve sonrisa. El policía, sin darse cuenta, lo reconoció como gobernador de la provincia de Buenos Aires. Esas palabras parecieron haberlo tranquilizado.

—Vámonos de acá, compañeros... No tenemos nada más que hacer.

Antes de irse, Framini se detuvo para hablar con los reporteros que lo siguieron durante toda la mañana.

—¿Qué fue lo que habló con el oficial?

—Miren... nos hemos presentado en la Casa de Gobierno para documentar en actas, con testigos, que no se nos entregaba el poder, de acuerdo con nuestra condición de gobernantes electos.

—¿Piensa a ir al plenario de la CGT? —preguntó una persona trajeada de baja estatura.

—Sí, concurriré adonde se lleve a cabo ya que tengo entendido que la sucursal de calle 47 se encuentra clausurada por la policía... He sido invitado especialmente y, además, leeré allí un mensaje dirigido al pueblo de la provincia.

—¿Qué piensa del gran despliegue de la policía y parte del Ejército? —logró asomar la cabeza de la montonera uno de rostro curtido.

—Nosotros —agregó— somos gente de paz y sólo exigimos con vehemencia la plena vigencia de la Ley y de la Constitución.

Lentamente, la tranquilidad fue reinando. Mientras iban volviendo en los autos en los que llegaron, Framini se acercó a Napp.

—Doctor, tenemos que dejar sentado que no nos dejaron asumir al poder.

—Necesitamos ir a una escribanía para poder llevarlo a cabo... No sé cuál, no creo que ninguno se la quiera jugar. Vos viste lo que pasó recién.

—Ahora lo charlamos —el Negro le dio una palmada en la espalda—. Ahora volvemos para lo de Michelin, hay asado criollo con los compañeros.

El almuerzo

A las 14 h, el núcleo peronista que había ido a La Plata estaba terminando de comer. En el patio de la casa, había una larga mesa donde se hablaba sólo de política y de los pasos a seguir tras el fallido intento en Casa de Gobierno. Framini era el más callado, a su lado tenía a Napp y a Marcos Anglada.

—Mirá, Negro, podemos ir a la escribanía de Wenceslao Redolatti. Lo conozco hace muchos años y es peronista, de los nuestros... No va a tener ningún problema.

—¿Te parece, Marcos? —bebió un trago de vino y encendió un cigarro—. Tenemos que tener cuidado, los milicos son capaces de cualquier cosa...

—Ahora me comunico con Wenceslao... Me va a decir que sí. Lo conozco.

Anglada dejó la mesa y entró a la casa. En el patio se podía apreciar que cada vez había más gente. Algunos iban cerca de la parrilla a comer los últimos pedazos de carne, unos optaban por un vaso de vino y charlas con los compañeros y otros eran reporteros que aprovecharon para hacer entrevistas a los principales dirigentes.

Un hombre, de traje marrón y pelo engominado, se acercó a Framini con un micrófono. El dirigente, al ver que venía, le hizo un lugar para que pueda sentarse en un banco.

—Para Radio Colonia... ¿Queremos saber dónde y a qué hora se llevará a cabo el plenario de la CGT dado que la sucursal de La Plata continúa clausurada?

—Miré... —el Negro se cruzó de brazos y se acercó al micrófono— seguramente se lleve a cabo en la Escribanía Redolatti de calle 47 entre 12 y 13... Ahí están convocados todos los compañeros. Falta la confirmación, pero confío plenamente en Marcos Anglada.

—¿Cuál es el anuncio que tiene para los habitantes de la provincia?

—Quiero leer un acta para dejar constancia de lo sucedido está mañana en Casa de Gobierno...

—Gracias, Don Andrés —el periodista apagó el micrófono—. Somos la única radio que pasa las noticias relacionadas al partido.

—Lo sé, por eso accedí a este pequeño reportaje... Gracias.

El periodista se alejó y fue a hablar con otro dirigente peronista. El negro disfrutó del cigarro hasta que An-

glada volvió para confirmarle que Redolatti había aceptado poner su escribanía.

—Compañeros... —Framini se paró en su banco y comenzó a aplaudir para llamar la atención— el plenario lo llevaremos a cabo en la escribanía de Wenceslao Redolatti... den aviso al resto así pueden oír lo que tengo para decirles.

Los presentes comenzaron a aplaudir y a brindar. Se notaba que, a pesar de no haber asumido al poder, los peronistas tenían motivo para celebrar. A la mayoría se los veía contentos.

—Perón, Perón que grande sos... —comenzó a gritar un hombre delgado, de cejas gruesas y peinado con gomina.

Los presentes continuaron con los cánticos hasta que comenzaron a organizarse para ir a la escribanía. La calle que daba a la casa de Michelin estaba colapsada de autos con dirigentes peronistas. Framini fue uno de los primeros en irse del asado con Anglada, Solano Lima y Norberto Napp.

Escribanía Redolatti

A la tarde, llegaron a la casa de calle 47 donde los esperaba Wenceslao Redolatti junto a su hijo Miguel de diez años. Ambos estaban vestidos con camisa y corbata y miraban con asombro a los dos helicópteros que vigilaban la casa.

—Así fue todo el día... —Framini se quitó los lentes y observó cómo lo controlaban—. Encantado de conocerlo y desde ya, muchas gracias por la ayuda que nos está dando.

—Por nada. Soy peronista y creo en lo que están llevando adelante —el escribano le estrechó su mano.

Anglada, por su parte, le dio un fuerte abrazo ya que se conocían hacía tiempo. Todos entraron a una pequeña sala para terminar de pulir pequeños detalles del acta.

Miguel se quedó en la puerta mirando cómo los policías cortaban la calle. Una mujer se acercó al niño y le habló al oído.

—Fíjate si a tu padre lo llevan detenido... voy a tener que avisar que se lo llevaron.

—Sí, mamá —contestó Miguel con voz temblorosa.

“Empezó a llegar toda la gente y fueron todos para el patio del fondo. La casa era un centro de manzana y tenía el pulmón con un patio grande, imagínate que todos los vecinos jugábamos ahí. El escritorio de la oficina lo llevaron para allá.

El rumor corrió por la ciudad y llegó la policía. Yo estaba espionando, desde la casa de un vecino, y pude ver cómo el comisario abrazó a mi papá. Más tarde, me di cuenta que asentía el hecho de la reunión que se estaba llevando a cabo y sólo atinaron a cortar las calles 12 y 13, esto generó que llegue más gente. En la casa ya no entraba nadie más, si

bien era un lote de diez por sesenta estaban todas las piezas ocupadas.”⁸⁷

Los periodistas volvieron a decir presente y Radio Colonia transmitía lo que pasaba a cada segundo. Los helicópteros sobrevolaban el patio de la casa por lo que los peronistas presentes comenzaron a cantar la marcha para silenciar el traqueteo monótono.

*“No sólo estaba la gente de la Unión Popular sino también todos los dirigentes. Me acuerdo que estaban los de extrema derecha y extrema izquierda.”*⁸⁸

El Negro estaba detrás del escritorio junto a Anglada, Redolatti y Napp. Cuando se paró para leer, sus compañeros estallaron de alegría.

*“Andrés Framini no estaba nervioso. Estaba exultante como diciendo ‘llegamos acá y estamos’, era todo festivo.”*⁸⁹

Miguel, ya más tranquilo, espiaba lo que pasaba desde la casa del vecino. Cuando el gobernador electo se terminó de acomodar, empezó a leer el acta.

⁸⁷ En entrevista con Miguel Redolatti, 1 de octubre de 2014.

⁸⁸ Ídem.

⁸⁹ Ídem.

El acta

Framini se quitó las gafas y las apoyó a un costado del documento. En la escribanía sólo se oía el ruido de los helicópteros y algunas cámaras de fotos.

—Compañeros, en vista de lo que nos ha tocado vivir hoy, hemos decidido con Marcos Anglada y con el Dr. Napp, dejar constancia de lo sucedido en Casa de Gobierno...

Los aplausos de todos los dirigentes sindicales y del núcleo peronista interrumpieron la lectura.

—En la ciudad de La Plata, capital de la provincia de Buenos Aires, primero de mayo de mil novecientos sesenta y dos, ante mi Alberto E. Napp, escribano autorizante, compareció don Andrés Framini argentino mayor de edad, casado, vecino de la Capital Federal de tránsito en esta, persona hábil y de mi conocimiento, doy fe, y dijo: “Que habiendo resultado electo gobernador de la provincia de Buenos Aires en virtud de los comicios realizados el dieciocho de marzo del corriente año, en acto eleccionario libre, fiscalizado y garantizado por las fuerzas armadas de la Nación y aprobados por todos los sectores políticos actuantes, sin excepción, viene a esta ciudad a asumir la gobernación de la provincia de Buenos Aires; a tal efecto, siendo las once horas, nos constituimos con el dicente y los testigos del acto que fueron don Vicente Solano Lima, don Fernández Gil, don Augusto Vador y don Francisco Marcos Anglada, a la Casa de Gobierno, sita en la calle seis, entre cincuenta y uno y cincuenta y tres de esta ciu-

dad, hallándola cerrada, por lo tanto nos hicimos presentes en el local de la guardia de dicha casa, calle cincuenta y uno entre las de cinco y seis, siendo recibidos por el comisario inspector que dijo llamarse Francisco Pérez quien nos prohibió la entrada por orden superior. Leída que se le ratificó de contenido, firmado para constancia de ello conjuntamente con los testigos. Doy fe”.⁹⁰

Los peronistas aplaudían y gritaban de felicidad. Los cánticos y bombos no tardaron en escucharse. Framini no dejaba de abrazar a personas que estaban al borde del llanto.

A las 19 h, las personas comenzaron a dejar la escribanía Redolatti. Los que se fueron más tarde, eran aquellos que se reencontraron con algún compañero de militancia y aprovecharon la oportunidad para revivir viejas historias. Los policías habían abandonado sus puestos y por la calle ya transitaba el micro.

Anglada, Napp y Wenceslao hablaban con Framini en el patio de la casa bajo la atenta vigilancia de los helicópteros.

—Yo me voy a casa, quiero ver a mi esposa —se puso su gafas y estrechó mano con cada uno de sus compañeros.

El Negro se subió a un Peugeot color claro de chapa C654.056 y emprendió la vuelta a su casa de Villa Lugano. Al momento de dejar La Plata, vio por el parabrisas cómo un helicóptero todavía lo seguía.

⁹⁰ Diario “El Argentino”, miércoles 2 de mayo de 1962.

—Este se piensa que voy a hacer un gobierno paralelo... —murmuró en tono risueño y encendió un cigarrillo.

Así transcurrió todo el viaje hasta llegar a Zelarrayán 5651. El Negro tocó el timbre y ni bien la puerta se abrió la mujer le dio un fuerte abrazo. Todavía seguían observándolo desde el cielo.

—Ves porqué me siento más tranquila, cuando sé que estás preso que cuando andás libre...

El Negro (II)

Luego de aquel recordado 1° de mayo de 1962, Andrés Framini continuó siendo perseguido por las fuerzas represivas de los gobiernos militares. Durante los años setenta, más precisamente en la vuelta de Perón al país, el negro junto a viejos leales compañeros sindicales dio su apoyo a la Juventud Peronista y Montoneros para luego crear el Partido Peronista Auténtico.

En el '76, logró sobrevivir en la clandestinidad a las dictaduras de Rafael Videla, Roberto Eduardo Viola, Leopoldo Fortunato Galtieri y Reynaldo Benito Bignone.

Tras la vuelta de la democracia, Andrés Framini se dedicó a ser asesor en cuestiones gremiales y se mostró como uno de los principales críticos al neo-liberalismo llevado adelante por Carlos Saúl Menem.

En los años noventa, durante el mandato de Eduardo Duhalde en la provincia de Buenos Aires (1991-1999) se estableció por ley la validez del triunfo de Andrés Framini, reconociendo su condición de ex gobernador.

Como si fuera obra del destino, el negro murió el 9 de mayo de 2001 en la Asociación de Trabajador del Estado (ATE) luego de ver “Perón, sinfonía del sentimiento” de Leonardo Fabio.

1966-1973

Estudiantes en lucha

Por Martín Palma

Estudiantes en lucha

El conflicto en la Facultad de Arquitectura y el surgimiento de la Nueva Izquierda.

Cali tenía resaca. Se había tenido que levantar por insistencia de su madre que había invitado a almorzar a una amiga con su familia y quería que todos estuvieran presentes. Sin dudas que fue todo un esfuerzo para el muchacho. Cuando la visita se retiró, se acostó en el sillón del living.

—Al fin se fueron, se me parte la cabeza — murmuró.

Al minuto ya dormitaba. Mientras tanto, Alberto, su padre, se apuraba para escuchar la radio. Era una Philips de buen tamaño, con detalles en madera. Gimnasia enfrentaba a Argentinos Juniors en Capital Federal y el partido ya había comenzado.

Cuando promediaba el segundo tiempo, el relator dijo con énfasis: “Tremenda patada del full back del Club Gimnasia y Esgrima La Plata... No cabe duda de que merece la expulsión...”.

—¡La puta que lo pario! —gritó Alberto. En ese exabrupto despertó a su hijo.

—¿Qué pasa que puteas tanto? —Se pasó las manos por los ojos y secó la baba que le bajaba por la pera.

—Nos acaban de empatar y ahora nos echaron al full back y todavía faltan diez minutos.

—Ah, era por eso —bostezó—. Es un partido, no pasa nada.

—¿Cómo que no? Nosotros vamos a perder y a este mancarrón ahora se lo llevan preso. Unos días adentro se come seguro.

—¿De qué hablás?

—No sabés que los militares también guardan a los jugadores que son expulsados. Igual que se embrome, no puede ser tan imbécil de dejarnos con diez.

—¿Te parece? —dijo un tanto sorprendido.

—Sí. Y ahora que se cumplen dos años del golpe más todavía. Están atentos a todo. Mano dura, como siempre.

Cali hizo una mueca de aprobación y se quedó pensando.

Los militares a los que se refería Alberto eran los protagonistas de la autodenominada Revolución Argentina, la cual interrumpió el mandato de Arturo Humberto Illia.

Mientras el peronismo se mantenía proscripto, los sindicatos instigaban a la clase obrera a mirar con desprecio al gobierno del líder radical que se caracterizaba por una “política de restauración nacional y de reparación social”⁹¹. Por otra parte los sectores monopolistas

⁹¹ TORRANO, Marcelo y ARIGÓS, Isabel. EL Día y la intervención a las universidades en tiempos de Onganía. Artículo Completo. XII Congreso de Los pueblos de la Provincia de Buenos Aires. La Plata, Archivo Histórico de la Provincia de Buenos Aires, 2011. Pág. 2.

advertían cierto riesgo para sus negociados. Este panorama se conjugó con una campaña de prensa que atacó la imagen del primer mandatario. Todas las noticias referidas a su persona iban acompañadas por una ilustración que lo representaba como un hombre pasivo, inútil o incluso como una tortuga.

Finalmente el 28 de junio de 1966 el teniente coronel Juan Carlos Onganía se declaraba como presidente de facto y gran parte de la sociedad argentina lo apoyaba.

Más tarde, el relator sentenció: “Empate final en un tanto por bando. Pignani a los veintiocho minutos del primer tiempo adelantó al visitante y Ornad puso cifras definitivas a los veintiuno del complemento. Partido discreto”. Alberto apagó la radio y abandonó la sala. Luego regresó y tiró un leño en la estufa. Cali sostuvo la mirada en el fuego, ya no tenía sueño.

Los golpistas de turno habían llegado con la promesa de poner orden, imponer la doctrina occidental y cristiana, combatir el comunismo y restablecer los valores tradicionales. El objetivo de la dictadura era fundamentalmente disciplinar a la sociedad. En tanto en materia económica el plan de corte liberal diseñado por el ministro Adalbert Krieger Vasena repercutió de modo negativo en los sectores más vulnerables de la escala social. Reducción del gasto público, mayores impuestos y libertad de importaciones que competían con la producción local. El resultado: “Una ola de quiebras sin precedentes en las

pequeñas y medianas empresas”⁹². Fue así como se generó un clima de tensión y la aparición de múltiples protestas contra el régimen. Organizaciones gremiales en oposición dieron origen el 28 de marzo de 1968 a la CGT de los argentinos. Por su parte el movimiento estudiantil tenía como antecedente la Noche de los Bastones Largos⁹³ del 29 de julio de 1966, día en el cual el gobierno de facto decretó la ley que ponía fin a la autonomía universitaria.

“La radicalización de los estudiantes contribuyó con una notable incorporación de militantes al crecimiento de un conjunto de fuerzas que, aunque heterogéneas, configuraron un dinámico torrente de confrontación política, social e ideológica denominado posteriormente Nueva Izquierda.”⁹⁴

Cali era uno de ellos. Era alto y desgarbado y lucía un peinado algo similar a los Beatles. Tenía 25 años. Estudiaba arquitectura y pasaba largas horas con su círculo de amigos en la facultad. En las últimas jornadas solía participar en diferentes asambleas.

⁹² CAPARRÓS, Martín y ANGUIA, Eduardo. La Voluntad -1º ed. Buenos Aires, Planeta, 2013. Pág. 208.

⁹³ Tras la intervención, las Universidades Nacionales, catalogadas de focos de infiltración marxista, recayeron en la órbita del ministerio del Interior (ley N° 16.912). La resistencia estudiantil se enfrentó con la policía que ocupó las facultades de la UBA y reprimió a alumnos y docentes. También se llevó a cabo la expulsión de todos los profesores opositores.

⁹⁴ TORTTI, María Cristina. Protesta social y Nueva Izquierda en la Argentina del Gran Acuerdo Nacional. En: Pucciarelli Alfredo (editor), La primacía de la política. Buenos Aires, Eudeba, 1999. Pág. 219.

Después de la intervención de Onganía y la Noche de los Bastones Largos, los profesores y ayudantes se fueron todos de la Universidad. Muchos incluso se fueron del país. Pero la mayoría se iba porque dejaban de pagarles el sueldo, así de simple.⁹⁵

Los profesores de la época de Onganía eran patéticos. Fue desastroso. Yo te podría decir que casi hasta ese momento fui un autodidacta. Eran un espanto, personajes de la derecha de Buenos Aires que recalaban acá de cualquier manera. Todos porteños, más algún platense subido, porque fue una época que le quitó los velos a un montón de cosas, en todo sentido. Quién estaba de cada lado y quién era cada uno como arquitecto, qué hacía, qué no hacía, de qué era capaz, qué le importaba. Fue muy interesante. El intercambio entre nosotros era fundamental así como algunos eventos del Colegio de Arquitectos, del resto mejor olvidarse.⁹⁶

El invierno caliente

“[...] el 68 prosiguió con una marea de protesta intermitente, jalonada con huelgas, asambleas y graves ma-

⁹⁵ En entrevista con Gustavo Azpiazu, 29 de octubre de 2014.

⁹⁶ Testimonio de Emilio Tomás Sessa. En “Testimonios: 50 años de enseñanza en la Facultad de Arquitectura y Urbanismo de la Universidad Nacional de La Plata”. Pág. 304 y 305. Es un libro a cargo del curador Eduardo César Gentile que recorre a través de entrevistas los momentos más importantes de la casa de altos estudios, entre los que se destaca el Onganiato.

*nifestaciones callejeras, que reafirmaron la continuidad de la lucha por la derogación de la Ley Universitaria y en solidaridad con numerosas iniciativas del sindicalismo combativo.*⁹⁷

Ante la mediocridad de algunos de los docentes que nombró el decano Duich, los estudiantes más combativos llamaron a una huelga masiva que terminó dividiendo al estudiantado. Algunos entregaron, otros fueron a un recuperatorio que organizó la facultad en marzo y otros prefirieron perder el año y esperar a que las cosas cambiaran.⁹⁸

El jueves 27 de junio la Federación Universitaria de La Plata (FULP) anunció el paro total de actividades para la jornada siguiente en señal de repudio a la intervención y a la ley universitaria, así como también en apoyo a la protesta nacional de la CGT 'opositora'.

Al mediodía, un grupo de jóvenes se concentró en el patio del rectorado. El titular de la FULP, Guillermo Blanco y otros dirigentes estudiantiles, intercambiaron opiniones a fin de resolver las medidas a tomar.

⁹⁷ BOZZA, Carlos. Espías, disturbios y barricadas: La radicalización estudiantil y los servicios de información. La Plata, 1968 [en línea]. El centenario de los estudios históricos en La Plata, septiembre, octubre y noviembre de 2009. Ciclo de conferencias. Pág. 9.

⁹⁸ En entrevista con Eduardo César Gentile, 29 de octubre de 2014.

Finalmente decidieron solicitar entrevistarse con el vicepresidente de la institución, Roque Gatti⁹⁹, ya que su superior había viajado a Capital Federal.

—Mire, señor, —respiró profundo— ni a usted ni a nosotros nos agradan los paros. Simplemente pedimos un mínimo de consideración con el estudiantado —dijo Blanco.

—Lo único que van a lograr si promueven la no asistencia a clases es perjudicar a aquellos que usted dice defender —replicó Gatti.

—Aquí le hago entrega de nuestro petitorio. Yo como cabeza de grupo voy a pelear por todas estas reivindicaciones que son más que justas.

El documento hacía mención a “la reincorporación de alumnos separados por la aplicación de la ley universitaria, turnos de examen mensuales o dobles, reducción de aranceles y del precio del vale del comedor, eliminación del límite de aplazos fijado para perder la condición de alumno y libertad de reunión y expresión”¹⁰⁰.

—Dele un vistazo a ver qué le parece. Verá que con un poco de voluntad se soluciona todo —dijo y se marchó.

En relación al tema, Guillermo Borda, ministro del Interior de la Nación, dirigió un mensaje por la red de Radiodifusión y los canales de televisión: “El gobierno ha tenido conocimiento de que se preparan algunos desórdenes, y que grupos extremistas han distribuido armas para

⁹⁹ Además de ser el vicepresidente de la Universidad, Gatti era decano de la Facultad de Ciencias Exactas.

¹⁰⁰ Diario “El Día”, viernes 28 de junio de 1968.

desatar la violencia. Deseo hacer público que se han adoptado todas las medidas necesarias para prevenir tales intentos”¹⁰¹.

Lo primero que me acuerdo es cuando nos sacaron de acá. En el año que entré a la Facultad, en el '68, nos sacó la policía montada. Yo cruzando lo que era la cancha de fútbol del Colegio, nos corrían a caballo y me pegaron un sablazo en la espalda que el dolor me duró varios días.¹⁰²

28 de junio de 1968: la agitación social y el segundo aniversario del golpe

La decisión oficial era no permitir las manifestaciones y tal medida se percibió en torno al posicionamiento del personal policial en diferentes puntos de la ciudad. Efectivos de infantería, caballería, comando radioeléctrico, investigaciones y agentes de civil estaban a cargo de preservar el orden. Sin embargo, los protagonistas de la lucha no se iban a quedar quietos.

La marcha anunciada por la intersindical de gremios de La Plata, Berisso y Ensenada se inició con el apoyo del estudiantado que cumplía el paro anunciado por la FULP. En las facultades de Humanidades, Ingeniería, Ciencias

¹⁰¹ Diario “El Día”, viernes 28 de junio de 1968.

¹⁰² Testimonio de Alejandro Argüello. En “Testimonios: 50 años de enseñanza en la Facultad de Arquitectura y Urbanismo de la Universidad Nacional de La Plata”. Pág. 17.

Exactas, Arquitectura, Ciencias Económicas, Museo, Veterinaria, Escuela de Odontología y Escuela Superior de Bellas Artes, la adhesión fue total.

“En varios puntos hubo barricadas durante los incidentes de anoche”¹⁰³

Ya caído el sol la columna de manifestantes avanzaba a paso firme hasta que divisaron a la policía en la esquina de diagonal 74 y 8. “Obreros y estudiantes, unidos adelante”, empezó a entonar un muchacho a la vez que agitaba el brazo. Era Cali y se lo notaba eufórico. Enseguida se unieron sus compañeros.

Algunos jóvenes más revoltosos aprovecharon los materiales de una obra en construcción para improvisar proyectiles. Las explosiones de varias bombas molotov pusieron en alerta a la fuerza y sorprendieron a los propios manifestantes. Cuando el enfrentamiento era casi un hecho, el grupo de protesta se dispersó y evitó así llegar a un punto de combate.

Luego dos comisarios inspectores que circulaban en un Torino negro de la policía de la provincia recibieron el impacto de un objeto contundente. De inmediato actuaron y lograron detener al agresor.

—¡Borrego de mierda! —le dijo mientras su compañero le ponía las esposas.

¹⁰³ Diario “El Día”, sábado 29 de junio de 1968.

—¡Ustedes, buchones! —respondió el muchacho barbado.

El oficial sacó su garrote y le propinó repetidos golpes en la zona intercostal.

—¿Así te gusta, zurdito?

Más tarde la situación se calmó. A última hora se supo que durante la jornada habían sido detenidos tres estudiantes de arquitectura y dos obreros, siendo estos últimos los únicos que permanecían en prisión.

Este acontecer derivó en la clausura de la Facultad de Arquitectura y Urbanismo (FAU) por orden del decano Dusan Duich hasta que se “restablezcan las condiciones imprescindibles para el normal desenvolvimiento de la labor académica”¹⁰⁴.

Desde el 17 de junio, el alumnado concurría a clase pero las mismas terminaban siendo asambleas en las cuales se discutían y elaboraban demandas hacia las autoridades universitarias. Los reclamos más repetidos tenían que ver con la eliminación de la policía interna y la libertad de expresión.

En alusión a los dichos del ministro del Interior Borda y a raíz de la clausura, la FULP se manifestó por medio de un comunicado: “Además de falsas y arbitrarias, tiende con ellas a crear pánico y animosidad de la opinión pública contra los estudiantes y obreros que luchan por una Universidad abierta al pueblo, por todas las justas reivin-

¹⁰⁴ Diario “El Día”, martes 2 de julio de 1968.

dicaciones sociales y que se oponen a la política de la dictadura”.¹⁰⁵

La semana siguiente, ya entrado julio, los alumnos de arquitectura realizaron una reunión y procedieron a la ocupación simbólica de las dependencias de la facultad. De modo pacífico solicitaron la presencia del rector, arquitecto Joaquín Rodríguez Saumell, ausente en la jornada, para levantar la clausura. Fue así como el asesor legal de la Universidad Nacional de La Plata (UNLP), Dr. Emir Reitano, radicó en el Juzgado Federal N° 1 de la ciudad, una denuncia por la ocupación en la cual solicitaba desalojar el edificio y de ser necesario con la participación de la fuerza pública. Posteriormente los estudiantes abandonaron por sus propios medios la ‘toma’.

Ese mismo día se llevó a cabo en la Facultad de Ciencias Exactas una reunión de la FULP. En principio el titular de la casa de altos estudios, Gatti, dio orden de desocupar el aula donde se llevaba a cabo la misma por no haber sido tramitado el permiso, aunque más tarde cedió ante la insistencia de los delegados. En el encuentro se decidió que el martes y miércoles se llevarían a cabo asambleas informativas en todas las facultades y el jueves una concentración frente al rectorado exigiendo la inmediata reapertura de la Facultad de Arquitectura.

¹⁰⁵ Diario “El Día”, sábado 29 de junio de 1968

La fase más aguda

“Fue en las universidades precisamente donde el fenómeno contestatario hizo su aparición.”¹⁰⁶ Jóvenes que se oponían a la sociedad de consumo, iniciaron en la década del sesenta una corriente en Estados Unidos que buscaba obtener el permiso para hacer política dentro de los campus. Esto derivó en el movimiento hippie que rechazaba los valores del establishment. “Barbados, con el pelo largo, con vestimentas chillonas y adornos extravagantes, jóvenes de ambos sexos comenzaron a practicar, en principio, una vida de trabajo artesanal, de desprecio del dinero y de anudamiento de relaciones sexuales libres.”¹⁰⁷

Esta iniciativa tuvo su continuación en el denominado Mayo Francés de 1968, a cargo de sectores politizados de la juventud de izquierda que ponían en crisis el sistema capitalista además de oponerse al autoritarismo reinante en el ámbito político a cargo del gobierno de Charles De Gaulle como así también en el familiar y académico. La autonomía de las universidades fue intervenida tras los reclamos, ocasionando huelgas por parte del estudiantado y los docentes. La represión policial se tornó moneda corriente. El sector obrero se unió a la causa y se produjo el

¹⁰⁶ SATAS, Hugo Raúl. Ayer y hoy: historia del siglo XX. Buenos Aires, Editorial Almagesto, 1996. Pág. 118.

¹⁰⁷ SATAS, Hugo Raúl. Ayer y hoy: historia del siglo XX. Buenos Aires, Editorial Almagesto, 1996. Pág. 119.

paro general más importante en la historia del país que involucró a nueve millones de personas.

Sabíamos que eso pasaba ('Mayo Francés'). Leíamos mucho, pero también vivíamos nuestra propia historia. Sabíamos todo lo que estaba pasando, pero no era una imitación de eso. Naturalmente nosotros teníamos nuestra propia historia, nuestra propia dictadura. Queríamos luchar contra eso, con lo que podíamos.¹⁰⁸

Mientras la facultad permanecía clausurada sólo se efectuaban tareas administrativas. El jueves 4 se realizó la marcha hacia el rectorado. La entrevista que tuvieron los delegados estudiantiles con el presidente de la UNLP Rodríguez Saumell por el lapso de una hora fue preparando un clima de hostilidad. Cada novedad era comunicada por algunos de los responsables del alumnado al grueso de los manifestantes que aguardaba fuera del despacho por las resoluciones finales.

Rodríguez Saumell siempre tuvo una relación distante con la gente, era una persona muy poco querible, bastante fácil de odiar.¹⁰⁹

¹⁰⁸ Testimonio de Alberto Sbarra. En "Testimonios: 50 años de enseñanza en la Facultad de Arquitectura y Urbanismo de la Universidad Nacional de La Plata". Pág. 274.

¹⁰⁹ Testimonio de Gustavo Azpiazu. En "Testimonios: 50 años de enseñanza en la Facultad de Arquitectura y Urbanismo de la Universidad Nacional de La Plata". Pág. 23 y 24.

Los gritos y el enojo fueron en aumento. La reunión concluyó por la tarde sin avances respecto al petitorio y la decisión de los estudiantes fue la toma del edificio. Fue así como clausuraron los accesos y trabaron, con todo tipo de muebles, las puertas de las distintas dependencias.

El rector aún en su despacho anotició por teléfono al juez federal de turno, Dr. Luis C. Guerello, el cual ordenó el inminente desalojo. Para entonces, los estudiantes, alrededor de cuatrocientos, se ubicaban en las inmediaciones de la presidencia, el techo y vigilaban las ventanas de la planta baja y otros accesos.

Algunos oficiales y civiles de la fuerza irrumpieron en el edificio por calle 48 y accedieron a un aula. Sin embargo, no pudieron adentrarse en los pasillos porque fueron alejados con una pedrada. Los policías respondieron con bombas de gases lacrimógenas, mientras que los estudiantes lanzaron bombas de alquitrán y molotov, una de las cuales golpeó sobre la pierna derecha del comisario y le prendió fuego el pantalón que fue rápidamente apagado.

Mientras tanto, en la calle se registraban acontecimientos similares. El tránsito ya había sido cortado. Jóvenes con conocimiento de causa tiraban proyectiles y cantaban en repudio a los efectivos armados.

—¡Milicos, cobardes, la concha de su madre! — gritó un pelilargo que tenía una cruz rapada sobre la nuca.

Esa excentricidad era el resultado del accionar de los militares sobre los jóvenes reticentes al régimen. También era común que a las muchachas que usaban minifaldas les pintaran las piernas de color negro.

Bajo este panorama, Rodríguez Saumell recibió un llamado telefónico.

—Hola, señor. Soy Blanco, el presidente de la federación.

—¡Caradura! ¿Para qué me llama?

—Quiero que sepa que los estudiantes se aprestan a desalojar la toma.

—Qué situación han creado... Son lamentables

—Lo hacen por voluntad propia y dejarán que se los identifique. Sólo le pido que dé aviso a la policía de retirarse y aguardar afuera.

—No puedo hacer nada.

—Usted sí que puede...

—No. Ya tuve una comunicación con el juez federal a cargo. Quise evitar que se hiciera uso de la fuerza y me dijo que es imposible porque es un delito de acción pública y la denuncia ya fue presentada.

En ese instante una bomba de gas disparada por un agente estalló en la planta baja y se expandió velozmente. Ciento cincuenta estudiantes, el rector y algunos periodistas aún permanecían en ese sector.

El profesor David Oteiza, decano de Humanidades y secretario técnico, se paró ante los efectivos con ánimo de calmar la situación

—¡Deténganse! —tenía las piernas abiertas y los brazos extendidos—. Busquemos una salida a todo esto.

Los uniformados cesaron su ofensiva. La escena mostraba vidrios rotos y muebles desparramados por todos lados además de una cortina de humo espeso.

—¿Por qué no hablan y toman una decisión conjunta? —se quejó—. Evitemos un mal mayor.

La iniciativa tuvo aprobación de ambas partes. Las conversaciones determinaron el desalojo del edificio.

A medida que salían, en grupos de diez y con las manos en alto, la policía fue tomando control de todas las dependencias, salvo de la Facultad de Humanidades que seguía bajo un fuerte control estudiantil. Entre ellos estaba Cali.

Los jóvenes marchaban por calle 48 y eran obligados a subir a los colectivos de la policía.

—¿Pero por qué nos meten acá? —se lo quiso sacar de encima— ¡¿Adónde nos llevan, cagones?!

—Vos vas a terminar en el calabozo —le dijo el oficial mientras le apretaba el cuello.

Violando lo pactado, los detenidos fueron trasladados a las Comisarias Primera y Novena de la ciudad. Más tarde un grupo de efectivos se dirigió por medio de un pasillo a Humanidades. Detrás de una pila enorme de mesas y sillas estaban los estudiantes más duros.

—Entréguense de una vez. No tomaremos medidas extremas —les dijo el comisario.

—¿Qué garantías nos dan de que eso suceda? —reclamó una muchacha.

—No vamos a reprimir. Sólo tomaremos su identificación.

Los ocupantes no respondieron.

—Tienen tres minutos para desalojar el edificio. De lo contrario avanzaremos sobre ustedes.

—Está bien. Pero nada de detenciones.

—Adelante.

—Saldremos por calle 6.

En ese instante Cali tuvo la idea de nombrar dos aulas: Che Guevara y Santiago Pampillón¹¹⁰. El muchacho tenía por costumbre un modo de protesta pacífica, no era de aquellos que se aventuraban en métodos violentos o de choque directo. Improvisó los carteles y los colocó por encima de las puertas de ingreso. Era más bien recurrente y original. Previo al desalojo escribió en uno de los pizarrones: “*Policía\$, estas son sus armas; la palabra es la nuestra*”. El resto de sus compañeros dejó mensajes en referencia al salario de la fuerza y a la unión que existía entre el estudiantado y el sector obrero.

A los pocos minutos, el grueso de los efectivos se había posicionado a la espera del abandono. Los jóvenes dudaban, hasta que se decidieron y comenzaron a salir en grupos de a cinco. Sin embargo, cuando advirtieron que a los primeros se los llevaban en los ómnibus de la fuerza, se replegaron.

El comisario tomó el megáfono.

—Tienen un minuto para salir. Están rodeados.

Finalmente accedieron. En las inmediaciones, algunos compañeros los aplaudían a medida que eran traslada-

¹¹⁰ Fue un obrero y militante estudiantil argentino de la Unión Cívica Radical. Fundó la agrupación Franja Morada en la Universidad Nacional de Córdoba. Fue baleado por un policía en Córdoba. Falleció el 12 de septiembre de 1966.

dos, hasta que los agentes de caballería se encargaron de disiparlos.

—¡Aaarreee! —gritó el oficial en la monta de un tordillo.

El pingo se abalanzó sobre la muchachada y pisó a un joven al que le ocasionó la quebradura de algunos huesos del pie.

El incidente dejó como saldo final más de cuatrocientos alumnos detenidos.

Lo más sorprendente aconteció cuando ya reinaba la tranquilidad en el recinto. Los agentes policiales invitaron a los curiosos a ingresar al edificio y ver la situación en que se encontraba. Según los estudiantes se provocaron daños adrede para impresionar al público. Se destacaban dos máquinas de escribir destruidas que aparecieron tiradas en el hall de entrada, faltante de puertas en varias dependencias y la exhibición de cadenas y rebenques como armas de los jóvenes.

Por la noche, se reanudó el clima de tensión. Policías a bordo de un Jeep fueron el blanco de piedras arrojadas por alumnos. Uno de los efectivos se bajó y efectuó varios disparos de armas de fuego y no precisamente al aire.

En calle 47 entre 1 y 115 funcionaba el local del Centro de Estudiantes de Ingeniería. Allí se organizó una colecta de alimentos para los detenidos. Mientras tanto, un grupo de abogados que trabajaba en el tema fue anoticiado por el juez a cargo que los menores y una muchacha descompuesta ya habían sido liberados.

El '68 lo perdí íntegramente, porque estuve entre los 400 alumnos que habíamos tomado la Universidad, me echaron de la Facultad y luego me reincorporaron.¹¹¹

El día después

La Federación Universitaria platense se dirigió a la opinión pública para informar sobre lo ocurrido previendo una posible tergiversación de los informes por parte de las autoridades universitarias y de los medios audiovisuales bajo las órdenes del CONART¹¹², entidad que utilizaba el gobierno para cercenar el derecho de información.

“La FULP reafirma que continuará sus luchas hasta lograr una universidad abierta al servicio del pueblo y la instauración de un gobierno popular y democrático. [...] Invita también a los demás sectores afectados por la política de la dictadura a solidarizarse con nuestro movimiento.”¹¹³

En la madrugada del viernes el resto de los alumnos detenidos fue liberado. “La policía de la provincia de Buenos Aires informa que a raíz de los hechos registrados en la Universidad Nacional de La Plata, por orden del señor juez federal doctor Luis C. Guerello, debió desalojar a

¹¹¹ Testimonio de Isabel López. En “Testimonios: 50 años de enseñanza en la Facultad de Arquitectura y Urbanismo de la Universidad Nacional de La Plata”. Pág. 201.

¹¹² Consejo Nacional de Radio y Televisión (CONART), instituido por el Decreto-Ley N° 15.460 (de Radiodifusión) sancionado en 1957 durante el gobierno del presidente de facto Aramburu.

¹¹³ Diario “El Día”, viernes 5 de julio de 1968.

estudiantes que la habían ocupado, fueron detenidos cuatrocientos veinticinco de estos y puestos a disposición de dicho magistrado, recuperando su libertad a las tres.”¹¹⁴ Del total, ciento setenta eran de arquitectura.

La Universidad fue clausurada por orden del rector hasta el día 15 al igual que los centros de estudiantes que funcionaban allí. Por su parte, los alumnos envueltos en la toma fueron suspendidos por la autoridad máxima “hasta tanto justifiquen la razón de su presencia en el lugar de los hechos”¹¹⁵. Rodríguez Saumell denunció que las facultades de Derecho y Humanidades habían sido devastadas. Además, se quejó porque la bandera de la institución fue tirada en la calle y en el aula magna de Derecho fue colocada la bandera roja con la hoz y el martillo.

La mesa directiva de la FUA (Federación Universitaria Argentina) se opuso contundentemente a la decisión y calificó el accionar policial como una nueva maniobra de la intervención. Y denunció que todo ello se dio “con el fin de impedir el desarrollo de las luchas en defensa de las reivindicaciones estudiantiles y populares”¹¹⁶.

Durante la jornada, la fuerza policial desplegó un gran operativo. Infantería, fuerzas de caballería, camiones de asalto con personal de secciones lanza gases y perros. Todos dispuestos alrededor del rectorado y en el centro platense. Un grupo de estudiantes salió a las calles y entre cantos de vivas a la FULP y en contra de las autoridades

¹¹⁴ Diario “El Día”, sábado 6 de julio de 1968.

¹¹⁵ Ídem.

¹¹⁶ Ídem.

repartían volantes con consignas de la lucha que llevaban a cabo. El hecho relámpago fue reprimido y dejó como saldo dos estudiantes detenidos después de recibir varios fustazos.

Por entonces, el presidente de la Universidad contaba con el apoyo de los decanos, un alto porcentaje de docentes y el resto de las autoridades universitarias nacionales. La FULP denunció que el rectorado manejaba las sanciones impuestas como una “maniobra a fin de confundir y dividir al alumnado y expulsando a un crecido número para intimidar al movimiento”¹¹⁷.

Del 16 al 20 de julio se produjo con alto acatamiento el paro dictado por la federación que “decidió que ninguno de los suspendidos se presente a justificar la presencia dentro de la Universidad el 4 de julio como pidió el rector, porque iniciaría acciones judiciales para permitir su ingreso”¹¹⁸. Previo al inicio de las vacaciones de invierno, dirigió una carta abierta a los profesores de la UNLP en busca de su apoyo, pero no hubo respuesta.

Ese año recuerdo que se perdió casi todo el año. El '68 fue un año difícil. Me acuerdo que desde el golpe los profesores estaban todos puestos sin haber concursado ni nada. Había un ayudante de apellido Adorno... sí,

¹¹⁷ Diario “El Día”, martes 16 de julio de 1968.

¹¹⁸ CASTILLO, Christian y RAIMUNDO, Marcelo. El 69 platense: luchas obreras, conflictos estudiantiles y militancia de izquierda en La Plata, Berisso y Ensenada durante la Revolución Argentina – 1era ed. Buenos Aires, Estudios Sociológicos Editora, 2012. Pág. 138.

Adorno era... que los estudiantes decían que no servía ni para ayudante, ja.¹¹⁹

En todos lados

Después de los incidentes en el aniversario del golpe y de la detención en la toma del rectorado, Cali pensó en despejar su cabeza. Hacía ya unos meses que conocía a Marisa, pero los últimos sucesos los habían mantenido un tanto distanciados. Ella también estudiaba arquitectura, pero a diferencia de él, no se involucraba en la causa.

Mientras caminaban abrazados bajo una incesante llovizna, Cali se detuvo y sacó un papel del bolsillo de su pantalón. Era uno de esos de piel de durazno.

—Es acá.

La fachada del domicilio estaba un tanto deteriorada y sobre la puerta de chapa se indicaba la numeración. El muchacho tocó el timbre.

—Sí... —dijo del otro lado una voz femenina a través del portero eléctrico.

—¿Tiene una habitación?

—Pasá...

Lo único que había detrás de ella era una escalera que conducía a la planta alta. La iluminación era mínima y aunque dificultaba el ingreso, ocultaba la falta de mantenimiento y de limpieza.

¹¹⁹ En entrevista con Gustavo Azpiazu, 29 de octubre de 2014.

La mujer aguardaba sobre el lado izquierdo detrás de un mueble que hacía las veces de escritorio. El velador de pie le daba aspecto de recepcionista y la libreta lo confirmaba.

—¿Por cuánto tiempo? —Era morocha y tenía un estilo de corte carré.

Cali miró a su chica que estaba un poco horrorizada y la tomó de la mano. Dudó por un momento.

—Una hora.

—La del fondo del todo —les señaló—. En una hora les golpeo la puerta.

El cuarto tenía una cama grande cubierta por un acolchado rojo y olía a desinfectante de pisos. Algunos gritos y ruidos de al lado incomodaron a Marisa.

—Al menos sabemos que hay más gente —le dijo para tranquilizarla.

Ella hizo una mueca y se sentó. Él la besó. Luego se olvidaron del resto de las cosas.

Mientras la mujer de la entrada se dedicaba a hacer garabatos en los bordes de la hoja y tarareaba 'La Felicidad' de Palito Ortega que sonaba en la radio, una pareja de adultos se retiró en medio de una discusión.

—Siempre lo mismo con vos —lo culpó ella mientras se terminaba de poner el sweater y se marchaba.

El hombre dejó la plata sobre el mostrador y la siguió.

—Seguro que el otro te atiende mejor, ¿no?

La recepcionista no pudo ocultar la risa.

Más tarde el timbre volvió a sonar. Dos agentes uniformados se presentaron en la planta alta.

—Mire, estamos apurados. Tenemos órdenes de desalojar a cualquier joven —le dijo el más petiso de ellos. Tenía bigotes y patillas. Según parecía, era el que mandaba.

—Así que no complique las cosas —agregó el otro. Era alto y de tez pálida.

—Pero lo que me piden es...

—... Es nada —interrumpió el primero—. ¿Qué habitación está ocupada?

—Pero yo... yo no puedo permitir que violen la privacidad de la gente —dijo con la voz entrecortada.

Los dos agentes atravesaron la línea del escritorio y la rodearon.

—Aquella —dijo la mujer rápidamente y señaló al fondo del pasillo.

—¿Y quién hay? —insistió el lungo.

—Un chico con su novia supongo o algo por el estilo.

—Seguime, Gringo —le dijo el jefe.

Para entonces habían transcurrido poco más de treinta minutos del turno.

—Esperá. Hay ruidos atrás de la puerta —el corazón de Marisa se aceleraba.

—Debe ser de otro lado. Nosotros recién entramos.

De repente, los dos agentes ingresaron en la habitación.

—¡Vístanse que ya se van!

—¿Qué? ¿Qué pasó? ¡Nosotros no hicimos nada! — se defendió Cali mientras buscaba las prendas al pie de la cama.

—No hacen caso, pendejos —los increpó el petiso.

El muchacho se preocupó por contener a Marisa que estaba en estado de shock. La ayudó a vestirse mientras los oficiales remoloneaban el lugar.

—Mire lo que encontré, señor —el lungo sostenía una mochila.

De su interior sacó recortes de diarios relacionados a la huelga de estudiantes y volantes de las asambleas en arquitectura.

—Por lo que veo es un revoltoso, uno de esos universitarios empecinados en complicar las cosas.

—Mire usted qué interesante —apretó sus puños—. Encárguese de llevar a la señorita a la casa de sus padres y de advertirlos de la situación. Del muchacho me encargo yo.

El Gringo la tomó del brazo y la llevó por la fuerza. Marisa tenía el rostro empapado de lágrimas. Cuando Cali intentó ir por ella, el agente de bigotes le acertó un puño en la boca del estómago. Fue el primero de una gran golpiza que lo tendió en el suelo.

—Esto es lo menos que te puede pasar si seguís metido en quilombos —le dijo mientras le pisaba los testículos.

Antes de marcharse, se acercó a la encargada que permanecía de pie y no dejaba de temblar.

—Ya aprendieron cómo son las cosas, no va a volver a suceder. Pero si llega a pasar algo parecido no me iré sin encargarme de usted —se sonrió—. Podemos aprovechar alguna de las habitaciones —le susurró al oído y le tocó la cola.

El conflicto un mes después

Tras el receso invernal, la FULP resolvió el lunes 5 de agosto el estado de movilización general y de asamblea permanente y paros generales por parte del estudiantado. Esta medida fue adoptada por la suspensión de trece estudiantes y la sanción que permanecía sobre otros sesenta y cinco a raíz de lo ocurrido en la toma del rectorado.

La Unión Nacional Reformista Franja Morada de La Plata publicó un comunicado en el cual ratificaba la posición de “mantener una lucha constante en apoyo de los últimos objetivos de nuestro movimiento: el retorno a una Universidad democrática y forjadora de hombres, en un ambiente de libertad y con posibilidad de acceso a quien lo desee”¹²⁰.

El paro previsto para lunes y martes tuvo especial repercusión en las facultades de Arquitectura, Ciencias Exactas, Escuela de Periodismo e Ingeniería. Así fue como el estudiantado se adhirió en altísimo porcentaje. Por la tarde, Rodríguez Saumell tuvo una reunión con los decanos de las facultades.

¹²⁰ Diario “El Día”, lunes 5 de agosto de 1968.

—Sepan, señores, que las decisiones tomadas por mí son irreversibles.

—Quizá podría analizarse la reincorporación de aquellos alumnos... —planteó Oteiza.

—De ningún modo —lo interrumpió.

—¿No le preocupa que la situación se prolongue o incluso se agrave? —insistió el profesor.

—En absoluto, está todo bajo control. Y quiero también que sepan que los parciales o trabajos prácticos perdidos por alumnos ausentes no se podrán recuperar.

Yo inicié mi primer año con unos profesores raros que había en aquel momento. El profesor que yo tuve en primer año se llamaba Stagnaro. Era de Buenos Aires, de formación católica. Era un buen arquitecto, había hecho unas cuantas iglesias por el Gran Buenos Aires, y era una persona que estaba obviamente puesta por el gobierno de turno, no había dado concurso.¹²¹

El doctor Nicodemo Scenna¹²² envió una carta al rector de la Universidad:

Invocando mi condición de docente en situación de retiro en ejercicio de la cátedra como profesor adjunto de la

¹²¹ Testimonio de Alejandro Argüello. En “Testimonios: 50 años de enseñanza en la Facultad de Arquitectura y Urbanismo de la Universidad Nacional de La Plata”. Pág. 15.

¹²² Médico y defensor de los ideales socialista. Luchó por la autonomía universitaria y fue declarado ciudadano ilustre de La Plata. Es considerado el precursor en el cuidado ecológico de la ciudad y defensor del patrimonio forestal.

Facultad de Ciencias Médicas, me dirijo al señor rector solicitando se revea la medida por la cual se sanciona a estudiantes que participaron en los recientes acontecimientos de la Universidad. Alejado de la vida activa de la casa [...] a lo largo de más de cuarenta años, como estudiante y luego como profesor, es mi más ferviente deseo asociar mi voz al pedido de profesores y centros estudiantiles en el sentido de dejar sin efecto las sanciones a los estudiantes intervinientes en el último incidente, como asimismo el retiro de la policía¹²³.

Reunión con el decano

Durante toda la semana, los estudiantes de arquitectura se negaron a asistir a clases en señal de protesta por los compañeros suspendidos. Así fue como el lunes 12 el decano Duich accedió a una reunión.

En un aula repleta de alumnos, el arquitecto hizo su aparición. De traje y corbata se paseó entre los pupitres. En principio leyó un comunicado del decanato que señalaba que “el mantener el orden en la Universidad es deber que corresponde a los estudiantes mismos y que se volverá a la normalidad tan sólo cuando estos lo asuman como responsabilidad básica que, como ciudadanos y universitarios, les compete”¹²⁴. Luego respondió preguntas e inquietudes en torno a la suspensión que para entonces recaía sobre veinte alumnos.

¹²³ Diario “El Día”, miércoles 7 de agosto de 1968.

¹²⁴ Diario “El Día”, martes 13 de agosto de 1968.

—¿Qué lo lleva a no querer reincorporar a los compañeros suspendidos? —dijo un muchacho pelirrojo.

—Hay que ver el caso de cada uno de ellos. Hay diferentes motivos.

—¿Por qué?

—Al total de ellos se los discrimina en tres grupos.

—¡Patéticos!

El decano lo miró con mala cara.

—El primero corresponde a cinco jóvenes sumariados por disposición del rector. Por su parte, otros doce ya han presentado su nota de descargo —se pasó la mano como peinándose— y por último tres alumnos que no lo han hecho.

Duich, era terrible, era un nazi. Me acuerdo cuando estábamos haciendo los paros... era pelearse en las asambleas, era durísimo. Estábamos de paro y él bajaba del auto, venía en auto desde Buenos Aires, bajaba en 1 y 47 y llegaba caminando para desafiar a los alumnos, era un tipo muy duro.¹²⁵

Por la tarde, nuevos episodios de violencia tuvieron lugar en el centro platense. Un grupo de jóvenes lanzó petardos y bombas molotov en la zona de 12 y 58. Los agentes de la Seccional Tercera, la más próxima al lugar, acudieron e intervinieron con bombas lacrimógenas. El

¹²⁵ Testimonio de Javier García García. En “Testimonios: 50 años de enseñanza en la Facultad de Arquitectura y Urbanismo de la Universidad Nacional de La Plata”. Pág. 98.

hecho concluyó con cuatro detenidos que fueron procesados por resistencia, atentado a la autoridad y lesiones con piedras a oficiales.

La FULP emitió un comunicado en referencia a la jornada de lucha que “se extenderá hasta tanto se haga lugar al levantamiento de las sanciones y sumarios, reapertura de los centros, retiro de la policía y libertad de reunión y expresión”¹²⁶.

La jornada siguiente, el estudiantado le planteó al decano algunas condiciones para volver a clases, como el tema de las inasistencias durante los hechos de conocimiento público. Duich se comprometió a evaluar tal pedido para normalizar la situación de aquellos que habían quedado libres.

Mientras la facultad de arquitectura era la única que permanecía en conflicto, el 20 de agosto seiscientos mil soldados de la URSS y los países integrantes del Pacto de Varsovia invadieron Checoslovaquia. La razón: dar fin a un período de liberación política en tiempos de la Guerra Fría denominado “Primavera de Praga”. Esta apertura fue liderada por Alexander Dubcek, un burócrata eslovaco de cuarenta y seis años, que tenía como premisa modificar aspectos totalitarios e instaurar diversos partidos políticos además de conceder libertad de expresión y el derecho a huelga. Tras la penetración, en pocos días las

¹²⁶ Diario “El Día”, martes 13 de agosto de 1968.

reformas fueron eliminadas y la Unión Soviética volvió a tomar control del territorio.

En disidencia

El jueves 22 se llevó a cabo una asamblea en el aula magna de la facultad para definir cuál sería la decisión: continuar o no con el paro. Por un lado, estaban aquellos que creían conveniente seguir con la huelga hasta que la totalidad de las exigencias fueran cumplidas por las autoridades. Por el otro, un grupo que pretendía retornar a clases y luchar desde adentro.

“Levantaron el paro los alumnos de arquitectura”¹²⁷

La disposición de reanudar el dictado de clases se dio por votación del estudiantado. El resultado dio 301 votos contra 266 de la otra postura.

Por la mañana del viernes, la actividad en la facultad fue normal, aunque no duró mucho tiempo.

Cuando los alumnos de tercer año se aprestaban a formar parte de la cátedra de “Instalaciones”, el profesor Cubillo se negó a aceptar a los alumnos sumariados por la presidencia de la Universidad así como también a aquellos que habían quedado libres por inasistencias. Lo mismo ocurrió en “Legal”, a cargo de la arquitecta Meoli. Ambos

¹²⁷ Diario “El Día”, viernes 23 de agosto de 1968.

docentes dijeron desconocer el compromiso asumido por el decano. Ante tal panorama, se inició la movilización estudiantil. Se levantaron las clases y una comisión se dirigió al despacho de Duich con el fin de manifestar su enojo por no cumplir lo pactado.

—Negociemos, muchachos. Tenemos que lograr que los compañeros vuelvan a las aulas —dijo Cali.

La suspensión sobre su condición de alumno permanecía respecto a la asistencia a clases y trabajos prácticos, pero se las ingeniaba para acceder a las asambleas con el fin de luchar por las reivindicaciones y los derechos de sus compañeros.

Cuando iba a golpear la puerta de la oficina, otro de los delegados se le adelantó y entró sin aviso. El oficial que custodiaba al decano sacó su bastón.

—Resultó ser un falso y embustero —le recriminó mientras lo señalaba. Estaba excedido en peso y usaba un gamulán marrón que le quedaba corto.

—No entiendo —dijo Duich al tiempo que se puso de pie.

Detrás de él colgaba un mapa catastral del partido. El despacho estaba repleto de libros acomodados en bibliotecas. El policía se ubicó por delante del escritorio en el cual había diversas fotografías de edificios de la ciudad y no permitió el paso.

—Los profesores Cubillo y Meoli dijeron no haber recibido de su parte el alta a todos los estudiantes suspendidos y sumariados —le planteó Cali para evitar un clima

de mayor tensión—. Usted mismo se comprometió con nosotros.

—Exacto —se ajustó el nudo de la corbata—, pero los casos de los que ustedes me hablan exceden mi autoridad.

—¡Sinvergüenza! —volvió a exaltarse el gordo y recibió un bastonazo en la zona del cuello. Cali se adelantó y tomó la iniciativa.

—No quiera desligarse de sus responsabilidades, señor —apoyó las manos sobre el vidrio del escritorio—. Cuando no son los profesores, son los decanos. ¿Qué tiene para decir ahora?

—Son órdenes del rector.

—¿Y usted que hace al frente de la facultad además de llenarse los bolsillos?

—No se pase de listo conmigo.

—Sí, ya sé, va a actuar la fuerza.

—Mantenga la conducta si no quiere que eso ocurra.

Luego un masivo grupo de jóvenes marchó hasta las instalaciones del diario 'El Día' con la premisa de reiterar su posición ante el conflicto. Mostraban afiches y realizaban cánticos en alusión a su postura.

A raíz del abandono de las aulas se registraron nuevos sucesos en la ciudad. El hecho más destacado fue un disparo que recibió uno de los camiones de asalto de la policía, aunque nadie salió herido. Según testigos fue efectuado desde un vehículo marca Fiat, que de inmediato se dio a la fuga.

Propios y extraños

—Negra, ¿qué pasó al final en la facultad de Cali?
—dijo Alberto que acababa de llegar del trabajo.

—Hasta donde yo sé, sigue todo igual —tomó un plato hondo y sirvió el guiso de la cacerola—. Si le falta sal avisame.

—Me dijo un compañero en el trabajo que leyó que los profesores habían respaldado al decano.

—Uh... yo no sé nada.

—Pasame el diario.

—¡No, comé tranquilo! Después lo lees.

—No, damelo que en diez minutos ya pego la vuelta.

Como y arranco.

La cocina era el ambiente más cálido de la casa. Había bastante vapor y olor a caldo de verdura.

—¿Viste esta nota?

—¿Cuál?

—Esta que dice: “Es platense uno de los médicos que realizaron un trasplante en EE.UU” —leyó con asombro Alberto.

—Ah, no...

—Dice que trasplantó un corazón y dos riñones.

—¿Cómo se llama el médico?

—Eh... —reparaba las líneas a máxima velocidad—
acá... Doctor René Gerónimo Favaloro.

—Ah, no lo había escuchado nunca.

—¡Mirá, acá está lo que me contaron! “Profesores de Arquitectura expresan su apoyo a una decisión del decano”¹²⁸. Y están todos los apellidos de los profesores.

—No quiero saber más nada —se sentó la mujer—. Carlitos no me lleva el apunte y me da miedo que lo tengan fichado —dijo con lágrimas en sus ojos.

El conflicto se mantuvo sin variaciones. El miércoles 11 de septiembre se llevó a cabo un acto en reconocimiento de lo que sería la jornada siguiente el segundo aniversario de la muerte de Santiago Pampillón. El aula 4 de la casa de altos estudios fue bautizada oficialmente en su distinción. De forma improvisada se llevó a cabo un acto.

—El mejor homenaje a nuestro compañero es continuar con esta lucha de enfrentamiento a la política de represión —dijo Cali.

La ovación no se hizo esperar. El cierre del evento se gestó con la colocación de la placa sobre la puerta del salón.

El nuevo paro estudiantil dictado por la FULP para el jueves fue acatado por gran parte del alumnado. El mismo preveía manifestaciones a los decanatos de las distintas facultades y una ‘marcha del silencio’¹²⁹ con el fin de reclamar la suspensión de los sumarios y el levantamiento de las sanciones.

En la facultad se registró un incidente entre dos grupos de jóvenes. Lo que en principio parecía ser un episo-

¹²⁸ Diario “El Día”, martes 27 de agosto de 1968.

¹²⁹ Diario “El Día”, jueves 12 de septiembre de 1968.

dio entre estudiantes resultó ser el agravio por parte de una facción de extrema derecha denominada 'Tacuara'¹³⁰ que se oponía al levantamiento de las clases. Los insultos terminaron en agresión física de ambas partes. Los integrantes del grupo ajeno a la facultad usaron objetos contundentes como ladrillos, cadenas, cachiporras y además exhibían armas. El resultado: un estudiante de segundo año lesionado con una herida cortante de cinco centímetros en la cabeza. Agentes policiales de caballería se hicieron presentes y dispararon al grupo ajeno a la casa de estudios. Sorpresivamente, no se registraron detenidos.

El Centro de Estudiantes de Arquitectura y Urbanismo (CEAU) se manifestó acusando al decano por lo acontecido y por la demora de la policía para replegar a los agresores.

El Movimiento de Unificación Nacionalista (MUN) tuvo su apogeo en La Plata a fines de la década del cincuenta y comienzos del sesenta. Dentro de su organización convergían dos corrientes. Por un lado, Tacuara La Plata (TLP), de corte oligárquico, y por el otro la Juventud Nacionalista Platense (JNP), una mezcla de nacionalismo de derecha y populismo. A pesar de sus diferencias,

¹³⁰ El Movimiento Nacionalista Tacuara tuvo su origen entre la ultraderecha y el peronismo rebelde. De accionar fascista, antisemita y anticomunista, esta agrupación llegó a su esplendor en los sesenta. Utilizada según el caso por la Policía Federal, por algún militar de turno y por cuanto servicio de inteligencia que anduviese necesitando algunos borregos para generar caos.

ambas agrupaciones compartían el catolicismo profundo, el anticomunismo y la violencia como mecanismo de combate así como también para frenar el avance de la extrema izquierda.

En 1965 surgió la Concentración Nacional Universitaria (CNU), que se caracterizó por contar en sus filas con representantes del peronismo de derecha.

En el conflicto de Arquitectura de 1968, el escenario mostraba un ambiente altamente politizado y un enfrentamiento visible entre las autoridades y los estudiantes. Por entonces la CNU se oponía al resto de las agrupaciones existentes en la casa de altos estudios. Ellas eran: la Agrupación Reformista de Estudiantes de Arquitectura (AREA), de ideología comunista; el Movimiento de Arquitectura y Urbanismo (MAU), de izquierda; y el Partido Único Reformista de Arquitectura (PURA), señalada como la agrupación de los 'anarcos'.

“Los sectores reformistas conservaron cierta predominancia dentro de la militancia estudiantil en la UNLP, llegando a ser un sujeto central de la activa y sostenida militancia universitaria radicalizada que se enfrentó firmemente contra la dictadura militar.”¹³¹

Mientras tanto, y como consecuencia de las dificultades para llevar a cabo la marcha anunciada, se realizó en

¹³¹ NAVA, Agustín. Radicalización y politización del movimiento estudiantil: el caso platense durante la Revolución Argentina. 1966-1972. Revista Conflicto Social –Año 6, Nº 9- 2013. Pág. 117.

pleno centro de la ciudad un acto relámpago que terminó con la presencia policial y una barricada con cercos de madera que pertenecían a una obra. También formaron parte representantes de la CGT de los argentinos con la premisa de fortalecer los lazos con el estudiantado.

Yo recuerdo el primer día que agarré el palo de una bandera, me temblaban las piernas como nunca. Me acuerdo perfectamente de una manifestación que se llamaba 'Marcha del Silencio'. En ese momento el grito era 'Arquitectura en la línea dura' y yo en determinado momento me veo con veinte años agarrando un palo. Nos fuimos caminando por 47 hasta el centro, hasta el edificio de la Universidad (y ahí nos estaba esperando la policía con carros). Yo tuve la idea que iba a ser una marcha en silencio y en determinado momento del grupo de estudiantes alguien sacó una bomba Molotov, que la mayoría de los que estábamos ahí no sabíamos ni lo que era eso, y fue un desbande. Yo creo que como nunca en mi vida corrí cincuenta cuadras y me tomé tres micros, ni siquiera me encontré con nadie. Después sí, pero en ese momento lo único que quería hacer era irme, rajarme.¹³²

El episodio más particular de la jornada tuvo lugar por la madrugada. Según la policía local, el titular de la federación, Blanco, fue descubierto mientras realizaba

¹³² Testimonio de Alberto Sbarra. En "Testimonios: 50 años de enseñanza en la Facultad de Arquitectura y Urbanismo de la Universidad Nacional de La Plata". Pág. 274 y 275.

pintadas en la fachada del rectorado. Al advertir la presencia de la patrulla local, huyó en rápida corrida y se resguardó en el baño de un bar. Desafortunadamente para él, un agente de civil que coqueteaba en el lugar con una señorita lo reconoció.

—Permitime un segundo, bebé —dejó el Martini sobre la barra y se retiró.

La muchacha, de cabellera rubia, pitó el fino cigarro y con la otra mano se acomodó el escote.

El móvil policial se detuvo frente al local por pedido del civil que reportó a sus camaradas. Acto seguido se efectuó la detención. La defensa del implicado desmintió tal versión. Argumentó que su cliente estaba en el cine y que efectivamente fue demorado en el bar, donde había acudido durante el intervalo del film. A su vez presentó el cartón que le fue entregado por uno de los porteros de la sala para reingresar. Nada de eso sirvió para evitar la prisión.

Al otro día hubo novedades en cuanto a los hechos de violencia que tuvieron lugar en Arquitectura. En ronda con los periodistas, el decano Duich afirmó que tanto Raúl Héctor Belvedede como Eduardo Guillermo Corkhill, integrantes de las cátedras de Arquitectura II y III, a cargo de Atilio Sacchi “están en condiciones de identificar a los responsables del tumulto y agresión”¹³³. Sin embargo, ambos docentes se opusieron a tal acusación y objetaron que ese mismo día era la primera vez que formaban parte

¹³³ Diario “El Día”, sábado 14 de septiembre de 1968.

del taller, motivo por el cual no conocían a los alumnos. El hecho adquirió tal gravedad que deparó en la renuncia de los dos ayudantes diplomados.

Comunicado de la CEAU: “Las renunciaciones de los arquitectos Belvedere y Corkhill evidencian la tergiversación de los hechos por el decano Duich”¹³⁴. Además, denunció la complicidad del decanato con los miembros de Tacuara.

El fútbol entre medio

Algunos días después, Guillermo Blanco fue liberado y mientras el conflicto cumplía los cien días, la actividad de la facultad era mínima. Este estado de situación incitó a los profesores con conocimiento de causa a pedir la inminente normalización de la casa de estudios. Por su parte, más de cincuenta alumnos hicieron una presentación judicial contra el grupo antagónico por “amenazas, intimidación pública, instigación a cometer delitos, asociación ilícita y ostentación de armas de fuego”¹³⁵. La denuncia también apuntó al decano “por instigación a cometer delitos, abuso de autoridad, violación de los deberes del funcionario público y complicidad de los delitos denunciados”¹³⁶.

La euforia de los hinchas de Estudiantes se hacía sentir en las calles de la ciudad. La victoria sobre *Man-*

¹³⁴ Diario “El Día”, sábado 14 de septiembre de 1968.

¹³⁵ Ídem.

¹³⁶ Ídem.

chester United por un tanto contra cero en el partido de ida jugado en la Bombonera generaba entusiasmo y esperanzas. Ambos equipos disputaban la Copa Intercontinental, el equivalente a la copa del mundo a nivel de clubes. Por entonces nada había cambiado en torno al conflicto estudiantil. El decano Duich en entrevista con el estudiantado, volvió a mostrarse inflexible a revertir las medidas impuestas en su conducción.

Cali no era muy amante del fútbol aunque por esos días no podía desconocer lo que estaba pasando. De todas formas, si tenía que optar por alguno de los equipos plantenses lo haría por Gimnasia, el cuadro de su padre. Marisa, en cambio, estaba excitada por el presente pincharrata.

—¿Me vas a acompañar a los festejos si ganamos la copa? —lo tomó de la mano.

—¡Qué frío que hace, la puta madre!

—Te dije que te abrigaras. ¿Me vas a acompañar?

—Pero mirá el sol que hay.

—Dale, seguí esquivándome.

—Vayamos a tomar un café, yo te invito.

—Ja, ja.

Cruzaron Plaza San Martín y se dirigieron al café “El Parlamento”. En la puerta estaban pegando un afiche.

**FINAL DE LA COPA
DEL MUNDO**

Estudiantes de La Plata
VERSUS
Manchester United

Disfrute de 32 días en EUROPA, visitando
Lisboa, Madrid, Londres, Manchester,
París, Zurich, Roma, Palma de Mallorca,
Barcelona. **TODO INCLUIDO:** Pasajes,
hoteles, media pensión, excursiones, tras-
lados, entradas numeradas al estadio, etc.

Todo por solo 19.890
24 cuotas de \$

Planes de 10 y 20 días. Consulte nuestros
grandes planes de financiación.

INFORMEN Y RESERVEN!

<i>Onda</i> Argentin Estrada 542 Capital Tel. 2220001	Aria - Pat - Tour Viamonte 542 Local 5 14 Capital Tel. 2220001	Allegretti Estrada 542 La Plata Tel. 2220001
--	---	--

Abonación en LA PLATA, de lunes a viernes,
de 11 a 19 horas.

Fuente: diario "El Día", lunes 16 de septiembre de 1968

—Está difícil para que te acompañe —dijo al tiempo que se sonrió.

—¡Imbécil! Ja, ja. Tiempo tenés de sobra —replicó Marisa.

“Obreros y estudiantes, unidos adelante”

Cali se mantuvo activo con el movimiento estudiantil aunque no se logró ningún avance en torno a la lucha

que llevaban a cabo. Finalmente, perdió todas las materias junto a sus compañeros sancionados en lo que fue una dura derrota frente a las autoridades de la intervención.

Los años sesenta definitivamente marcaron un cambio a nivel mundial. La aparición de la música Beat, la pastilla anticonceptiva, que marcó la liberación sexual, y el movimiento hippie con su oposición al armamentismo, son sólo algunos ejemplos. En contrapartida, en Argentina existía un cerrojo a todas aquellas aperturas que comenzaban a revolucionar aspectos sociales de la vida. Los responsables de ello fueron los militares de 1966, quienes “no se planteaban un golpe que restituyera un poder civil afín a sus intereses, sino permanecer largo tiempo en el gobierno”¹³⁷.

Ese objetivo se vio interrumpido a causa del descontento general y el surgimiento de actores sociales que en conjunto enfrentaron y debilitaron al régimen.

Yo creo que lo que Onganía no pudo fue disolver el movimiento estudiantil que acá siguió y siguió vigente.¹³⁸

¹³⁷ CALVEIRO, Pilar. Política y/o violencia. Una aproximación a la guerrilla de los 70. Buenos Aires. Grupo Editorial Norma. 2005. Pág. 21.

¹³⁸ Testimonio de Orlando Sturlese. En “Testimonios: 50 años de enseñanza en la Facultad de Arquitectura y Urbanismo de la Universidad Nacional de La Plata”. Pág. 322.

1968 fue un año tumultuoso en La Plata y más precisamente en el ámbito universitario. Aquellas reivindicaciones por las que el estudiantado luchó y se unió al sector obrero dieron origen a la 'Nueva Izquierda' y sirvió como antesala de los sucesos del siguiente año.

Desde entonces datan los primeros antecedentes de grupos armados que más tarde formarían la guerrilla. Se autodenominaron como Fuerzas Armadas Peronistas, Fuerzas Armadas Revolucionarias y Ejército Revolucionario Popular y nacieron para disputarle el monopolio de la violencia a las Fuerzas Armadas.

“El proceso de radicalización y politización que tuvo lugar en la Argentina durante las décadas del sesenta y setenta tendría como trasfondo la peronización de 'sectores medios' vinculados fundamentalmente a la vida universitaria y al mundo de la cultura.”¹³⁹

La agitación social estalló finalmente el 15 de mayo de 1969 en Corrientes donde la represión a estudiantes acabó con la vida de Juan José Cabral. Dos días después el conflicto se mudó a la ciudad de Rosario donde el alumno de Económicas Adolfo Ramón Bello fue asesinado y más tarde en una nueva jornada de protestas el accionar policial provocó la muerte del obrero metalúrgico de quince años Luis Norberto Blanco.

El 29 de mayo tuvo lugar el punto más alto de la crisis en Córdoba. El 'Cordobazo', como es conocido, fue

¹³⁹ NAVA, Agustín. Radicalización y politización del movimiento estudiantil: el caso platense durante la Revolución Argentina. 1966-1972. Revista Conflicto Social –Año 6, Nº 9- 2013. Pág. 95.

el choque entre la represión indiscriminada y la rebeldía de los trabajadores y estudiantes ante tantas injusticias. Los manifestantes se apoderaron de las calles hasta que el accionar policial arremetió dejando como saldo más de treinta muertos y cientos de heridos. Con esto “quedaba claro que por lo menos una parte de la sociedad se resistía a convertirse en el cuartel disciplinado, obediente y silencioso, en el que sólo se escuchan las órdenes de mando”¹⁴⁰ para entregar el país.

En el ámbito académico platense se produjeron cambios en las autoridades de la UNLP como así también se nombró a un nuevo decano en la FAU.

Finalmente el decano Duich renunció y creo que a la par renunció Rodríguez Saumell. Nombraron a Roque Gatti, farmacéutico, el de la farmacia de 1 y 44, como rector y en la FAU fue designado Honorio Añón Suárez, un ingeniero que era el titular de Tecnología de los Materiales. Aparentemente puso paños fríos al conflicto y se convocó a concursos abiertos, sin restricciones y reingresaron a la facultad varios profesores como Marcos Winograd que estaba en el Partido Comunista¹⁴¹.

En este escenario nacional, el presidente de la Junta de Comandantes, Alejandro Agustín Lanusse, presionó a Onganía para que se apoyara más en las Fuerzas Arma-

¹⁴⁰ CALVEIRO, Pilar. Política y/o violencia. Una aproximación a la guerrilla de los 70. Buenos Aires. Grupo Editorial Norma. 2005. Pág. 27.

¹⁴¹ En entrevista con Eduardo César Gentile, 29 de octubre de 2014.

das. El secuestro y posterior asesinato del general Pedro Eugenio Aramburu, responsable de la persecución y de los fusilamientos a peronista en 1956, a cargo de Montoneros¹⁴², sumado a la incapacidad del gobierno para aclarar el episodio, fueron determinantes para que se materialice un nuevo golpe interno. Lanusse derrocó a Onganía el 7 de junio de 1970 y designó a Roberto Marcelo Levingston al frente del Ejecutivo nacional. Más adelante y bajo un clima político desfavorable, el 26 de marzo de 1971 el propio Lanusse asumió la presidencia.

La violencia de las guerrillas crecía al tiempo que el disgusto popular se propagaba. La proscripción del peronismo era el eje central de la trama y el líder militar evaluó la posibilidad de una apertura política que permitiera una transición hacia la democracia con la intención de sufrir el menor desgaste posible. Fue así como nombró al radical Arturo Mor Roig al frente del ministerio del Interior quien propuso un Gran Acuerdo Nacional (GAN) y anunció la convocatoria a elecciones nacionales sin proscripciones para el 11 de marzo de 1973, con la condición de desistir de la candidatura del general Juan Domingo Perón. Sin embargo, la iniciativa chocó contra un peronismo que había sumado más adeptos y consolidado sus fuerzas al punto tal que se proclamó vencedor tras la figura de Héctor José Cámpora, con el 49,5 % de los votos y

¹⁴² El secuestro y asesinato del general Aramburu fue la primera acción militar reconocida por Montoneros, una organización guerrillera de la izquierda peronista que llevó a cabo la lucha armada.

del otro lado una masa totalmente antiperonista que no logró unificarse.

1976-1983

Proceso de Reorganización Nacional

En este caso, elegimos tres historias representativas que dan cuenta de los manejos de aquella época y traen a escena acontecimientos típicos de los ideólogos y ejecutores del Proceso más oscuro de la historia de nuestro país.

El secuestro y la desaparición de personas; el accionar del régimen en línea con los grandes grupos económicos protegidos por un modelo de corte neoliberal y encargados de aniquilar a cualquier rival; y la influencia que ejercían los militares en la vida cotidiana, dando paso a la persecución política, la autocensura y al exilio como vía de escape. Estos tópicos serán abordados en los siguientes relatos de hechos reales.

El golpe

Durante la década del setenta muchos países de América del Sur estaban controlados por regímenes dictatoriales y la Argentina no fue la excepción. Se denominó Operación Cóndor al plan de operaciones entre los altos militares y la agencia de inteligencia de los Estados Unidos. Esta organización clandestina implementó el terrorismo de Estado a través de la vigilancia, detención y desaparición de personas consideradas enemigas. Los comunistas y los integrantes de movimientos de izquierda fueron el foco de la persecución. En una de sus primeras entrevistas a periodistas, Jorge Rafael Videla, jefe del Ejército argentino, declaró:

Por el sólo hecho de pensar distinto dentro de nuestro estilo de vida nadie es privado de su libertad, pero consideramos que es un delito grave atentar contra el estilo de vida occidental y cristiano queriéndolo cambiar por otro que nos es ajeno, y en este tipo de lucha no solamente es considerado como agresor el que agrede a través de la bomba, del disparo o del secuestro, sino también aquél que en el plano de las ideas quiera cambiar nuestro sistema de vida a través de ideas que son justamente subversivas; es decir subvierten valores, cambian, trastocan valores.¹⁴³

¹⁴³ Declaraciones del teniente general Jorge R. Videla a periodistas británicos, publicadas en el diario La Prensa, el 8 de diciembre de 1977, citadas por Andrés Avellaneda, en *Censura, autoritarismo y cultura: Argentina 1960-1983*.

El Proceso de Reorganización Nacional, como se autodenominó en nuestro país, se caracterizó por ser un golpe llevado a cabo por las Fuerzas Armadas, las cuales no tuvieron ruptura alguna entre sus tres columnas. Además fue la primera vez en la cual los militares contaban con un proyecto propio para manejar los rumbos del país a diferencia de los procesos anteriores donde sólo respondían a los intereses de la oligarquía y de los grandes grupos económicos.

“Cuando los militares dieron el golpe del 24 de marzo, el país había pasado por años de violencia; la reinstalación de Perón en el gobierno; el fracaso de su modelo de concertación; el descontrol del movimiento peronista; el caos de la sucesión presidencial y del gobierno de Isabel Perón; el rebrote de la guerrilla; la crisis económica más fuerte de la historia argentina: en suma, algo muy similar al caos.”¹⁴⁴ Además de Videla los otros integrantes de la junta militar fueron el almirante Eduardo E. Massera por la Armada y el brigadier Orlando R. Agosti por la fuerza Aérea. Entre las primeras medidas del régimen se destacaron la pena de muerte a todo aquel que hiriera o matara a cualquier integrante de las fuerzas de seguridad y la clausura del Congreso Nacional. José Alfredo Martínez de Hoz fue designado como nuevo ministro de Economía.

¹⁴⁴ CALVEIRO, Pilar. Política y/o violencia. Una aproximación a la guerrilla de los 70. Buenos Aires. Grupo Editorial Norma. 2005. Pág. 49.

“Los ministerios, con excepción del de Economía y el de Educación, fueron ocupados por militares. Los gobiernos provinciales también fueron repartidos en su mayoría entre uniformados de las tres fuerzas. Hasta los canales de televisión fueron adjudicados con ese criterio. Se creó, además, en reemplazo del Congreso, la Comisión de Asesoramiento Legislativo (CAL), también integrada por civiles y militares, cuyas funciones nunca se precisaron detalladamente. Las intendencias municipales fueron asignadas en su gran mayoría a civiles de diferentes partidos políticos con predominio de los miembros del radicalismo y del peronismo.”¹⁴⁵

Como todo plan premeditado, este tuvo la particularidad de presentar una metodología diseñada con mayor grado de violencia respecto a las dictaduras anteriores. Los Campos de Concentración fueron pensados para la tortura y el exterminio. Todas las acciones apuntaban a un objetivo: generar miedo y pánico en la sociedad. No bastaba con el orden, el momento del país implicaba algo más. Incluso para justificar el accionar represivo se inventaban causas a los secuestrados en forma clandestina con el fin de generar un sustento legal.

En materia económica, con Martínez de Hoz a la cabeza, se implementó un programa que eliminaba la intervención del Estado y el traspaso de un modelo cerrado a uno abierto. Esto derivó en un importante deterioro de la

¹⁴⁵ PIGNA, Felipe. La imposición de un modelo económico y social. El historiador, [en línea].

industria nacional y en el congelamiento de salarios de los trabajadores que estaban impedidos del derecho a huelga. A su vez se incrementó el proceso inflacionario y la deuda externa pasó de 7.875 millones de dólares en 1975 a 35.671 millones en 1981 que sirvió para garantizar el momentáneo abaratamiento del dólar.

Esta dictadura fue la más sangrienta de nuestra historia. Vio desaparecer a 30.000 argentinos y dismantló el aparato productivo del país.

Luego de perder la guerra de las Malvinas en 1982 y ante el creciente número de protestas sociales, la Junta Militar se vio obligada a iniciar su retirada del poder. A esto, se le sumó la presión de los organismos internacionales de derechos humanos, una inflación que llegaba al 200% y la devaluación de la moneda. Reynaldo Bignone fue el último presidente del Proceso de Reorganización Nacional y su primera medida fue llamar a elecciones en las que triunfaría el candidato por la UCR, Raúl Alfonsín.

Bajo amenaza

La dictadura cívico militar. El terrorismo de Estado y la apropiación ilegal de bienes.

Ana se levantó a las siete de la mañana, justo cuando sus padres se estaban por ir.

—Ma, ¿ya se van? —preguntó sorprendida—. Es re temprano.

—Las estaba por despertar, Ani. Sí, me avisó la tía que tuvieron que internar a la abuela. Nada grave, mi amor, más que nada por control, pero queremos ir para que esté más tranquila.

—Está bien, mami. Mandale saludos y que se recupere pronto. La próxima voy yo también.

—Despertala a tu hermana, que van a llegar otra vez tarde al colegio. Les dejé el café listo. Chau.

Era un jueves lluvioso y el ánimo de Ana no era el mejor. Apenas se quedaron solas, aguardó unos minutos y se volvió a acostar. Su hermana Julieta dormía profundamente.

Antes del mediodía el teléfono comenzó a sonar. Ana recordó la situación de su abuela, el viaje de sus padres y se puso de pie de inmediato. Corrió hasta el living y respondió el llamado.

—Diga... —dijo un tanto exaltada.

Del otro lado permanecían en silencio aunque se dejaba escuchar una respiración profunda.

—¿Quién habla? —insistió.

—Tenemos a Julieta.

—¡¿Qué?!

—Tenemos a la pendeja y si no se lo toman en serio no la van a ver más —dijo cortante y adusto.

La joven colgó el tubo y se quedó pensando. El corazón se le aceleró. Despertó a su hermana y le contó todo.

Las chicas iban al Instituto Sagrado Corazón de Jesús de La Plata. Un colegio con fuerte ideología cristiana. Ana tenía 18 años, uno más que su hermana. Más tarde se acordó que una amiga de curso había contado una historia similar. Un llamado anónimo que anoticiaba de un supuesto secuestro. En aquel caso se lo asoció a Montoneros, pero mucha gente lo justificaba porque el padre de la joven era policía.

Por la tarde una noticia vinculada al grupo armado de la izquierda peronista tuvo fuerte repercusión en los medios de comunicación. Mientras escuchaban a ‘Deep Purple’ en Radio Universidad, una información de último momento interrumpió el tema ‘Smoke on the water’.

“Atentaron con explosivos contra el domicilio de un ejecutivo de la empresa Propulsora Siderúrgica”, dijo el locutor del noticiero.

La emisora de la UNLP fue uno de los pocos medios de comunicación que desoyeron las normativas del régimen que los usaba como herramienta en la construcción y

circulación del discurso oficial, e imponía una “lista de negra” de canciones que no se podían transmitir^{146,147}.

Con respecto a la noticia, desde la concreción del golpe de Estado se había asociado al grupo armado a una lista de actos extremistas. Desde hechos menores como el incendio de una camioneta de la policía, hasta ataques con víctimas fatales como en el que Jorge Billardi, Capitán de Corbeta, fue asesinado a balazos a pocos metros de su domicilio.

El teléfono volvió a sonar y Ana sintió pánico. Su hermana descolgó el tubo.

—Hola...

—¿Qué tal? Para hablar con Roberto...

—De parte de...

¹⁴⁶ El testimonio de Adriana Palma, jefa de discoteca de Radio Universidad, durante la última dictadura cívico militar, confirma que esporádicamente la emisora violaba la norma al incluir en su programación temas musicales censurados por las autoridades. Durante ese periodo llegaban notificaciones, como por ejemplo, una con fecha del 15 de junio de 1979, firmada por el entonces Secretario de Extensión Cultural y Difusión de la UNLP, Arq. José María Marquínez. Esta expresaba, “Me dirijo a Ud. a fin de que arbitre los medios necesarios para que a partir del 1 de julio de 1979 no se difundan los temas del género musical denominado ‘Música Progresiva’...”, y detallaba la lista de artistas prohibidos que incluía entre otros, a Kiss, Deep Purple, Yes, Led Zeppelin, Jimmy Hendrix, Rolling Stones, Pescado Rabioso, Invisible, Aquelarre, Arcos Iris, Charly García y Manal. Dicho documento se pudo rescatar fortuitamente luego de la inundación que sufrió la ciudad de La Plata el 3 de abril de 2013.

¹⁴⁷ Educación y memoria. Dictadura y sociedad. Capítulo 2. Pág. 95 y 96.

—Carlos.

—En este momento no lo puede atender.

—Bueno hágame el favor de avisarle que ya tenemos los papeles.

—¿Qué papeles?

—Él sabe a qué me refiero. Ah, y es urgente —le dijo y cortó la comunicación.

Roberto era el padre de las chicas. Se desempeñaba como ingeniero agrimensor y además era profesor en la Universidad.

Más tarde la pareja regresó con la noticia de que la abuela estaba estable. Sin embargo las muchachas sentían la necesidad de aclarar algo respecto a los llamados. Primero hablaron de la amenaza. Estaban asustadas por el tono del mensaje y no entendían a qué se debía.

—Y también llamó un tal Carlos, pá —le dijo Julieta un poco más tranquila.

El hombre se acomodó el cuello de la camisa.

—¿Quién? ¿Qué quería?

—Carlos. Dijo que ya están los papeles. Estaba apurado.

—Ah, debe ser por el pase de notas del curso que estoy yo —le respondió sin mirarla.

Esa misma noche Roberto no cenó. El imprevisto surgido esa mañana, le había impedido asistir a una reunión con integrantes de la policía. Estos encuentros se venían repitiendo en las últimas semanas. Todo había comenzado un día en el que un oficial de civil lo detuvo amablemente en la calle, y con ironías le solicitó sus servicios profesionales.

Inmediatamente, la charla se plagó de amenazas realizadas en un tono sarcástico y cínico. Las presiones continuaron. Todos los días veía en la calle a unos hombres que lo saludaban haciéndole notar su presencia. A partir de allí, pensó que no le quedaba más opción que colaborar con ellos.

Mientras su esposa ordenaba la cocina y charlaba con sus hijas, Roberto hizo un llamado telefónico a escondidas y de inmediato salió de su domicilio. Caminó de prisa hasta que se adentró en una casa, donde transitó un zaguán e ingresó a una sala. La iluminación era escasa y sobre una mesa de algarrobo había una pila de papeles. De repente apareció un hombre de bigotes con una chaqueta de la fuerza policial.

—Perdón —fue lo primero que dijo Roberto—. Tuve un viaje inesperado esta mañana.

—¡No me importa un carajo! Que sea la última vez que me dejás clavado porque te vas a arrepentir —lo increpó mientras sostenía un vaso de whisky.

—Perdón, es que tuve una urgencia en mi casa y...

—No me interesan tus excusas —lo interrumpió—. Firmame esto —le dijo y señaló los documentos.

Roberto se acercó a la mesa y empezó a revisar los papeles. Tenía la frente empapada en sudor.

—Pero esto es una locura —se quejó.

—¡Las pelotas! Firmá todo y andate por donde viniste.

Roberto se sentó, sacó una lapicera de trazo fino y un sello de su maletín. También tuvo que usar la almo-

hadilla para humedecerlo. Eran decenas de planos de posesión de terrenos que los policías apropiaban una vez consumada la firma del ingeniero matriculado. “No puedo hacer esto”, se dijo a sí mismo Roberto. Pero todos sus miedos se habían agudizado luego de que sus hijas le contaron lo de aquel llamado extraño. Era la primera vez que se metían con su familia. Hasta ese momento, él había podido sobrellevar la situación solo y mantener al margen a sus esposa e hijas.

Cuando terminó con todo se puso de pie.

—Ya está.

—Andate entonces.

—Hoy llamaron a mi casa para avisar de un supuesto secuestro de mi hija menor. Están asustadas y mi mujer no quiere mandarlas al colegio.

—Yo me ocupo —bebió un sorbo del whisky—. No les va a pasar nada, las vamos a cuidar las veinticuatro horas.

Roberto se marchó. De regreso a casa iba pensando en qué decirle a su mujer, hasta que escuchó un disparo de bala. Apuró su andar y se cruzó con un móvil de la policía. A las pocas cuadras vio un charco de sangre sobre la vereda. Cuando llegó, su esposa lo interrogó pero él no dio pistas.

Al día siguiente Roberto se levantó, y mientras desayunaba leyó el diario *El Día* al igual que todas las mañanas. El titular principal decía, “*El Gral. Videla dirige hoy*

un mensaje al país”¹⁴⁸. Ese día se cumplían seis meses desde que la Junta Militar había usurpado el gobierno, y se iba a realizar un acto en la ciudad de Tucumán. Comenzó a pasar las hojas del matutino casi sin mirarlas, cuando recordó una noticia que había leído unos días antes. Se levantó de la silla, fue hasta un escritorio donde se amontonaban los diarios de esa semana, y sin sentarse comenzó a buscar el artículo. Lo encontró, y volvió a leer lo mismo que un par de días atrás, “*Fue denunciada la desaparición de un estudiante platense*”¹⁴⁹. Se trataba de un pequeño recuadro ubicado sobre un ángulo inferior de la página, en el que se relataba la denuncia que una mujer había realizado en la redacción, luego de las respuestas negativas a sus presentaciones de recursos habeas corpus. Roberto tomó esa hoja, la hizo un bollo y se la metió en el bolsillo.

Después se encargó de llevar a sus hijas al colegio.

—Quédense tranquilas que no va a pasar nada. Yo después las vengo a buscar —les dio un beso y esperó hasta que ingresaron al edificio de la calle 57 entre 8 y 9.

Desde un Falcon de la policía, el oficial a bordo le hizo un guiño y le levantó el pulgar. Él asintió con su cabeza y se marchó, tenía que dictar clases en la facultad. Una vez arriba de su auto, extrajo el papel abollado que llevaba en el bolsillo y nuevamente leyó la información. Se quedó pensativo durante unos segundos. En el dorso de la hoja, se anunciaba la presentación del dúo Horacio

¹⁴⁸ Diario “El Día”, viernes 24 de septiembre de 1976.

¹⁴⁹ Diario “El Día”, miércoles 22 de septiembre de 1976.

Salgán – Ubaldo De Lío en el local “Macondo”. Cuando lo vio pensó que en otro momento estaría planificando ir a ver el espectáculo de su pianista favorito, pero evidentemente en su cabeza sólo había miedo y preocupación. Mordió su labio inferior, cubrió su rostro con las palmas de sus manos, y sintió lástima de sí mismo. Luego puso el coche en marcha y se dirigió hacia su trabajo.

Roberto tenía cuarenta años, era flaco y usaba camisa. Estaba al frente de la cátedra de Análisis matemático en la Facultad de Ingeniería, materia que por entonces estaba moderada por las autoridades por la simple razón de que para el Régimen la matemática moderna promovía el cuestionamiento de las reglas impuestas. En un contexto de control cultural y educativo, el agrimensor había estado a punto de ser expulsado de la UNLP por enseñar un tema que no aparecía en el programa de la materia. Quizá su costado católico fue la única razón por la que le conservaron su puesto.

A la disciplina y la autocensura, a Roberto se le sumaba el remordimiento por formar parte del accionar militar. Todo esto repercutía en su ánimo como persona y en su vocación profesional. Tenía la sensación de que no podía pasar mucho tiempo más viviendo así, porque estaba entrando en una crisis nerviosa que no iba a poder controlar.

A lo largo de varios meses nada cambió. Llevaba a sus hijas al colegio, le hacía el gesto al policía del Falcón y se iba a la facultad. Por si esto era poco, se sumó la

muerte de su suegra a causa de una infección intrahospitalaria.

En dos ocasiones se cruzó con una nueva mancha de sangre en la vereda. Y como era frecuente volvió a aparecer Carlos al teléfono.

—Diga...

—¿Ingeniero? —preguntó el jefe de policías.

—Sí, ¿quién habla?

—Carlos. Mañana a las diez en el lugar de siempre. Pasá directo —le dijo.

Roberto se fue a la cama y no aguantó más la angustia acumulada. Le contó todo a su esposa. Las expropiaciones, los aprietes, las amenazas, las firmas de planos, los milicos, Carlos, todo. Entre lágrimas y reproches tomaron una decisión. Entendieron que así no valía la pena seguir viviendo y resolvieron irse. Al día siguiente Roberto, su esposa e hijas huyeron.

Sin avisar a familiares y amigos, en una calurosa mañana tomaron un barco rumbo a Montevideo. En Uruguay estuvieron menos de una semana, Roberto realizó unos llamados a unos contactos que le había pasado otro profesor de la facultad. A los pocos días tomaron un vuelo hacia la Ciudad de México. Allí pudo alejarse de las amenazas, del constante temor por su vida y la de sus seres queridos, y del remordimiento que le causaba cada documento firmado. Esas rúbricas, significaban una cicatriz en su integridad como persona. Sin embargo la angustia, por lo vivido en carne propia y por las noticias cada vez más

terribles que llegaban desde Argentina, lo acompañaron a pesar de la distancia.

Terrorismo económico

El caso del Grupo Iaccarino. Apertura de mercados, endeudamiento y el modelo liberal de la Junta Militar.

El joven tocó timbre dos veces y luego pasó la mano derecha por su frente. Era tanto el calor que hacía que no transitaba nadie por calle.

—¿Quién es? —se escuchó una voz del otro lado de la puerta.

—Alejandro, yo hablé con usted para hacerle una entrevista esta tarde...

—Pase... —el hombre estrechó su mano y le palmeó la espalda— este es mi hermano Carlos, del que te hablé hoy.

—Mucho gusto, pasá y ponete cómodo... —Carlos esbozó una sonrisa.

Alejandro¹⁵⁰ y Carlos Iaccarino¹⁵¹ son dos empresarios que llegaron al pico de su carrera durante los años setenta.

¹⁵⁰ Alejandro Iaccarino fue creador y presidente en 1982 de la Confederación Económica Argentina. El 11 de mayo de 2011, fue reconocido como “Ciudadano Ilustre de la Ciudad de La Plata”.

¹⁵¹ Junto a su hermano mayor Rodolfo, llegaron a tener siete empresas. La Constructora Sureña Argentina SA, Ilumbras SRL (Iluminación de obras) y CIATRA (auditoría, consultora impositiva y del trabajo). Años más tarde compraron dos establecimientos agrícola-ganaderos y forestales de 25.000 hectáreas en la provincia de Santiago del Estero. También adquirieron la única industria láctea privada del noroeste Argentino, Industrias Lácteas Santiagueñas SA (ILSA SA). Además de un avión para facilitar los traslados por todo el país.

Los tres fueron a una sala pobremente iluminada pero con aire acondicionado, lo que era un alivio. Alejandro se sentó en un sillón blanco, de un cuerpo, al igual que el periodista. Carlos, por su parte, lo hizo en el de dos cuerpos.

Alejandro vestía un traje gris y corbata negra con pequeños detalles dorados. Carlos usaba una remera y unos jeans, parecía estar más distendido con el encuentro.

En las paredes de la sala había varios cuadros antiguos, un escritorio repleto de papeles y documentos y una gran biblioteca con todo tipo de libros.

Mientras los Iaccarino terminaban de acomodarse en cada uno de sus lugares, el joven sacó una agenda y su grabador. Alejandro comenzó hablando de la influencia del Plan Cóndor en las dictaduras de América del Sur durante los años setenta.

—Disculpe, ¿lo puedo grabar? —interrumpió el entrevistador.

—Todavía no... vos podés ser mi nieto, creo que tengo la edad para retarte —dijo en tono risueño.

El periodista sonrió mientras hacía anotaciones en su agenda. Alejandro explicó de manera detallada la antesala del golpe.

—Hace dos años se juntaron las multinacionales en el Hotel Alvear, la gente no conoce muchas cosas de las que suceden. El objetivo era generar miedo, por eso hubo desaparecidos de derecha y de izquierda, para que nadie frenara el plan económico de endeudamiento y apoderamiento de las empresas estatales... Todo tiene un porqué

—hizo una pausa—. Ahora preguntale a aquel que está acá.

Carlos esbozó una sonrisa y cambió su postura en el sofá. Se lo notaba más serio, sabía que iba a empezar a contar los pormenores del “caso Iaccarino”.

—¿Cómo fue el inicio de los dos como empresarios?

—De los tres... mi hermano Rodolfo también lo era. La familia nuestra fue una familia tradicional. Mi madre era docente y mi padre trabajaba en el astillero de Río Santiago y éramos tres hermanos. Alejandro de joven, a los 17 años, fue el que arrancó antes. Él creó un plan económico que fue estudiado por la persona más destacada en las finanzas del país que fue el Doctor Alejandro Shaw¹⁵² —Alejandro se paró y trajo un portarretrato con foto en blanco y negro—. Él tomó a mi hermano como un hijo y le aprobó catorce de las diecisiete bases que tenía el plan. Las otras tres las modificó con el objetivo de adentrarnos en nuestras primeras empresas.

Mientras Carlos continuaba hablando, Alejandro se levantó de su asiento y se fue por el pasillo. Trató de caminar despacio para que el ruido no fuese captado por el grabador.

—Para poner en marcha ese plan económico tuvimos que acercarnos a los sindicatos ya que necesitábamos mucho caudal humano. Con el sindicato que estábamos más cerca era con el Armour Swift de Berisso. En un de-

¹⁵² Presidente de la Banca Shaw. En 1964 fue considerado el tercer empresario en importancia de la Argentina.

terminado momento, que estaban ellos en elecciones, nos consultaron si era posible que el plan económico funcionara dentro de las construcciones ya que querían darles las casas a los obreros. El plan funcionaba porque se basaba en varios puntos pero, el principal y más simple de explicar, era bajar los costos eliminando todo tipo de intermediación. Empezamos con la Empresa Constructora Sureña Argentina e hicimos tres modelos que se financiaban por medio del Banco de la Provincia de Buenos Aires.

Alejandro volvió a la sala con una bandeja de plata con tres tazas de café y una azucarera. El joven lo miró y le ayudó a hacer un lugar en la pequeña mesa de roble que estaba a su lado.

—No prestes atención —dijo Alejandro en voz baja— servite tranquilo.

Carlos dejó de hablar hasta que su hermano se sentó.

—Como te decía, podíamos abaratar las viviendas en un treinta o cuarenta por ciento y se vendían como pan caliente. Fue la primera empresa que nos permitió empezar a caminar el mundo empresarial. Hicimos cientos de viviendas en diferentes lugares de La Plata, Berisso y Ensenada. Para ese momento ya éramos conocidos. La gente veía éxito con lo que hacíamos y con la salida de la luz de mercurio, los vecinos nos pidieron hacer el alumbrado en varias zonas. Eso lo manejamos directamente con los vecinos. Entonces creamos una empresa llamada Ilumbras SRL...

—Todo esto figura en todos los libros —interrumpió Alejandro—. Está todo en la base judicial y en los libros de la Comisión Nacional de Valores.

—En el año setenta y tres —Carlos apoyó el plato en la bandeja de plata— el intendente militar Icassatti nos pide que coloquemos puestos de abaratamiento por toda La Plata.

—¡Por supuesto que no lo hizo por nosotros sino por la CGT! —exclamó Alejandro—. Los obreros venían presionando por el tema de los salarios porque se había distorsionado, en La Plata, había barrios que se encontraban los precios totalmente diferentes a otros.

El joven bebió de un sorbo su café ya que todavía seguía sintiendo el calor del día. Mientras disfrutaba del fresco aire que corría por la sala, hacía anotaciones a cada rato.

—Nuestro éxito hizo que pongamos los puestos de abaratamiento en diferentes puntos de la ciudad. Con Carlos hicimos puestos de chapas diseñados de determinada forma, teníamos heladeras de acero inoxidable, como las que hay actualmente... caja registradora, libro de quejas, teníamos todos los chiches de ahora. Surtíamos los seis puestos por medio de un trociadero que había, para la parte de carne, que la comprábamos a Swift. Era toda carne de exportación, como nosotros estábamos ligados al sindicato teníamos acceso a la mejor carne de novillos pero la pagábamos como cualquier hijo de vecino.

La iniciativa generó que gente de distintos puntos de la ciudad fuera a los puestos de abaratamiento en busca

de productos de buena calidad. Durante cuatro años, los Iaccarino fueron los responsables de fijar los precios de la canasta básica. En el año '73, comenzaron a realizar negocios en Santiago del Estero, provincia que les permitió despegar definitivamente en el mundo empresarial. En tan sólo ocho años, los hermanos lograron juntar 106 millones de dólares y comprar un avión en los Estados Unidos.

—Nosotros comprábamos productos y los traíamos en camiones con acoplado. Lo bueno era que pagábamos de contado cuando la gente se acostumbraba a cobrar con cheques a ciento ochenta días que, con la hiperinflación que había, no valían nada. Creo que por eso nos hacían muy buen precio —Carlos se tocó la cabeza con su mano derecha—. Ahí es cuando nos ofrecen comprar dos campos en Santiago del Estero, uno de quince mil y el otro de diez mil hectáreas. Fuimos comprando ganado por la zona, fuimos mejorando la tierra, apotrerando y mejorándolo para poder trabajar nuestros productos.

—¿En ese momento comenzaron a generar malestar a los grupos económicos multinacionales?

—Todavía no. Lo que generó malestar fue a través de una idea que tuvo Carlos —frunció el ceño— de mejorar la calidad de los productores y recuperar la cuenca lechera del noroeste argentino.

—Claro, cuando compramos la planta láctea éramos la única sociedad del noroeste argentino ya que todo lo demás eran cooperativas regentadas por SanCor. Con esto le daban créditos a las cooperativas y se aseguraban que les iban a pagar. Cada una de las provincias tenía una

industria láctea pero a ninguna le interesaba la cuenca, a ellos sólo le interesaba comprarle a SanCor que era como su “padre”. Esas empresas vendían la leche con un agregado como el frío, el transporte, etc. Además, no permitían que nadie haga la cuenca.

Mientras Carlos continuaba hablando, Alejandro se paró y comenzó a mirar papeles que había sobre el escritorio.

—Hicimos los números para ver cuánto teníamos de costo si le pagábamos más a los tamberos y poder recuperar la cuenca lechera. En ese momento se le pagaba el veinte por ciento, tanto SanCor como nosotros, del precio de sachet en góndola. Nosotros incorporamos mucha tecnología como sacar la botella, agregar vitaminas a la leche, el yogurt o las cremas heladas. Compramos máquinas para hacer helado, tuvimos que tener más capacidad de leche junto con un montón de obras. Todavía tenemos el balance —¿será lo que buscaba Alejandro?— que data la ganancia que tuvimos a los seis meses de hacer todo esto. Revertimos la situación y tomamos otro nivel dentro del mundo lácteo.

Todo lo que parecía ser beneficio para los consumidores, pareció ser perjuicio y molestia para los que gobernaban. Luego de activar la cuenca lechera en el noroeste del país, el apellido Iaccarino era visto con malos ojos. El joven trató de interrumpir a Carlos en un par de oportunidades pero no pudo, de todas formas, fue él mismo quién comenzó a explicar la situación que su familia vivió aquel 4 de noviembre de 1976.

Luego de comprar la planta lechera, los Iaccarino comenzaron a ser investigados por la SIDE¹⁵³ y la policía D2¹⁵⁴. Estos eran los organismos que hacían el trabajo sucio.

—¿Hubo alguna amenaza previa a la detención?

—Antes del golpe tuvimos la información de que se estaba formando una lista negra y que nosotros estábamos dentro de ella.

—¿También sin motivo?

—Las listas negras vienen de arriba, la verdad que no se sabe cómo viene el tema. El mismo día del golpe, Alejandro estaba en Santiago del Estero y le pide a nuestro piloto que vaya a buscar el avión porque quería viajar para Buenos Aires. Cuando va para el aeroparque de allá, se encuentra con que estaba custodiado, el piloto pide entrar y le dicen que estaba parado por orden de Daniel Correa Aldana¹⁵⁵.

—¡Socio de los Figueroa! —gritó Alejandro— y era quien les compraba los productos en Buenos Aires que ellos podían estar necesitando. Los Figueroa tenían como socio a este hombre que nos persiguió y nos volvió locos. Cuando nos dan la libertad, nos volvieron a quitar todo.

¹⁵³ Secretaría de Inteligencia de Estado, es el mayor servicio de inteligencia de Argentina.

¹⁵⁴ Departamento de Informaciones. Tenía sede en el Palacio Policial de Mendoza y funcionaba como un centro de confinamiento y torturas.

¹⁵⁵ Jefe de Regimiento y gobernador de Santiago del Estero por aquel entonces. Treinta días después del golpe, asumió el coronel César Fermín Ochoa.

—Fijate lo que fue nuestro caso que, un testigo llamado Avila Otrera¹⁵⁶, a quien no conocíamos, declaró que estaba estudiando y llegó su compañero de estudio Pepe Figueroa¹⁵⁷. Allí contó que venía de una reunión muy importante con altos mandos militares donde acordaron el secuestro y apropiación de los bienes de la familia Iaccarino. Los hermanos Figueroa era un grupo económico muy importante que compraban bancos y los vaciaban. Se llevaban el dinero y la deuda quedaba para el país.

Toda la familia pasó por nueve centros clandestinos bajo la ley 20.840 del Poder Ejecutivo¹⁵⁸. El plan de los militares estaba sistematizado en detener personas de manera ilegal, armar una causa con argumentos inexistentes y luego interrogar y torturar.

—Este es el único caso. La patota que nos levanta era la más brava que tenía el cuerpo de fuerza. Todo esto tenía una motivación, son las empresas multinacionales las

¹⁵⁶ Luis Roberto Ávila Otrera fue secuestrado y estuvo detenido-desaparecido en 1976. Hoy es sindicalista y Licenciado en Ciencias Políticas.

¹⁵⁷ José Oscar Figueroa, ex secretario de Desarrollo Social del segundo gobierno de Carlos Menem. El 13 de noviembre de 2013 fue indagado por los tribunales de Santiago del Estero ante la sospechas por haber participado del secuestro de los hermanos Iaccarino.

¹⁵⁸ La Ley 20.840 de Seguridad Nacional (sancionada y promulgada los días 28 y 30/09/1974 respectivamente) bajo el título de «Penalidades para las actividades subversivas en todas sus manifestaciones», fundamenta que: “Será reprimido con prisión de tres a ocho años (...) el que para lograr la finalidad de sus postulados ideológicos, intente o preconice por cualquier medio, alterar o suprimir el orden institucional y la paz social de la Nación...”.

que fueron dirigiendo la acción contra nosotros a los efectos de sentar un precedente —explicó Alejandro.

—¿Usted estaba en La Plata el 4 de noviembre? ¿Qué recuerda de ese día?

—No, yo estaba con mi madre en Buenos Aires. Papá y mis dos hermanos estaban en Santiago del Estero. Yo fui a buscar a mi madre que venía en el avión porque nos habían avisado que estaban detenidos mis hermanos y mi padre. Mi madre me dice que empiece a averiguar qué era lo que pasaba y que me informara para ver cómo mover los hilos. Cuando vuelvo a mi casa de calle Las Heras, bajo de la cupé Torino y había una patota de siete de tipos esperándome con armas 9mm y calibre 45. Ahí me hacen bajar, me empiezan a putear y a mi madre la llevan para arriba para empezar el saqueo.

Ese fue el principio de dos años interminables para la familia. Allí sufrieron extorsión, agresiones físicas y psíquicas, tortura, desapoderamiento de sus bienes, robo de documentación personal, social, acciones de empresas, muebles, enseres, teléfonos, vehículos, dinero, joyas y el avión que habían adquirido, entre otras cosas.

El joven notó cómo la voz de los dos cambió al recordar el momento de la pérdida de sus bienes, por eso no habló y sólo escuchó.

—Para irse tienen que entregar los campos y el avión. O entregan algo o van al Río de La Plata —Carlos recordó con exactitud lo que le dijeron—. En el Infierno, fuimos alojados en celdas con presos comunes, sin recibir comida, con condiciones de higiene nulas. Al segundo día,

aparece Leopoldo Russo¹⁵⁹ y una tal doctora Aparicio, que era su secretaria. Les dijimos que veníamos de estar secuestrados pero ella nos comunicó que teníamos una causa por monopolio de carnes. En los primeros días de agosto de 1977 nos llevaron al despacho del ex policía Ferranti¹⁶⁰ donde nos comunicaron que dos empresarios¹⁶¹ venían a comprar las 25 mil hectáreas de campo y el avión, nosotros le dijimos que no podíamos vender ya que teníamos juicios y estábamos detenidos. En ese encuentro nos advirtieron: “Si venden, se van en libertad”.

Carlos tenía un brillo en sus ojos, el periodista dejó de anotar para ver esa mirada. Pudo percibir que recordaba cada palabra y cada silencio de ese encuentro.

—El 9 de noviembre se presentó en “El Infierno”¹⁶² la escribana Lía M. Cuartas de Camaño y nos hizo firmar un poder para que mi padre y el doctor Eduardo Araujo pudieran vender las fracciones de campo —se acomodó en el sofá e hizo una breve pausa—. Cuando mi padre termina la operación preguntó si no se llevaba nada y recibió como respuesta: “¿Te parece poco la vida de tus tres hijos?”.

¹⁵⁹ Juez Federal de La Plata.

¹⁶⁰ Jorge Ferranti fue jefe de la Brigada de Investigaciones de Lanús.

¹⁶¹ Los empresarios eran Bruno Chessi y Vicente García Fernández, de la sociedad Equino Química, quienes le ofrecieron 800 millones de pesos o un campo de golf y 300 mil dólares a cambio del avión.

¹⁶² Funcionó en la Brigada de Investigaciones de Lanús —situada en Avellaneda—.

—Usted, joven, se dará cuenta de la organización y sincronización perfecta entre la estructura represiva y las instituciones económicas. Fuimos despojados de todos los bienes de la familia, los cuales nunca pudimos recuperar.

Alejandro hizo un silencio y comenzó a recordar distintas vivencias en los centros clandestinos de detención. Desde el C.O.T.I.¹⁶³ de Martínez hasta la Unidad Penitenciaria Número 9 de La Plata.

—Otra de las cosas que nos hicieron fue hacernos pasar cuatro días de hambre y después nos trajeron tres “chorizitos” para ocho personas, para que nos matemos entre nosotros. Ellos estaban de festejo en el C.O.T. I de Martínez por 80 mil dólares que les entregó Perrota¹⁶⁴.

—¿Cómo repartís entre ocho personas muertas de hambre? —preguntó Carlos con tono risueño—. Nosotros bajamos en treinta y seis días veinticinco kilos. Ni siquiera nos trajeron cuatro para partir a la mitad. Tuvimos que poner a un arquitecto a dividir cada uno de los chorizos.

—¿Es cierto que, una vez libres, hubo gente amiga que se cruzaba de cuadra y los señalaba con el dedo?

—¡Amigos y parientes! —gritó Carlos con tono irónico.

—Le pasó a mi madre... las maestras se reunieron en La París, como hacían todos los años, y hubo una mujer

¹⁶³ Comando de Operaciones Tácticas I.

¹⁶⁴ Rafael Andrés Perrota, fue un periodista y empresario argentino director del diario “El Cronista Comercial”. Fue secuestrado y hecho desaparecer. Su familia fue extorsionada por los militares exigiéndoles 375 mil dólares pero sólo pagaron 85 mil.

llamada Norma Roca que le pidió que se retirara de la mesa. Le dijo: “Mirá, lo lamentamos pero no te podés juntar con nosotros”. Mi vieja era una mujer muy fuerte y le dijo que no podía creer que estén avalando a los criminales que están al frente.

La charla siguió por un par de minutos más pero los Iaccarino ya habían contado todo lo que tenían. De la injusticia y persecución de la cual fueron víctimas, de cómo vieron perder todo su patrimonio, de cómo el maltrato continuó una vez estando en libertad, de cómo los grupos económicos no dejaron que volvieran a activar la cuenca lechera y cómo la justicia de ahora les sigue dando la espalda¹⁶⁵.

Alejandro le mostró al joven unas tablas hechas por el buscador ‘Google’ donde los hermanos figuran como el primer grupo empresario secuestrado y severamente torturado por los interrogadores, quienes no tenían ningún tipo de conocimiento en economía. Hoy en día, están trabajando de lleno en llevar el Plan Económico a los grandes líderes mundiales religiosos con el fin de debatir con seriedad la temática del hambre en el mundo.

¹⁶⁵ El 3 de junio de 2013, el Tribunal Oral en lo Criminal Federal N° de La Plata dio a conocer la sentencia a cuatro y tres años de prisión, respectivamente, para los ex policías Bruno Trevisán y Jorge Rómulo Ferranti por los hechos ocurridos en el año 1977 en “El Infierno”. Los acusados fueron condenados por “delitos de lesa humanidad”. Carlos Rozanski, presidente del Tribunal, votó en disidencia el fallo y proponía trece años de prisión para cada uno de los acusados, al igual que los fiscales. Los hermanos Iaccarino no estuvieron conformes con el fallo pero manifestaron que “el proceso permitirá avanzar sobre la responsabilidad civil en el terrorismo de Estado”.

El periodista se levantó del sillón al igual que los hermanos. Tomó una última bocanada del fresco aire y estrechó la mano con los entrevistados. El sol ya no estaba. El calor le volvió a cortar la respiración pero no le importaba, estaba conforme ya que pudo comprender, no sólo el trasfondo del “Caso Iaccarino”, sino los objetivos económicos de la dictadura cívico-militar.

Desapariciones

El plan sistemático de secuestro de personas.

Graciela Maffeo dio testimonio en 2012 en el denominado Juicio del Circuito Camps¹⁶⁶. Las declaraciones del caso se llevaron a cabo en el edificio de la ex-AMIA (Asociación Mutual Israelita de Argentina), en calle 4 y 51. “Fue raro porque eso antes se usaba como teatro y yo que soy bailarina clásica bailé en ese mismo lugar.”

Graciela volvió, la causa lo requería. Sin embargo esta vez no se pararía en una pierna para lograr el *Arabesque*¹⁶⁷ y tampoco ensayaría un *Grand jete*¹⁶⁸. “Yo estaba de frente al escenario, donde estaban los jueces y atrás mío, entre el público, estaban los represores”. El capellán Christian Von Wernich¹⁶⁹ la miró desafiante. Ella tenía mucho que contar.

6 de julio de 1977

16.00 h

¹⁶⁶ Se denominó Circuito Camps al esquema represivo liderado por Ramón Camps durante la última dictadura en La Plata y el Conurbano bonaerense. De allí se tomó el nombre para representar la causa que investigó más de 280 casos de secuestros, torturas, homicidios y apropiaciones de niños.

¹⁶⁷ Posición de danza clásica.

¹⁶⁸ Paso de la danza clásica.

¹⁶⁹ Fue sacerdote de la Policía de Buenos Aires durante el Proceso de Reorganización Nacional. Condenado por delitos de lesa humanidad.

Graciela estudiaba arquitectura en La Plata. Aquella tarde sus padres habían viajado a Capital Federal. Mientras tanto, ella se dedicaba a dibujar. Tenía una entrega al día siguiente. De repente sonó el timbre. Cuando abrió la puerta vio a cinco hombres vestidos de civil. Eran todos desconocidos.

La patota irrumpió con violencia. Portaban armas grandes y buscaban a su hermana, Analía, cinco años mayor. “Uno me habló de mi hermano... ni sabía a quién iba a buscar.” Después de rastrear el domicilio la interrogaron. Dos de ellos se quedaron allí y los demás fueron por Analía. “Pero ustedes viven bien. Para qué se meten en quilombos”, le dijo uno.

16.30 h

Analía vivía en un monoambiente, apenas a unas cuadras de distancia. Fue tomada por sorpresa y a la fuerza ante la mirada del portero. La llevaron hasta el edificio de Graciela a quien invitaron a que los acompañe. “En realidad la fueron a buscar a ella y ya que estaban me llevaron a mí.” Antes de salir le pidieron dos pullovers. “Estábamos una en cada auto y a mitad de cuadra nos tiraron al piso y nos taparon la cara.” Eran los famosos Falcon verdes.

17.15 h

Se dirigieron hasta el Centro Clandestino de Detención que funcionaba en la Brigada de Investigaciones de La Plata (BILP), ubicada en 55 entre 13 y 14. Graciela

lloraba como una niña y Analía la contenía. Les pusieron vendas sobre los ojos y les amarraron las manos. “Ahí uno me dio una cachetada.” El Peco y el Mono interrogaron a la mayor: “¡Dale, gila, confesá!”. Después las subieron a un auto.

18.10 h

El novio de Graciela fue a visitarla pero no la encontró. Se sorprendió porque suponía que iba a estar dibujando. Fue a la casa de la cuñada y el portero del edificio le dijo: “Se la llevaron a la Negra”. Ese era el apodo de Analía. Mientras tanto de su novia no tenía certezas. Los vecinos fueron cómplices. “Había una peluquera que tenía toda la panorámica, pero nadie dijo nada, ni siquiera a mis padres.”

19.00 h

Las hermanas arribaron al Centro de Detención de Arana que estaba ubicado en medio del campo. Las metieron en calabozos separados. Primero se llevaron a Analía. Ella era el objetivo. Había militado en la Juventud Trabajadora Peronista (JTP), aunque hacía tres años que no hacía. Trabajaba en el Banco Provincia. En la sala de tortura la picanearon, la asfixiaron con una almohada hasta sentir la muerte, la golpearon y la quemaron con cigarrillos. Graciela escuchó todo. Los gritos desgarradores y el silencio penetrante. “A ella le preguntaban sobre sus amigos militantes, pero a esa altura estaban la mayoría muertos o desaparecidos.” Fueron dos horas de terror.

20.20 h

El novio de Graciela y un amigo comenzaron a barajar diferentes hipótesis. De golpe cayeron en la cuenta de que era muy posible que también se la hubiesen llevado. El joven llamó a lo de los Maffeo. El padre de las hermanas atendió. “¿Qué tal, Saúl, se sabe algo de las chicas?”, le preguntó. El hombre, recién llegado de Buenos Aires, le dijo: “¿Por qué, qué pasó, qué tengo que saber?”. Así se enteró. La desesperación se apoderó de su cuerpo. Un nuevo episodio de persecución se hacía presente en su vida.

Saúl era un reconocido referente peronista. En 1955 había sido expulsado a Córdoba por los líderes de la llamada Revolución Libertadora y despedido del Banco Provincia una vez concretado el golpe de Estado de 1976.

21.05 h

Graciela escuchó que regresaban a su hermana a la celda. “Yo creía que había alguien a mi alrededor y cada tanto hablaba a ver si me contestaban.” De pronto sintió que la puerta de chapa se abría. “Bueno, ahora te toca a vos”, le dijo uno con voz ronca. Graciela empezó a llorar y a decirle que no sabía nada. La llevaron a la misma sala. La desnudaron y la acostaron en un colchón. Con una goma la ataron de la muñeca izquierda. Le preguntaron por su novio y por su hermana. Uno de los tipos se le paró sobre el abdomen. “Me acuerdo que puse muy dura la panza y el milico me dijo que afloje y yo por dentro dije: ‘Ni loca aflojo’.”

Por debajo de la venda, Graciela veía que había varias personas, varios borcegos ahí dando vueltas. Le preguntaron poco y la advirtieron: “Vos cuidate esta noche” y “si ves algo, de acá no te vas”. La hicieron vestirse y más tarde le dieron una frazada sucia que terminó agarrando con los dientes. Hacía mucho frío.

23.20 h

Primero entró uno que se hacia el bueno. De trato amable intentó sacarle información. Ella le pidió que le ajustara la venda.

7 de julio de 1977

1.10 h

Después fue otro que la maltrató. La verdad era que Graciela no sabía nada de lo que le preguntaban. Volvió a pedir que le ajustaran la venda.

2.25 h

Volvió el bueno. Le llevó un plato de comida. Era un guiso o algo por el estilo. Incomible, un asco.

3.15 h

Volvió el malo. “Cuando me fue a ajustar la venda, yo estando de espaldas, me dijo que me diera vuelta. Yo me di vuelta con los ojos cerrados y después me dijo que los abriera.” Graciela no hizo caso. De modo imperante y violento la obligó. Ella no vio nada. No quería ver.

10.10 h

La patota de policías la obligó a bañarse. Se tuvo que desvestir en la celda y caminar por un pasillo. “La mente morbosa les llegaba a cualquier lado.” Se duchó con agua fría y un jabón. Para secarse le dieron un trapo de piso.

16.15 h

Un auto arribó al predio de Arana. Graciela escuchó las puertas y unas voces. “¿La más chica de las Maffeo dónde está?”, preguntó un gordo. La fueron a buscar. Era para liberarla. Pero a ella sola. “Pedí despedirme de mi hermana y me lo negaron.”

18.30 h

Tres hombres de la fuerza la llevaron hasta la Brigada y la dejaron en una celda.

20.15 h

Después de un buen rato la sacaron y le devolvieron sus pertenencias. Retornaron al auto y fueron hasta la esquina de 10 y 45. Le destaparon los ojos y la sentaron en el asiento trasero. “Bajate y no te des vuelta”, le dijo el gordo. Graciela corrió con el alma. Sus pies parecían no tocar el suelo. El llanto se mezclaba con los gritos de desesperación. Se arrastró para subir las escaleras del edificio y se derrumbó delante de la puerta de su casa. “Mi mamá se creyó que volvía con Analía... que volvíamos las dos juntas.”

....

De ahí en adelante fueron días interminables. La gente empezó a acercarse al domicilio y a preguntar por Analía. Siempre aparecía alguien que conocía a algún policía. “Nos enteramos de que está viva”, comentó uno de ellos. Más adelante otro dijo: “Le falta un interrogatorio y la largan”.

Entretanto apareció un cana. Iba seguido, demasiado. Al fin de cuentas se terminó por blanquear su intención. Quería convencerlos de que vendieran la casa, algo habitual en la época. Con ciertas recomendaciones que eran amenazas encubiertas presionaban al propietario. “Eran operaciones que se resolvían por medio de un tercero que se hacía pasar por un desconocido. Por dos pesos te compraban la casa.” Con esa clase de maniobras desvalijaron a mucha gente.

Analía volvió a vivir el terror en carne propia. La picana. La almohada. Los golpes. Las quemaduras. Esta vez Graciela no escuchó sus gritos, pero sintió su ausencia como nunca antes.

Días después la hermana mayor fue trasladada a la Comisaría Quinta. Allí compartió una celda de dos metros por dos con varias mujeres. También conoció al capellán Christian Von Wernich. “Iba a hacerse el cura, el santo que les iba a llevar la palabra de Dios.” Siempre con la intención de averiguar algo. “Una de las chicas que estaba en la celda le pidió una biblia y él le dijo: ‘¿Para qué la querés?’.”

Finalmente el 8 de agosto, cuando las heridas de su cuerpo habían desaparecido, recuperó la libertad.

...

Los últimos sucesos coincidieron con las vacaciones de invierno. Una vez concluido el receso, Graciela retornó a la facultad. “Yo en esa época estaba yendo con mi hermana y cuando volví, volví sola.”

Nada fue igual. La facultad estaba llena de milicos, incluso disfrazados de estudiantes. “Te caían al comedor, al aula. También te hacían entregar el documento antes de entrar a la facultad.” No lo soportó. Cursó una semana y abandonó sus estudios.

Las cosas habían cambiado. Fue ignorada y señalada. “El padre de una amiga le prohibió que fuera a mi casa a verme porque tenían miedo de que le pasara algo.” Además tuvo que sortear ataques de pánico frecuentes y aún le persiste el terror a la oscuridad. “Esos chistes de apagar la luz en el ascensor me vuelven loca.”

Graciela sufrió el dolor físico y emocional. Las sesiones de terapia la ayudaron a sanar secuelas, pero las heridas más profundas persisten hasta el día de hoy.

FUENTES

BARRENECHE, Osvaldo. Formas de violencia policial en la provincia de Buenos Aires a comienzos de la década de 1960. Anuario Del Instituto de Historia Argentina N° 12, 2012.

Biblioteca Escolar de Documentos Digitales. Declaración de guerra de la República Argentina a Alemania y Japón en 1945. En: Daniel Rodríguez Lamas, Rawson- Ramírez - Farrell, Biblioteca Política Argentina. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1983. Fecha de consulta: 16/02/2015. Disponible en:
http://bibliotecaescolar.educ.ar/sites/default/files/VI_32.pdf

Biblioteca Escolar de Documentos Digitales. Decreto 4161 del gobierno de facto del general Pedro Eugenio Aramburu que prohíbe elementos de propaganda e identificación con el peronismo. Boletín Oficial del 9 de marzo de 1956. Fecha de consulta: 17/02/2015. Disponible en:
http://archivohistorico.educ.ar/sites/default/files/VII_04.pdf

BITRAN, Rafael y SCHNEIDER, Alejandro. El Gobierno Conservador de Manuel Fresco en la Provincia de Buenos Aires. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1991.

BOZZA, Carlos. Espías, disturbios y barricadas: La radicalización estudiantil y los servicios de información. La

Plata, 1968 [en línea]. El centenario de los estudios históricos en La Plata, septiembre, octubre y noviembre de 2009. Ciclo de conferencias. Fecha de consulta: 12/07/2014. Disponible en: http://www.fuentesmemoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.723/ev.723.pdf

BRIENZA, Hernán. Maldito tú eres: El caso Von Wernich. Iglesia y represión ilegal. Buenos Aires, Marea editorial, 2003.

BRIÓN, Daniel. Andrés Framini: el Peronismo será revolucionario...o no será. Buenos Aires, Ediciones Fabro, 2013.

BRUSCHTEIN, Luis. El lugar perverso. *Página 12*. Buenos Aires. Miércoles 5 de mayo de 2010. (Sección Opinión). Fecha de consulta: 27/10/2014. Disponible en: <http://www.pagina12.com.ar/diario/elpais/subnotas/145163-46589-2010-05-05.html>

CALVEIRO, Pilar. Política y/o violencia. Una aproximación a la guerrilla de los 70. Buenos Aires. Grupo Editorial Norma. 2005.

CAPARRÓS, Martín y ANGUIA, Eduardo. La Voluntad -1º ed. Buenos Aires, Planeta, 2013.

CARNAGUI, Juan. El nacionalismo juvenil platense y la formación de la Concentración Nacional Universitaria

(CNU), 1960-1971. *Nuevo Mundo*. Diciembre de 2013. Fecha de consulta: 19/08/2014. Disponible en: <http://nuevomundo.revues.org/66038#ftn3>

CARRANZA, Martín. Arquitectura, movimiento estudiantil y los espacios de la FAU-UNLP (1966-1973). El movimiento estudiantil de la Reforma a la Revolución (1955-1976) [en línea]. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Universidad Nacional de La Plata. III Jornadas de Estudio y Reflexión sobre el Movimiento Estudiantil Argentino y Latinoamericano. 16, 17 y 18 de septiembre de 2010. Mesa 2. Fecha de consulta: 05/09/2014. Disponible en: http://sedici.unlp.edu.ar/bitstream/handle/10915/24361/Documento_completo.pdf?sequence=3

CARRANZA, Martín. La arquitectura rebelde. El movimiento estudiantil en el X Congreso Mundial de la Unión Internacional de Arquitectos. Buenos Aires, 1969 [en línea]. Año 4, (5), Junio 2011. Fecha de consulta: 05/09/2014. Disponible en: http://sedici.unlp.edu.ar/bitstream/handle/10915/25130/Documento_completo.pdf?sequence=1

CASTILLO, Christian y RAIMUNDO, Marcelo. El 69 platense: luchas obreras, conflictos estudiantiles y militancia de izquierda en La Plata, Berisso y Ensenada durante la Revolución Argentina – 1era ed. Buenos Aires, Estudios

Sociológicos Editora, 2012. Fecha de consulta: 27/07/2014. Disponible en:
http://issuu.com/cieseditora/docs/el_69_platense

CAVAROZZI, Marcelo. Autoritarismo y democracia (1955-1983). Buenos Aires, CEAL, 1987.

CIRIA, Alberto. La democracia constitucional y su crisis: La economía, primera parte [en línea]. Buenos Aires, Editorial Paidós, 2005. Fecha de consulta: 12/04/2014. Disponible en:
<http://perio.unlp.edu.ar/sistemas/fotocop/admin/files/6c4e27027653b4f9c2b8af480a2839fe.pdf>

Corrientes y Esmeralda. Música: Francisco Pracánico; Letra: Celedonio Flores. 1933.
Todo tango. Corrientes y Esmeralda, Orquesta Leopoldo Federico y Adriana Varela [audio]. www.todotango.com (2:32 min), son. Fecha de consulta: 18/02/2015. Disponible en:
<http://www.todotango.com/musica/tema/95/Corrientes-y-Esmeralda/>

Declaraciones del teniente general Jorge R. Videla a periodistas británicos, publicados en el diario La Prensa, el 8 de diciembre de 1977, citadas por Andrés Avellaneda, en Censura, autoritarismo y cultura: Argentina 1960-1983. Fecha de consulta: 03/12/2014. Disponible en:

http://www.elhistoriador.com.ar/documentos/dictadura/24_de_marzo_de_1976_las_voces_del_pasado.php

Educación y memoria. Dictadura y sociedad. Capítulo 2.

Fecha de consulta: 09/12/2014. Disponible en:

http://educacionymemoria.educ.ar/secundaria/wp-content/uploads/2011/01/pensar_la_dictadura-cap2.pdf

El levantamiento de Valle. Mensaje del Contraalmirante Rojas al país, luego de los fusilamientos [video].

www.villamanuelita.org (0:30 min), son., byn. Fecha de consulta: 11/09/2014. Disponible en:

<http://www.villamanuelita.org/9dejunio/cdrom%2005/glyptodon/capitulo02/main3.html>

GALASSO, Norberto. Perón: formación, ascenso y caída (1893-1955) –Tomo 1- . En Scalabrini Ortiz, Raúl. Los ferrocarriles deben ser del pueblo argentino. Buenos Aires, Editorial Colihue, 2005.

GENTILE, Eduardo. Testimonios: 50 años de enseñanza en la Facultad de Arquitectura y Urbanismo de la Universidad Nacional de La Plata. *Revista de la FAU*. Documentos 47 al fondo. Número 5. Diciembre de 2013.

GERMANI, Gino. El surgimiento del peronismo: rol de los obreros y los migrantes internos. En: Torcuato S. Di Tella (compilador), *Sociedad y estado en América Latina*. Editorial Universitaria de Buenos Aires, 1985.

GOLBERT, Laura y ROCA, Emilia. De la Sociedad de Beneficencia a los Derechos Sociales. Ministerio de Trabajo, Empleo y Seguridad Social, Buenos Aires, 2010.

HALPERING DONGHI, Tulio. La República imposible (1930-1945) [en línea]. Buenos Aires, Emecé, 2007. Fecha de consulta: 15/03/2014. Disponible en:

[http://www.hechohistorico.com.ar/Biblioteca/Biblioteca%20del%20Pensamiento%20Argentino%20-%20Documentos/Tomo%20V%20-%20Halperin%20Donghi%20-%20La%20Rep%20ublica%20imposible%20\(1930-1945\).pdf](http://www.hechohistorico.com.ar/Biblioteca/Biblioteca%20del%20Pensamiento%20Argentino%20-%20Documentos/Tomo%20V%20-%20Halperin%20Donghi%20-%20La%20Rep%20ublica%20imposible%20(1930-1945).pdf)

Historia de un país: Revolución Libertadora y resistencia peronista [video]. Dirigido por Sebastián Mignogna y producido por Marina Rubio. Encuentro (29:16 min) son., col. Fecha de consulta: 16/06/2014. Disponible en:

http://www.encuentro.gov.ar/sitios/encuentro/programas/ver?rec_id=50016

Historia de un país: De Frondizi a Onganía [video]. Dirigido por Sebastián Mignogna y producido por Marina Rubio. Encuentro (30:07 min) son., col. Fecha de consulta: 21/06/2014. Disponible en:

http://www.encuentro.gov.ar/sitios/encuentro/programas/ver?rec_id=50017

HOBSBAWN, Eric. Historia del siglo XX. Crítica, Buenos Aires, 1998.

JAMES, Daniel. Violencia, proscripción y autoritarismo: 1955-1976. - 3a ed. Buenos Aires, Sudamericana, 2007.

JORGE, Eduardo. Industria y concentración económica. Buenos Aires, Hyspamérica, 1986.

La casa de los gobernadores. *Revista Metro*. Monte Grande (#184). Marzo 2014. Fecha de consulta: 08/05/2014. Disponible en:
<http://www.revistametro.com.ar/2014/marzo/1.html>

LVOVICH, Daniel. El nacionalismo de derecha: desde sus orígenes a tacuara. 1ª ed., Buenos Aires, Capital Intelectual, 2006.

MORENO, Sergio. Ésos que pegan. *Página 12*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires. Domingo 6 de julio de 2003. (Reseña). Fecha de consulta: 22/09/2014. Disponible en:
<http://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/libros/10-640-2003-07-09.html>

NAVA, Agustín. Radicalización y politización del movimiento estudiantil: el caso platense durante la Revolución Argentina. 1966-1972. *Revista Conflicto Social* –Año 6, N° 9- 2013. Fecha de consulta: 03/08/2014. Disponible en:

http://webiigg.sociales.uba.ar/conflictosocial/revista/09/08_A.Nava.pdf

Nicodemo Scenna. *Cátedra libre. La Plata, Ciudad capital*. Universidad Nacional de La Plata. Boletín digital (12). Año 5. Fecha de consulta: 01/12/2014. Disponible en: http://www.comstore.com.ar/web_boletin/personajes_22.html

PIGNA, Felipe. Arturo Frondizi. *El Historiador*, [en línea]. Fecha de consulta: 20/06/2014. Disponible en: <http://www.elhistoriador.com.ar/biografias/f/frondizi.php>

PIGNA, Felipe. La revolución de Valle. *El Historiador*, [en línea]. Fecha de consulta: 17/05/2014. Disponible en: http://www.elhistoriador.com.ar/articulos/revolucion_liberadora/la_revolucion_de_valle.php

PIGNA, Felipe. La imposición de un modelo económico y social. *El historiador*, [en línea]. Fecha de consulta: 04/12/2014. Disponible en: http://www.elhistoriador.com.ar/articulos/dictadura/la_imposicion_de_un_modelo_economico_y_social.php

RODRÍGUEZ MOLAS, Ricardo. Historia de la tortura y el orden represivo en la Argentina. [en línea]. Buenos Aires, Editorial Universitaria de Buenos Aires, 1984. Fecha de consulta: 11/03/2014. Disponible en:

<http://www.protocolotortura.org.ar/docs/historia-de-la-tortura-y-el-orden-represivo-en-la-argentina-1.pdf>

ROESLER, Pablo. Relatos del horror. *Diario Impacto*. Periódico semanal del Partido de General Viamonte. Año II – N° 111. Semana del 13 al 20 de junio de 2012.

ROMERO, Luis Alberto. Breve Historia Contemporánea de la Argentina. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica de Argentina, 1994.

ROUQUIE, Alain. El golpe de Estado programado y la implantación de la autocracia “transformadora”. En: Poder militar. Buenos Aires, Emecé, 1998.

Santiago Pampillón obrero y estudiante. *La voz del interior*. Córdoba. Domingo 18 de octubre de 2009. (Suplemento Temas). Fecha de consulta: 02/08/2014. Disponible en:

http://archivo.lavoz.com.ar/suplementos/temas/09/10/18/nota.asp?nota_id=560198

SATAS, Hugo Raúl. Ayer y hoy: historia del siglo XX. Buenos Aires, Editorial Almagesto, 1996.

SCHWEITZER, Mariana. Políticas ferroviarias en la Argentina. Planes y proyectos en la primera década del siglo XXI (Dossier, Revista Transporte y Territorio/10), 2014.

TCACH, César. Golpes, proscripciones y partidos políticos. En: James Daniel (director de tomo), Nueva historia argentina: violencia, proscripción y autoritarismo 1955-1976 -1° ed. [en línea]. Buenos Aires, Sudamericana, 2003. Fecha de consulta: 17/09/2014. Disponible en: <http://perio.unlp.edu.ar/sistemas/fotocop/admin/files/7171f635d93bdcd4861c9f3567c7de2e.pdf>

Todo tango. Corrientes y Esmeralda, Orquesta Leopoldo Federico y Adriana Varela [audio]. www.todotango.com (2:32 min), son. Fecha de consulta: 18/02/2015. Disponible en: <http://www.todotango.com/musica/tema/95/Corrientes-y-Esmeralda/>

TORRANO, Marcelo y ARIGÓS, Isabel. EL Día y la intervención a las universidades en tiempos de Onganía. Artículo Completo. XII Congreso de Los pueblos de la Provincia de Buenos Aires. La Plata, Archivo Histórico de la Provincia de Buenos Aires, 2011.

TORRANO, Marcelo y ARIGÓS, Isabel. Hacia el abismo: los idus de marzo, las largas elecciones de 1962 y la racionalidad anti popular de “El Día”. Artículo Completo. XIII Congreso de Los pueblos de la Provincia de Buenos Aires. La Plata, Archivo Histórico de la Provincia de Buenos Aires, 2013.

TORTTI, María Cristina. Protesta social y Nueva Izquierda en la Argentina del Gran Acuerdo Nacional. En: Pucciarelli Alfredo (editor), *La primacía de la política*. Buenos Aires, Eudeba, 1999.

VACCAREZZA, Federico. Políticas de Desarrollo Industrial en la Argentina (1940 – 2001): Desde la Sustitución a la Apertura. Centro Argentino de Estudios Internacionales, 2012.

VEIGA, Gustavo. Penas leves en el caso de los Iaccarino. *Página 12*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires. 4 de junio de 2003. (El país). Fecha de consulta: 25/11/2014. Disponible en: <http://www.pagina12.com.ar/diario/elpais/1-221532-2013-06-04.html>

WALSH, Rodolfo. Operación Masacre. 1ra ed. Buenos Aires, Ediciones de la Flor, 1972.

WALTER, Richard. La provincia de Buenos Aires en la política argentina, 1912-1943. Buenos Aires, Emecé, 1987.

"O venden o van al río", dijo Carlos Iaccarino que fue el ultimátum de sus secuestradores. *Télam*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires. 15 de mayo de 2013. Fecha de consulta: 02/12/2014. Disponible en: http://memoria.telam.com.ar/noticia/-o-venden-o-van-al-rio---les-dijeron-a-los-iaccarino_n2596

Diarios

Diario “El Día” de febrero y marzo de 1935.

Diario “El Argentino” de febrero y marzo de 1935.

Diario “La Nación” de febrero y marzo de 1935.

Diario “El Día” de mayo de 1945.

Diario “El Argentino” de mayo de 1945

Diario “El Día” de junio de 1955.

Diario “El Argentino” de junio de 1955.

Diario “La Nación” de junio de 1955.

Diario “El Argentino” de marzo, abril y mayo de 1962.

Diario “El Día” de enero, febrero y mayo de 1962.

Diario “El Día” de junio, julio, agosto y septiembre de 1968.

Diario “El Día” de septiembre de 1976.

Entrevistas

Entrevista con Guillermo Garriga Lacaze, 5 de octubre de 2011 y 23 de abril de 2014.

Entrevista con Raúl 'Cacho' Castro, 31 de julio de 2014.

Entrevista con Miguel Ángel Redolatti, 1 de octubre de 2014.

Entrevista con Graciela Maffeo, 21 de octubre de 2014.

Entrevista con Eduardo Gentile, 29 de octubre de 2014.

Entrevista con Gustavo Azpiazu, 29 de octubre de 2014.

Entrevista con Alejandro y Carlos Iaccarino, 4 de noviembre de 2014.

Este libro fue impreso en: "La Imprenta Digital SRL"
www.laimprentadigital.com.ar
Calle Melo 3711 Florida, Provincia de Buenos Aires
En el mes de abril del año 2015